

HAGAN DE CUENTA QUE ESTOY MUERTO

Juan Carlos Mondragón

A Juan José Saer

Allor si mosse, e io li tenni retro

Inferno I

BRIGNOGAN - PLAGES

De creerle a Musto como finalmente ocurrió, la historia había sucedido en un tramo de la ruta llevando a lo verificable de tener mente abierta para escuchar lo que se cuenta entre líneas, fue accidente de circulación en un camino balizado al final de dos telegramas urgentes y tres llamadas telefónicas internacionales. Yo había vivido antes algunos veranos en Madrid sin sospechar que allí en la Villa, donde fui feliz y caminaba horas, volviendo con intención de recordar activando la memoria selectiva, sucedió buena parte de la obsesión de relato que me acompañó durante varios años. Sólo puede desprenderse de cabeza y corazón de la manera como sigue: al comenzar a escribir ni atino a invocar una divinidad de esas mediadoras con los humanos para salir adelante en la presente patología del relato. Es exacto afirmar que las complicaciones rondando la resolución de la novela que siempre se proyecta redactar en el futuro incierto, desde el chispazo cero de la idea, notas rápidas en papelitos inapropiados, la cuestión del punto de vista y el rosario consecuente de tiradas corregidas -tantas veces como sea necesario hasta lograr la buena versión aproximada- se ensamblaron de manera fortuita.

Recuerdo que todo comenzó en un par de atardeceres semejantes hasta fundirse en el mismo día de evocación, de dos Mayo de años impares con un asunto que fue contando Jorge Musto y si ello pudiera asegurarse. Es en la actitud reincidente de relatos mellizos que falla la endeble hipótesis de la casualidad y el proyecto rondando trama su sentido. Los acontecimientos posteriores en parte me dieron la razón, al utilizarme mediante eso misterioso aguardando que escuché sin chistar una y otra vez en el relato de Musto; lo hice con atención distante e interés solapado, repitiéndome ciertas frases fulgurantes aprendiéndolas tal cual, fijando la versión fidedigna a utilizar más adelante, inventando que eran de cosecha propia. Lo primero que logró retener mi interés fue la unidad de lugar convergente perfilándose como punto de apoyo; tenía en memoria almacenada temporadas vividas en la Madrid implicada, semanas inolvidables similares a un sueño realizado. Estaba condicionado y predispuesto en consecuencia a la celada del azar latente afectando mi geografía sensible; el contraste entre los episodios evocados en mayo por el amigo, mi felicidad en las mismas plazas y calles madrileñas ocasionó una parálisis tal, que decidí salir del atolladero a como diera lugar incluso comenzando a escribir sin plan determinado.

Hubiera preferido que dicha materia nebulosa fuera residuo de mi propia iniciativa -se la percibiera disimulada entre hiedra perfumada de imaginación- o sacarla de la nada como el ilusionista de cabaret hace con conejos y palomas. Esa pureza de procedimiento era inconcebible, yo asociaba la ciudad

repetida a estados de bienestar intensos por sensuales, absorbentes de planes excitantes de vidas hipotéticas, incrustados en la zona ambigua de las encrucijadas; sabía que de eso pendiente debería dar cuenta algún día por escrito, en otro tiempo haciendo perdurar mi versión de lo vivido, lejos de este proyecto impaciente por bajar a papel cuadriculado o más adelante acaso.

Cuando Jorge comenzó a desplegar la anécdota esa (dije hace unos minutos que de forma casual y ya me retracto), digamos que a contar la historia original tal como ocurrió -fue lo que dijo él y decidí creerle- supe que la quería para mi archivo de planes futuros, concediendo incluso la ironía que suponía conocerla por boca de otro aunque ese otro fuera un amigo querido. Advertida la identificación espacial y asumida como componente clave de las condiciones, creía que se trataba de una anécdota inventada por él, montada pieza a pieza como mecano de grúas, acueductos suspendidos de la nada, puentes a escala humana. Algunas temporadas a Musto el delirio controlado le ataca fuerte, de manera esporádica y sin alcanzar conspiraciones referenciales lo hace para divertirse de manera rasante. Basta con recordar su última novela firmada con seudónimo femenino sobre el mundillo teatral montevideano, donde no deja títere con cabeza ni comediante sin parlamento y así le fue en retorno... Con el tiempo transcurrido entre ambos monólogos de la misma obra minimalista, advertí similitudes curiosas entre derroteros de sus personajes reales con escenas pasadas más vividas en

Madrid; a medida que oía la trama entreví fechas coincidentes descartando la improvisación en el decir Musto. Las cifras insinuaban un nexo intencional, coronando la experiencia llegó el desacomodo espiritual, un interés tangencial creciente y ganas de escribir con la intención de poner las cosas en claro.

Cuando esta andanza que empieza finalice, la próxima vez que regrese a Madrid vía ficción sentimental buscando signos del pasado y trazas tenues de lo que nunca regresa, negativos sin revelar en archivos cerrados con candados, evocaciones de testigos extraviados, papeles ilegibles dando cuenta del pasaje de mis compatriotas por la ciudad, supongo que apenas tendré entre las manos la levedad del pacto entre opacidad y luz refractaria de lo escrito. Vano intento el mío... quería ir tras sombras de ficción y hallaba la persistencia melancólica en episodios sentimentales escapados de entre mis manos, felicidades desertoras de la existencia que dejé huir en la influencia irónica de las bifurcaciones. En esa hipotética Madrid fragante nunca estaría aguardando la dulzura de la muchacha aquella, con el perfil más sugestivo que la vida consintió y haciendo que accediera a la verdad irrefutable: nada debía buscar de novedoso para justificar la existencia hasta ese presente. La ilusión de lo exacto y suficiente residía en un punto mágico, el secreto anagramático del mundo edénico estaba contenido allí al interior de sus labios de dama inaccesible de corte y aldea. Conmigo extraviado, sin ella cerca Madrid era escenografía dispersa y triste, memoria fragmentada de una pasión que nunca sucedió en la tregua de

la Semana Santa para insistir en la tregua de agosto. Es por ello que puedo imaginarme sin esfuerzo la estampa de Molinari concentrado, mirando malévolamente el ángel con tetas del edificio Metrópolis en Gran Vía y Cibeles; la escena esa reprodujo a mi espectro adelantado tiempo atrás, andando con ella de madrugada por la ancha calle del Banco de España buscando la fuente de Cibeles, ávidos de iniciarnos en misterios dionisiacos.

Los personajes verdaderos y de los cuales Musto habló con afección nunca frecuentaron el mismo circuito de mi ronda madrileña ni fueron duendes referentes de tribulaciones anexas. Excepto Musto nadie podría dar noticias confirmatorias de su consistencia real ni tampoco de sucesos anteriores a mis incursiones aladas por la ciudad; para avanzar en el proyecto debía contar tan sólo con la materia sonora escuchada en los crepúsculos de mayo, que se cruzaron en mi cabeza con otra materia obligada intensa en imágenes sensuales. Los paisajes evocados en la reconstrucción, el espacio compartido entre visual y componente oral dando cuenta de zona donde se sucedieron los episodios, estaban transfigurados por el decorador del tiempo; desplazados por boutiques abarrotadas de bisutería birmana, improvisadas cabinas telefónicas donde hablar con caseríos del desierto africano y ciudades portuarias del mar de la India, peluquerías unisex en servicio nocturno los miércoles, tristes locales

pintados de verde y rojo incitando asociaciones itálicas, reductos exiguos donde hornean y venden pizzas a domicilio, motonetas estacionadas en la vereda que distribuyen Reinas, Caprichosas y Cuatro Quesos en barrios madrileños, a familias que miran en la tele hasta tarde programas periodísticos del corazón podrido, se divierten votando por teléfono para salvar o eliminar candidatos que se rajan un pedo en infrarrojo.

Los poderes seculares parecían sepultados, encerrados en armarios de casas de campo y refugiados en iglesias desertadas; la juventud Carlista o de Falange exonerada de potentes emblemas exteriores de otrora, pero pujante de jerarquía convencida de oficio, atacada igual de cierta artrosis del pensamiento trascendental que todo lo empareja, se reconvirtieron a nuestra postmodernidad mediática. Siempre a la espera de otro enemigo confiable donde purificar la bilis, desconcertados por integrar la OTAN con caudillo español y socialista bombardeando capillas de Belgrado, sin Cristo Rey y por Ceuta eternamente cerca del estrecho y el peñón de los monos monárquicos; con un Cide Hamete Benengeli en situación de clandestino sin papeles y luego de dejar otros papeles enrollados en un tenderete de Toledo. Las callejuelas caminadas por Lope en trance e hilvanando tiradas de comedias inmortales, eran mancilladas por camellos de aspecto desagradable anunciando a destajo la sobredosis del caballo rabioso, en tanto deambulan de una vereda a otra muchachas tentadoras, irreconocibles prostitutas de jeringuilla con altas botas blancas de cuero sintético asiático, pelos azules

eléctricos y tatuajes desvaídos por doquier de calaveras letales, rápidos dragones escamados sin extintor portadores del Mal amenazante y logotipos de grupos de rock satánico de utilería, prometiendo el éxtasis orgásmico a paisanos en vértigo de sexo sifilítico con un algo olvidado de minero asturiano. Los cantos partidarios de sindicalistas -con carné militante desde la adolescencia- cambiados por voces roncadas diciendo en gringo la extrema pobreza del norte de Detroit, lo determinante que resulta para sentirse importante una cadena de oro con diamantes dentro de la lluvia púrpura... que se pudran esas pretensiones con bisutería de niño rico y gorra beisbolista de las ligas mundiales. La Santa Cruz del Valle de los caídos era en el Rastro dominguero un souvenir retro de baquelita rosa, con nievecilla falsa de Belén napolitano dentro de media esfera traslúcida para que la contemplen embobados los hijos escolares, mientras tragan papilla polaca envasada en Tarragona por muchachas negras indocumentadas.

Lo acepto y lo confieso: era mi visión cliché astigmática en treintena desencantada de rojillo sentimental, insumiso a la perestroika de pizza Hut sacudida por la muchacha aquella que evocamos. Nunca habrá mañana luminoso sin conciencia de la felicidad, sin ella andando en los parajes lo que podía contar de Madrid eran panoramas de ficción e historia desencantada, teatro al aire libre, escenas de postal mostrando camiones y camaradas convencidos del sacrificio llegando hasta Sol con madroño al mediodía. Estaba arrastrado por un torbellino temporal militante e implicado sin haberlo buscado, entendí en

el corazón sexual de Madrid mi rabia confusa entre vida e historia y que jamás podría con esa escritura que aprisiona en el cuerpo dividido. Por esa razón impuesta de supervivencia y salvando el pellejo en el intento, debía inventar con urgencia un alter ego como en los viejos tiempos de la mirada crítica. El narrador que contará la historia tramándose con otra perspectiva creíble, la voz diciendo lo imborrable o un traductor intruso trasladando escrituras del castellano actual al código Braille para lectores ciegos. Ella, Madrid y yo con varios años menos era un motivo demasiado personal; de insistir en esa senda caería en el lugar común y lo confesional emotivo que tanto interesa al público fisgón, bien falto de rabia necesaria para transportar la agonía de la empresa. Aquello nunca terminó de pasar al tercer cajón de los recuerdos y es recién en esa circunstancia cuando uno puede comenzar a escribir, mientras las obsesiones se desplazan del pensamiento a la cómoda, tocan gavetas con papel listado en el fondo y bolitas blancas de naftalina que se reducen -copiando la infinita masa del universo- en el bolsillo interior del gabán del abuelo, muerto de humillación pasados apenas los sesenta años de rendido.

Especulé en desenlace con alguien apócrifo que hubiera nacido en Francia de padres refugiados a las pocas semanas de la debacle, mayor cuando la redacción de los capítulos centrales y rodeado de montañas que separan con nieves eternas las dos únicas partes de su vida. Uno designado con acierto para vagar lo fronterizo sin sospechar que es invento

de otro, pudiendo escribir en dos regiones manteniendo coherencia, sin acumular resentimiento; afectado por un vacío de reivindicación retrospectiva, tratando de circular por hemisferios duales que impone toda historia y acceso a esos universos cohabitando en la tentativa novelesca. Ese en gestación dejo de ser yo pensando en la ciudad donde quisiera morir... tal vez el mar, ruta, sanatorio o ambulancia, puede que el Hotel del último suspiro, como si ese gesto fuera el apropiado en el lugar justo de la vida. Ese ya es él interviniendo, personaje narrador amasando el tono en ciernes del relato, invitado del agosto mayor de todos los agostos, tercer hombre necesario al complot, y responsable voluntario para que el proyecto llegue al muelle de la lectura, donde alguien aguarda la encomienda con noticias improbables de otros mundos posibles.

A partir de este momento soy también el otro, el azar cohabitando en impulso y escritura (fuerzas insuficientes para calmar el espíritu) hace que me encuentre aquí –puedo agregar lugar, fecha y hora: hotel Ibis en el sur de Francia, 9h. 12 de la mañana según lo indica el reloj que tengo a un costado- en situación incómoda mientras comienzan a acelerarse los tres átomos formando la materia maleable del relato. El inicio lo escribí a mano hace algo más de una hora imponiéndome una obligación de coherencia, la transfiguración auténtica opera en

el acto indescriptible de escribir anulándose y cediendo a la tentación de ser otro, lo que encauza a cierta idea literaria tradicional de Madrid, el relato clonado oído hace un tiempo a Musto -del que buena parte ocurre en otro tiempo madrileño- y mis vivencias allí del episodio sentimental atípico volviéndose recuerdo recurrente transferido al narrador para humanizarlo. Estoy de acuerdo en la reticencia, demasiado chotis para ser bailado por una sola persona y lastre duro de arrastrar en los próximos años de no aligerarse la carga, la única posibilidad de salir ileso es continuar adelante con el salvoconducto de la escritura.

La literatura sucede también afuera de los libros; ahora mismo -9h. 23- mientras dicto para mi escriba en silencio y redacto a cadencia sostenida, si lo deseo puedo interrumpir el gesto de la mano, cerrar los ojos, recordar el momento cuando ella pidió que le besara el cuello y dudo a qué nivel palimpsesto de novela corresponde esta misma oración que es propiedad del otro. Si se tratara de una novela convencional podría leerla las veces que quisiera como ocurrió en verdad aunque a veces lo dudo, lo sencillo que resta por hacer es preguntarme si realmente ocurrió. Quizá una tarde futura la cruce a la muchacha en la vida post escritura y entonces le haré la pregunta sabida que nos quedó pendiente; eran mis años mozos cuando tenía el pecho de un primate, creía en la divinidad dialéctica mutante del cambio, antes que Musto contara la tragicomedia de los compatriotas malogrados y yo especulara con escribirla en clandestinidad. Aquí -9h.32-

presiento llegar la desconfianza, si bien estoy escribiendo de aquello bajo el cielo protector que podría compararse con el cielo de agosto en el sur; cielo sucio cargado de presagios, involuntario pregonero de Santa Rosa, prepotente desde las primeras horas de la mañana cuando desperté, amenazante de temporal con rayos y luminosidad convaleciente.

Mi visual tiene fijada en la retina la película de aquellos que murieron durante los años idos y estoy a punto de comenzar la primera función de la mañana. Esta escritura que viene saliendo se asemeja a un descenso al Hades personalizado de mi vida vicaria, como diría un folleto publicitario de las grandes aseguradoras fui dinamitando tantos puentes de vida, que la enumeración podría ser fatigante y nunca se sabe quién pagará la cuenta final de los desastres. Buscando abrirme paso mientras estoy instalado en la tarea, soy asistido por siluetas de familiares lejanos cruzados en la infancia tan breve, amigos del mundillo estudiantil, mis abuelos sin retorno al sur del norte, la muerte precoz de mi ahijado fulminado en seis días por fiebres sin diagnosticar de criatura medieval endemoniada. La desconfianza artera se acentúa contrariando la fuerza destructora disuasiva proveniente del exterior, siento el reclamo de voces espectrales insistiendo meterse en la escritura para sobrevivir. Anunciando un proceso de descomposición llegando por triplicado con luz de los agostos pasados en Madrid, luz de verano incitando a salidas desquiciadas de la imaginación. Esa luz novelesca es la del último solsticio de Osvaldo Molinari y los otros personajes del

relato de Musto, agostos míos extraviados en plazas fantásticas, contados despertares donde estaba de paso y si el mundo oculta un secreto inviolable es el del barco inabordable que me estaba destinado.

De lo uno y lo otro pasó muchos años, todavía sigo sin entender la razón por la cual Musto se negó a escribir lo acaecido con aquellos muchachos y más habiendo sido testigo presencial de los primeros capítulos de la crónica en Montevideo con personajes de su misma generación. Desde el comienzo estuvo en contacto con la verdad esquiva y debió interesarle; se cargó de paciencia para escuchar durante horas a Irusta monologando en la barra de la cervecería Sibarita que frecuentaban y esperó casi tres décadas para hacer circular las palabras. Ellos se conocieron por telones amateurs vinculados al teatro independiente; se llevaron bien desde el primer momento, aunque Jorge recordaba que la única afinidad consistente eludía las artes escénicas (“Irusta era un muchacho inteligente pero bastante inepto como crítico teatral” aseguró alguna vez) y se acercaba a las enormes milanesas a caballo que servían en el local. Escalopes de carne empanados ante los cuales Irusta decía que “bien podían ser el comienzo de una larga amistad”, entonces Musto supo que lo pasional de Irusta eran las papas fritas con mostaza y la emoción en las penumbras del cine. En cuanto Musto iniciaba un comentario sobre cierta puesta en escena innovadora, Irusta optaba por pedir otra cerveza Doble Uruguay y si Jorge avanzaba una variante política sobre la marcha del continente

latinoamericano, el otro apostillaba con dichos de ignorancia social dignos de un lunático despolitizado, “pero la charla en general era entretenida.”

Si las remembranzas se ajustaban acaso a la verdad -todo hacía suponerlo- había por allí agregados sobre rasgos de personalidad de los implicados, escuchando yo le creía a Musto de ojos cerrados como al oráculo. En su lectura ligada sobre los hechos distantes, la anécdota central resultaba más estimulante para la escritura que cualquier cotejo con una concordancia de caracteres. Musto recordaba los episodios con la precisión de maniático que tiene para escribir escenas complicadas de sus relatos, incluyendo viajes surrealistas en ascensor, encuentros casuales en playas bretonas filmadas por Jean-Luc Godard, psicologías particulares inclinadas a la excentricidad paranoica y que despegando del asombro eran su especialidad. Lo hacía con perfección geométrica de billarista experimentado que disfruta jugando carambola a tres bandas, demostrada sobradamente con historias que dejó publicadas y otras que se negó a editar. Mi amigo tiene la capacidad narrativa necesaria, pudo hacer de lo conversado un relato estupendo, puede que la suficiencia adquirida en el ajuste de pormenores y una larga convivencia interior con lo ocurrido eran el freno de mano que lo contuvo.

Esa vez de la presentación pública, Musto pretendía sin más ser pasajero del crucero navegando entre arrecifes de chatarra marina provocando el temido silencio de las sirenas: no pudo ni quiso olvidar lo ocurrido, el asunto ardía en él y decidió por

tanto prescindir de la iniciativa; supongo que prefería el esbozo dramático de la peripecia humana y ciertos escenarios impuestos le resultaban desagradables. En algún momento renunció a escribirla y al respecto tenía las cosas claras, "en tales casos es obvio el resultado, ciertas veces hay que renunciar a ser mero cronista. Uno puede ser epígono de las historias vividas pero jamás puede plagiarse a sí mismo. Hay que tener el coraje de decir no, es cuestión de ética. ¿Y vos que opinás Juan Carlos?" Por aquel entonces Jorge se contentaba con poder evocar la aventura, era tajante en cuanto al margen exigido entre historias que pueden transmitirse sin dejar testimonio y otras mínimas justificando que se las pase a escritura sin redundancia, mereciendo ser conocidas por contados lectores excluyendo implicados; desconocidos elegidos los designa, afirmando que su número es acotado y que algunos ni siquiera nacieron.

Si bien tardío por causa de la historia reciente de nuestro país originario -que se está volviendo lugar común- Musto es un amigo del alma. Ello no obsta para afirmar en paralelo a lo dicho, con las precauciones del caso y permaneciendo en generalidades, que Jorge es un bicho extraño; le cuesta olvidar, tiene memoria infernal, es implacable en juicios literarios porque lo leyó todo e irónico ante la gente que se toma demasiado en serio y desconfiando para empezar de sus propias certitudes. Lo que resultó extraño en la secuencia fue su reiteración de la manera oral en la génesis de la otra historia, si Jorge contó lo mismo en lugares diferentes y con un

intervalo de dos años -1991,1993 y seguro que en el insistente mes de mayo- hay algo desbordando lo permitido en lo casual. Supongo que lo hizo así para envenenarme de intriga sin intención, chumbarme en amistoso desafío implicándome en un dominio parcelar de la condición humana que yo desconocía. El razonamiento que emana al respeto tiene lo suyo, si escuchaba sin interrumpir era evidente que distaba de ser una historia mía, había algo interior a la trama que resultaba ficticia no para Musto.

De juntar el coraje de posponer otros proyectos en carpeta de espera, tal vez y eventualmente podría darle forma. Fue así que deduje que el caso Molinari sería un complejo desplazamiento, antídoto al asedio de confesión había ahí algo poético perturbador con voluntad inquebrantable de continuar existiendo. El encuentro fortuito al origen lo atribuyo a fortuna, presagio y oportunidad; esto es para mí hoy -10h. 43- la literatura posible: persistencia de tirón íntimo en mi deseo y olvidar quién soy por una temporada. Miel del placer amnésico entre excitación de naturaleza evasiva, falta extraviada y devoción irrecusable; el doble manifiesto es monstruo de palabras, teoría ad hoc amparando esta novela que presupone un paréntesis, pulsión evitando extenuarme de desidia en seguir escribiendo lo de siempre. La iniciativa provenía de Musto, fue inspirada para rescatarme en un momento crítico, él lo ignoraba adivinándolo a la vez; en su momento resultó gesto de generosidad, confianza en la amistad y mis capacidades eventuales de resolución, como ocurrió después,

temía requerir un agente de la Zona Sentimental que cancelara el proyecto de una buena vez. Tampoco puede descartarse que me apreciara, viendo con buenos ojos que fuera yo quien llegara a escribirla. "Nuestra memoria pueden escribirla los otros, conozco casos" dijo al pasar y creo saber a qué se refería.

La primera vez que la escuché, fue en ocasión de una invitación al departamento que tenían alquilado con Mónica cerca de la estación Montparnasse, un edificio moderno frente a la torre principal del barrio y con salida a dos calles, la rue du Départ y la rue Poinsot; en la planta baja del inmueble existe todavía un enorme supermercado con productos comestibles de todos los países y ello sucedió en los primeros meses después de conocernos, mientras aprendía a moverme con torpeza de principiante en el plano real de París. Musto era zorro curtido en cuestión de movimientos intercontinentales, trabajos de traducción en todos los registros y mudanzas de emergencia con transportes complicados, arreglos de residencias y decoraciones habitables, yo remaba en seco instalándome en un departamento de dos piezas lejos de Montparnasse cuya mayor virtud era la de ser prestado por buenos amigos; bien ubicado cerca del Arco del Triunfo y las puertas interiores estaban pintadas de un rojo laca china, tipo biombo de fumadero de opio. El efectivo ahorrado antes del

viaje, dólares manoteados a último momento con las valijas cerradas se cambiaban en trámites consulares, traducciones legales de documentos necesarios a la *carte de sejour* y tarjetas para comunicaciones telefónicas intercontinentales, en salones de IKEA donde venden muebles para armar con destornillador, materiales y botiquín de herramientas queriendo darles a esas piezas prestadas leves toques de caverna habitable.

Recuerdo esas semanas pues los meses pasaban rápido, los planes para las llamadas vacaciones largas –entre julio y agosto en el hemisferio norte- encallaban en la resaca de la cuenta bancaria. Una vez agotadas las razones económicas nos conformamos con excusas habituales, que en verano por aquí las ciudades quedan vacías, se las disfruta mejor caminando, tiene su encanto particular el Jardín de Luxemburgo canicular y evita hacer cola en cines de la Avenue Champs Elysées; lo que es cierto, si bien sería preferible descubrirlo por la positiva con derecho a decidir sin la presión de la billetera. Por aquel entonces los Musto no tenían todavía casa propia en Bretaña y ese año de nuestra llegada pensaban ir a la Selva Negra donde viven los padres de Mónica. Hacia el mes de mayo ella viajó a Alemania, lo que se dice una escapada para arreglar detalles domésticos, preparar el terreno para otra estadía prolongada; fue así que por unos días sueltos, coincidimos con Jorge en París, días de clima formidable en la ciudad a pesar de corroerme la preocupación del trabajo tardando en aparecer.

En esas semanas flotantes hubo el atardecer cuando fuimos a beber cerveza -pedí por curiosidad una botella de Delirium Tremens- cerca de la estación de Metro Edgar Quinet, frente chanfleado a la entrada principal de su edificio en la terraza del café que aún existe llamado Odessa. Allí estábamos sentados los dos, creyendo para ayudarnos que la costa atlántica con marea alta estaba en la otra cuadra, observando el momento de felicidad inherente a la circunstancia, presintiendo cada uno por su lado que esas instancias suelen ser anómalas. Mientras tanto avanzaba un atardecer urbano, nórdico, dual y coincidente, nosotros mirando la silueta de la torre Montparnasse, adefesio arquitectónico minado de ascensores y oficinas de extravagante naturaleza con la cual uno termina por encariñarse, más a ras de suelo asomaban copas de árboles que sobresalen la tapia del cementerio barrial, donde están enterrados el gran maestro Alekyne, Cortázar que escribió "El otro cielo" uno de los cuentos más imborrables que leí y César Vallejo el poeta de "Trilce". Bajando algunos grados el horizonte de la mirada, sin llegar a los perfiles corporales se recortaba en diagonal la fachada del café Libertad frente a nuestro puesto de observación, era donde Sastre iba a leer Liberation y tomar el cortadito, según Musto que conocía las rutinas de algunos vecinos del barrio. A pesar de esa analogía de circunstancias tampoco fue por el recuerdo de la náusea existencial pasada que nuestra conversación derivó, quiero decir impuso su legitimación narrativa; había cerca un grupo

reducido algo agitado, hablando castellano de alguna región del centro de España sin acento detectable de autonomía.

-Oí, gallegos.

-A propósito de ibéricos, dijo Musto, como si hubiera estado esperando el pie apropiado para esa réplica y fue entonces cuando contó por primera vez la historia.

Así fue, estoy casi seguro.

Cuando Musto decidió que había concluido el relato al aire libre ya era de noche y a esa hora nadie salía de la boca Edgar Quinet del Metropolitano, la mesita de latón en la vereda estaba saturada de botellas vacías, ceniceros desbordantes de filtros de cigarrillo. Después del incidente -creo estar acertado hablando de incidente- nunca hicimos referencia a la aventura evocada, si bien teníamos conciencia de que se incorporó a una memoria indistinta y común. Ambos sabíamos que la historia molecular estaba latente bajo la superficie, evolucionando como cachalote a la deriva y que algún día reaparecería para respirar, mostrando la infinita curvatura del lomo, lanzando el chorro caliente del aliento por encima de la cabeza, dejando en la mente el recuerdo furtivo de la aleta final antes de retornar a las insondables profundidades del misterio, con las ballenas nunca se sabe el lugar donde pueden irrumpir y lo dice el refrán de la liebre mientras menos se espera.

Pasaron algunos meses de silencio sobre ese episodio y de adaptación a las novedades restantes, la segunda vez que escuché esa historia, la misma aquella del Odessa y apenas retocada fue en otra terraza -esa segunda vez privada- en el

norte de Bretaña, lugar llamado Brignogan-Plages, una punta de tierra fusionada al mítico final del mundo citado por el imaginario druida de leyendas y navegantes. Mónica y Jorge habían comprado la casa en un raptó de inspiración, comenzado las reformas y la época la recuerdo muy bien, acababa de ser contratado en la Universidad Stendhal de Grenoble en calidad de profesor asociado, que para mí fue ganar en la ruleta y fui a pasar con Jorge un fin de semana largo; hace bien su compañía y siempre aprendo algo en esas charlas, hasta confisco algunos cuentos. Mónica debía trabajar esos días en la distribución y gestión de acciones al portador de un enorme barco de cruceros de placer, destinado a las rutas exóticas del Pacífico, donde ellos vivieron a bordo el viaje inaugural con la tripulación united colors of Benetton y Annie corregía su traducción de una novela de Álvaro Mutis de la saga de Maqroll el Gaviero. Esto también debería de ser por el mes de mayo; lo digo y puedo afirmarlo pues con ritualidad asumida seguíamos el torneo de tenis de Roland-Garros en la televisión, la coincidencia se acentuaba y ese año Sergi Bruguera ganó el torneo, venciendo a Jim Courier en final apasionante (6/4, 2/6, 6/2, 3/6, 6/3) y Steffi Graf ganó la final femenina a Mary Jo Fernández (4/6, 6/2, 6/4).

Después de la final masculina que terminó cuando el domingo era aun de día, comentando los tantos más batallados nos preparamos el primer trago del atardecer. Jorge decidió que el match había sido sensacional y si bien Bruguera era catalán, bajo el manto de las Autonomías era España que

sacudió jerarquías mundiales dominadas por estadounidenses y checos reconvertidos. España siempre produjo buenos jugadores de ambos sexos para la superficie de polvo de ladrillo, con esos asuntos de aces imparables y subidas ganadoras a la red, donde había recuerdos admirativos para la eficacia asesina de Ivan Lend y de Musto la fascinación sin límite por el juego de piernas de la rubia Graf, llegamos al tercer whisky cuando la noche bretona comenzaba a ganar la pulseada.

El mismo mes de la vez anterior y seguro que a la hora aproximada, si había una diferencia debería ser de unos pocos minutos. Era el tie breck para la historia aquello cuando Musto dijo:

- ¿Te conté la gesta olvidada de unos compatriotas en Madrid, que por cierto no eran tenistas dignos del ranking ATP?

Por supuesto que recordaba que la había contado y mi situación de reciente experiencia en aterrizaje de emergencia me hacía sensible a la materia de los episodios evocados, las circunstancias donde la oí sumadas al contenido hacían imposible que pudiera haberla olvidado y estaba en anexo la dosificación del relato de Jorge.

Por enigmas que trato de aclarar escribiendo, seguro que acepté el juego de espejos y pregunté iluso:

- ¿Qué compatriotas?

Jorge sabía que la había contado y yo la recordaba, igual omitió cualquier comentario al respecto tras mi respuesta, esa noche él aguardaba seguro que le dijera que no recordaba la

historia y él la contaría de nuevo, por razones secretas menos aparentes de las que yo pudiera deducir. Musto tenía presente las botellitas de cerveza alineadas sobre la mesa en la terraza del Odessa, puede que el esfuerzo de Bruguera lo hubiera llevado a cierta insistencia y fue mientras anocheecía en Brignogan-Plages que la contó una segunda vez.

Esa distancia de dos años en las versiones era el lapso estipulado puede que de común acuerdo entre la situación y nosotros, el tiempo poético requerido para coordinar tensiones entre memoria, olvido y una tercera categoría incierta, consistente en contar una historia más de una vez similar al que requiere el deseo repentino de la relectura. En el nuevo recuento, por efecto catalán de la pelotita amarilla en la arena rectangular de la Puerta de Auteuil o la reconocida locuacidad de The Famous Grouse, parecía que la segunda vuelta con red de 0,914m en altura central sumaba información inédita.

Quizá desatendí detalles de la versión original demasiado preocupado por dar cuenta de la Delirium Tremes y pudo haberme hecho una mala jugada en mi capacidad retentiva, puede que lo considerado novedoso fuera el asombro lateral de reconocimiento y escenas aguardando en el umbral resbaladizo de la conciencia. De atenernos a la doble irrupción y asociados a la ingesta alcohólica, las posibilidades argumentales proliferan; la certeza fue la sensación de que algunos aspectos de la versión escuchada -la segunda ocasión y pactada que era la primera- ya me pertenecían a mi "de antes" y lo perturbador: sin estar vinculada a lo escuchado en

la terraza del café Odessa me pertenecía de antes, “de antes” repetía ignoro si para convencerme o buscando la explicación razonable. Una sensación de que escuchar la crónica de esos hechos de la boca de otro –el destino se decidió por la intermediación de Musto- en nada alteraba un arraigado sentimiento de pertenencia, aunque ese otro fuera mi amigo Jorge, testigo notarial de las crónicas originales.

Ni se me pasó por la cabeza que hurtaba argumento, plagiaba procedimiento o jugaba parodiando, escuchaba sin más una historia suelta integrada “de antes” (¿antes de qué? pregunto todavía) a mis recuerdos. O si con celo justificado por cierta paranoia circulando en el trato apalabrado, dispuse que para apropiarme de ella y reconocerla mía debía escribirla lo más pronto posible, antes de que Musto la contara por tercera vez, aunque fuera en una cena informal entre amigos; si es que acaso alguna otra vez se decidía a contarlo, lo que era muy improbable. Mi ansiedad de escritura estaba unida a la conciencia de que había una vez, la nohecita del día que Bruguera derrotó a Courier -cinco sets intensos- en la final del torneo de Roland-Garros, era la última ocasión en que Musto evocaría ciertos hechos puestos en narración y asumiendo conocerlos desde antes; incluso antes de mis Deliriums Tremes en la terraza del café Odessa, frente a la salida Edgar Quinet del Metro de París y nunca habría una tercera vez que no fuera por escrito.

En tierras de Bretaña, fin del mundo conocido para el hombre occidental en los tiempos heroicos, territorio de lluvias y

leyendas con bosque, luego de que el caballero catalán Bruguera venciera al colorado lord Courrier un torneo famoso en suelo de Francia y de Navarra, supe con fe de converso que esa segunda circunstancia sería la última variante del cuento que me sería dada a conocer.

En ambas circunstancias la puesta en escena fue parecida, luego de contar con aire distante la larga secuencia, la segunda vez de Bretaña Bruguera a veces y cada tanto, cuando se trataba de volver a llenar los vasos de The Famous Grouse y agregar cubitos de hielo Musto se interrumpía para acotar: “pero creo que esto ya te lo conté” y sin aguardar mi eventual respuesta, eludiendo verme en la situación de simulador, él seguía adelante con los detalles. Así se quedaba mirando en alternancia bien mis posibles reacciones a medida que avanzaba la trama ya el cielo tiñéndose de azul petróleo de marea celeste, miraba siendo ave de cetrería del Pirineo buscando presas en picada, lo hacía fumando cigarrillos Chesterfield al comienzo lento y prolongando las caladas, mezclando el aire puro del lugar junto al mar con el dejo ligeramente ahumado del whisky de la perdiz, luego, a medida que el cigarrillo se achicaba acortando distancia con el filtro, Jorge reducía el intervalo entre pitada y pitada que eran breves e intensas.

Nada había de desafiante en esa interpelación de sus recuerdos que lo tenían todo para tentar la escritura, aguardaba -creo intuirlo años después- una réplica, la respuesta de mi parte y que debería ser ficticia bajo la forma de opinión sobre lo que venía de escuchar. Puede que mediante otros gestos concretos de apropiación aceptando la propuesta, en su intento por comprender con perspectiva la conducta del amigo, Jorge se negaba a ponerse a escribir la historia que estaba contando por segunda vez en apenas dos años. Cuando le comenté las posibilidades literarias que tenía el episodio, en verdad le preguntaba si deseaba él ponerse a escribir o lo ilusionaba la idea de hacer con esos retazos recortados una novela y él sonreía socarronamente, encendía otro Chesterfield, echaba un chorrito llorón de whisky en el vaso y ensayando una mueca con la boca, marcando un cambio de programa en la conversación, comenzaba a hablar de autores que a comienzo de siglo escribían en alemán, siendo su forma de responderme por banda. Creí captar -tengo mi propia certeza retrospectiva- por la reivindicación del encanto indiscutible de Viena sobre Madrid, la valoración del clima espiritual del fin de siglo mideleuropa decadente, cargada de horror inducido pero opuesto al lamento del 98, cuando la Madre Patria (nada menos) entregó el destino de los cubanos (nada menos) a los Estados Unidos (nada menos) por el tratado de París (nada menos) que le molestaba sobremanera - hasta volverse impedimento insuperable para suponer la empresa- que una parte hubiera ocurrido en Madrid.

Esa circunstancia de escenario lograba desacomodarlo, yo podía entender su sufrimiento ofendido si lo hubieran invitado a una corrida de toros con paseíllo multicolor, pasodobles tradicionales y orejas del astado cortadas como trofeo, a escuchar una zarzuela del repertorio clásico en un teatro de comedias con elenco local. Nunca le trasmití la felicidad que había comenzado a urdir para mi narrador fantasma que ya oigo llegar sigiloso a la novela y asociada a Madrid. Jorge debía sospechar mi debilidad por la ciudad puesto que al escuchar la palabra Madrid reaccionaba: cuando con ironía excesiva él recordaba el barullo callejero, el olor penetrante de frituras desde horas tempranas, sin hablar de las tascas y algunas novelas recientes de la movida yo traía a cuento la paradoja última del irracionalismo de sus admirados maestros alemanes. Madrid es una ciudad que él detesta con convicción casi tanto como el sentido de la fiesta propio de la población autóctona, en cuando a la crema de la intelectualidad optaba por el silencio condescendiente; nada de detalles rescatables o consideraciones generales, era rechazo a la hispanidad en el espectro amplio de manifestaciones externas, desde las danzas de "La vida breve" de Manuel de Falla –"nombre emblemático para un músico"- hasta los hábitos de alimentación social, "las tapas, bonito nombre, tiene algo de balde" decía. Debería existir algo más profundo que el catálogo ligero por las diatribas de souvenir turístico para explicar esa actitud refractaria radical que yo ignoraba. Sin estar en condiciones emocionales adecuadas, menos cuando celebramos el triunfo

de Bruguera (“contra un norteamericano pelirrojo no teníamos alternativa, ese muchacho Sergi, que por otra parte jugó muy bien, al menos es catalán.”) de hacerle confidencias de lo vivido en Madrid; me hubiera sentido un muchacho sentimental ridículo y más después del penúltimo whisky mientras se preparaban las pastas en la cacerola. ¿Cómo evocar mi entrañable meseta castellana cuando la salsa bolognesa llegaba a su apogeo de ebullición? Dejando de lado que jamás podríamos coincidir en nuestras opiniones sobre el duende y miseria de Madrid, yo por el momento deseaba escamotear retornar en palabras sobre lo vivido.

Siendo un agente exógeno a la aventura de los sufridos compatriotas tenía recuerdos palpitantes de la muchacha, lo que insuflaba en mí fuerza suficiente para tentar la historia de Musto y proponer el pacto que podía solucionar el conflicto de intereses: cada vez que en los próximos meses el narrador responsable inventado escribiera la palabra Madrid se abriría un paréntesis para que yo recordara, cuando aceptara que la había perdido a conciencia él hallaría ánimo idóneo para atacar las palabras intermedias, oraciones inventadas que fueran necesarias para llegar a escribir otra vez más la palabra Madrid. Durante esos momentos de charla posteriores a la segunda versión del episodio -no por reincidente menos crítica- cuando sin apercibirnos la empatía se deslizaba a una confrontación amistosa sobre la cuna del requiebro y el chotis, que podría nublar en la noche celta del triunfo del blanco caballero Sergi, con Musto nos redimimos en la escucha de

algunos tangos. Era la circunstancia esperada para cambiar de tema, los asuntos viajaban por el aire hasta calles de aquella Montevideo fantasmagórica persistiendo en la otra playa de la realidad, deambulando por el oleaje del tiempo y esa vez la fuerza evocadora de los tangos fue insuficiente. En las horas previas vividas en Brignogan-Plages supe lo que Musto estaba diciendo por segunda vez: aquí hay materia en bruto, te la estoy pasando y hacé con ella lo que te parezca, tampoco me voy a meter, es una pena que debas lidiar con el aura Madrid pero creo entender -por causas que ignoro- que no es para vos un obstáculo insuperable, más bien todo lo contrario... ya dirás después.

Acaso con un golpe de ficción de mi parte podría modificar el escenario de los hechos, era Madrid (lo que fuera que sobrevolaba hace años exigiendo pista novelesca debía suceder en Madrid) el impedimento para que Musto se decidiera a escribirla; ese condicionamiento era más fuerte que él formando parte de su encanto y filosofía de la literatura. Ante dicho obstáculo infranqueable, mi condición de hombre afortunado que pasó agostos allá sin sufrir secuelas traumáticas en el espíritu sino todo lo contrario, comenzaba a desdoblarse. Ese otro comenzaba a pergeñar la voz narrativa que dentro de poco tomará la palabra, personaje que sí estaba dolido de Madrid y con razón; recuerdo de familia que le quemó el corazón para el resto de la vida, sin que toda la nieve que cae durante los inviernos en los picos de la frontera pudiera cicatrizarlo. Podría escribir -era excitante- sobre una Madrid

visible sólo para el narrador ficticio que venía inventando y podría tentar armar la novela evitando contar la historia. Necesitaba apelar a ese tercer hombre para poner en relato la historia escuchada dos veces en la tradición oral, alguien que ignorara el efecto devastador del passing shot de Sergi Bruguera y supiera en carne propia del bombardeo de la Biblioteca, la decapitación de la estatua de Lope, del asedio brutal en el frente de Ciudad Universitaria.

Lo hice sin estar seguro de poder hacerlo eso de escribir sobre la Madrid denigrada emanando de los cuentos de Musto y que utilizaba, compensando la otra ciudad intensa existente en mí donde el mal era hipótesis imposible. La realidad denigrante de la ciudad evocada en mi escucha debió de ser terrible, por ello fue necesaria la cerveza belga del café Odessa y el whisky de la perdiz en la costa Bretona; como si la última versión siendo apenas la segunda, requiriera la complicidad de tejas grises del lugar sobre los techos inclinados, una enorme pizarra cara al cielo donde dejar trazas blancas, cotejo contiguo a los viejos ciclos celtas llenos de búsqueda, promesas, objetos mágicos, encantamientos de bosques, sangre de valientes lanceros y poderes nocturnos femeninos.

Olvidé si lo dije antes y por las dudas lo repito para que se vuelva indeleble. Sucedió en las últimas horas de un domingo de mayo luego de que Sergi Bruguera ganara por primera vez el torneo internacional de Roland-Garros, Musto estaba relativamente feliz por la cercanía del verano y su promesa de sol recalcitrante -él tiene algo de lagarto venezolano-. Fumaba

a su cadencia inconfundible, bebía sin prisa y hablaba mientras la cena se cocinaba en ollas y sartenes, contaba diciendo te estoy legando la peripecia de compatriotas confundidos, creo que se trata de una oportunidad única o lo parece. Jorge quería decir algo así como haz con ella lo que te parezca, pero eso sí: atención... para que una vez llegada la escritura sea creíble buena parte de la novela tiene que suceder en Madrid y que dios te ayude en la ruta.

-Si hubiera sucedido en Viena... acoté contrarrestando tanta presión y responsabilidad anunciada.

-Ah, eso es otra cosa. Viena... replicó Musto en un suspenso musical mirando el cielo de costado, adivinando el clima del lunes y mientras se sacaba el cigarrillo de los labios para sonreír mejor; de otra manera que si estuviera escuchando "Das Lied von der Erde" de Gustav Mahler en una versión con Christa Ludwing

Era fastidiosa mi debilidad visible ante lo escuchado y las buenas historias ajenas sin escribir. Simulé hacerme el desentendido y evité tomar notas cuando regresé a casa desde Bretaña en tanto planificaba el futuro incierto; era absurdo, como si la invención de personajes dependiera de condiciones climáticas parecidas al cultivo de orquídeas en invernadero. El día predestinado de Bruguera escuchaba a Musto poniendo delicada atención en detalles secundarios y provocándome a plagiarlo sin pedirle consentimiento. Es una suerte que las cosas sucedan de manera diferente a lo programado, los agostos que tengo por delante son relativos e inciertos

subordinados a otros agostos anteriores. Los reservo para mentirme que mi narrador terminará escribiendo la novela con sus propios recuerdos, que tanto lo afectan y puedo hasta entenderlo.

Cuando mi abuela materna Serafina me llevaba al catecismo al colegio y parroquia Domingo Savio, en la calle Gerónimo Piccioli, que lleva hacia la zona del hipódromo de la ciudad donde vivían los abuelos paternos Susana y Juan Nazario, nunca imaginé que otra comunión podría ocurrir en Argelès-sur-Mer. La astucia del tercero fue el atajo narrativo para avivar el recuerdo de Madrid incorporado a la novela de otros, dándole al narrador empecinamiento criollo para continuar el camino hasta la escena final.

- ¿Se puede saber qué vas a buscar en Argelès-sur-Mer en baja temporada?, preguntó Jorge cuando anuncié por teléfono la inminencia del retiro estratégico para poner algunas ideas en orden.

-Al gordo Molinari.

OSVALDO MOLINARI & ASOCIADOS

Capítulo I

En el final de la historia también será el verbo de aceptar que fue escrito que una palabra puede decir de la vida más que mil imágenes. Palabras y sin palabras, sonidos con furia fue declamado es vana agitación escénica y la frecuencia sonora impuso un comienzo poco descriptivo pues el asunto nació de lo escuchado. Resulta sencillo enunciar las primeras oraciones confusas intercalándose al silencio de la lectura, lavarse los dientes decir, gárgaras de dentífrico mentolado decir, oblaciones de medio minuto con antisépticos tratados a la clorofila y el agua turbia de higiene en torbellino, mezclada con pastosidades coloridas disueltas en la boca grrrrrrrrrrr grrrrrrrrrrr y una vez escupidas yendo en círculos concéntricos al resumidero. Parando la oreja se oye la cisterna entrando en acción, el líquido llevándose residuos del cuerpo depurado, el agua corriente llega sin mucha fuerza hasta los sanitarios empotrados en el muro y está dicho lo necesario, la piedra

fundamental de la palabra decir. ¿Alcanzan a captar ustedes desde ahí tan lejos y tan cerca a la vez la puerta del refrigerador General Electric cerrando en el envío, amortiguando el impacto por el perímetro de caucho? ¿Escuchan un chancletear infantil, pies descalzos adultos, cajones de cómoda desplazados para buscar ropa limpia y planchada? ¿Lo escuchan de verdad? Es al comienzo la emoción verosímil que consuela, la casa estaba en movimiento rutinario, la vida de verdad como les gusta y antes de aquello que no altera ni tan siquiera la voluntad de negación -si hoy fuera el caso- porque el día se presenta tan idéntico como anteayer.

Lo sospechamos desde aquí porque forma parte del pacto, en los próximos minutos algo sucederá justificando que se escriba de este día y no de otro, de él y menos de los otros días descartados. Tampoco de mañana sin ir más lejos, día para el que pronosticaron -en eso se puede adivinar el futuro en el libro del cielo, leyendo las cartas meteorológicas fotografiadas por satélites- un aumento de la temperatura con nubosidad variable: de hoy, cuando la historia prestada comenzó en varios lugares a la vez. Es en oblaciones bucales desde donde decidí asentarla, durante el día más largo y a la hora indicada estaba lanzado el impulso sin presumir secuelas de la jornada predestinada.

La primera percepción es Estela -¿la pueden imaginar desde ahí, hacerse una idea aproximada de alguien que se llama Estela? - que se había levantado unos minutos antes, lo que se

dice saltar de la cama. Ella se aprontaba para salir de la casa y ser la primera en llegar al consultorio del famoso trío de oculistas -oftalmólogos como les gusta ser llamados- cirujanos prósperos de las primeras cataratas operables en el país y otras patologías de la visión. Desde soltera asegura la secretaría ejecutiva de la clínica y la gestión financiera interior de la incipiente empresa. La agenda de la consulta es nutrida y hay que pedir hora en el gabinete con semanas de antelación, los eminentes profesores están tentados por la inversión inmobiliaria en casas linderas para ampliaciones de consultorios, en aparatos imprescindibles de última generación y expuestos en ferias internacionales que reacomodan el globo ocular. Calma, calma, que ninguno de los oftalmólogos se abrió las venas con un bisturí infectado, dando comienzo sangriento a una serie de eventos que pudieran afectarla.

Los mellizos, capturados por la inquietante experiencia de tener un otro repetido cerca, haciendo gestos similares sin ayuda de espejo alguno, buscando singularizar la diferencia por la costumbre de verse vivir fuera del cuerpo, respondiendo al acomodo en el mundo luego de haber compartido nueve meses de embarazo en el vientre de la madre, intuyendo la inconsistencia de la soledad hasta que uno falleciera y ello fuera en un futuro inconcebible esta mañana portadora de la ruptura, desayunaban juiciosos como niños buenos. Nunca hubo demasiados mellizos en la ciudad y una atención especial les estaba destinada en cada etapa de la vida; como sucedía con las maestras de la escuela pública desde la clase jardinera,

que se divertían con la posibilidad de la confusión permanente. La gente al verlos fantasea, la praxis genética condiciona la percepción e inquieta alguna galería de la superstición; esa misma gente los proyecta a un futuro artístico en dúo de música folklórica, conjunto nueva ola del Club del Clan vestidos con buzos cardigan y con una enorme inicial en el pecho debajo del cuello V. La camioneta de la escuela los vendría a recoger en once minutos, ellos conocían el tiempo exacto de espera del transporte y la manera de medirlo, incluso antes de aprender a leer la hora en el reloj de la cocina. Tampoco se trata de un accidente donde uno de los mellizos pierda el habla o la movilidad de los miembros inferiores, lo que sería brutal. Las vacaciones escolares del mes de julio, que para los padres eran un relativo fastidio habían quedado atrás, la vida recuperaba el ritmo reposado de la instrucción pública, esa paz que por unas horas brindan los horarios pedagógicos.

Los responsables técnicos del Servicio Meteorológico anunciaron un agosto agazapado y traicionero, salvo mañana cuando se vivirá una tregua del termómetro invernal. Pero a partir de pasado mañana el ambiente en la capital sería nefasto para los desfavorecidos por la edad avanzada y la pobreza. Nadie anunció el tornado con rayos y centellas, nada de eso, que lo distinto no vendrá de la atmósfera como recurso teatral de último momento ni súbita calamidad divina. Un esfuerzo era necesario para recuperar la concentración, se aconsejaba por la radio prestar atención a las recaídas gripales que son las

peores pues afectan al organismo debilitado. En pocas semanas la primavera llegaría a la ciudad, era inminente.

-Dejá, dijo Uribe cuando escuchó el teléfono. Que llamen después.

Algo había de molesto desagradable en esa estridencia a deshora, cadencia metálica anunciando el desarreglo radical, como un incendio lejano de fuego devastador que nada detendría en su avance, llamas tan temprano eran improbables, seguro se trataba de número equivocado, "ganas de joder" pensó antes de decir dejá. La estaba provocando, él conocía la reacción ofuscada de Estela a la desidia del esposo relativa a las tareas domésticas, incluyendo responder el teléfono, la falta de curiosidad e interés por la suerte de los otros. Evidencia de distancias emocionales, modos intuidos durante el noviazgo que se habían acentuado con los años y eso que la vida en común recién comenzaba. La reacción ante la llamada y la falta de reacción, condensaba los supuestos de Uribe ante la vida al pensar de Estela.

-Siempre el mismo, dijo ella sabiendo del tono exagerado. Puede ser importante, urgente, cosas que ocurren sin considerar tus horarios. Cuando uno de tu parentela está en dificultades sí que te precipitas a contestar la llamada.

Eso de ser siempre el mismo le sentaba bien, la única sorpresa de su existencia digna de ese nombre había sido la disyunción movediza de los espermatozoides durante la luna de miel, que sorprendió a especialistas y concluyó en el laborioso parto de mellizos, esencial para la existencia, porque

tal excepción biológica era inconcebible en su mentalidad; debió aceptarlo como imposición de leyes naturales que desbordaban su horizonte de discusión. Exceptuando ese accidente celular, pasaba por una etapa de la vida en relación a los demás y al mundo en general donde estaba en acuerdo con las teorías refutando la legitimidad y valor del movimiento. Decantándose por una inercia consentida, flujo que lo incluía sin pedirle su parecer, procurando evitar contrariedades, impedir que factores externos violentaran lo programado para este día. Sería prudente dejar sin responder el teléfono, eludir cualquier información exterior y sin considerar la fuente incidiría en el plan original; estrategia de espíritu pesimista, táctica basada en desconfianza e intuición y por una vez los hechos le darían la razón. Para emociones estaban los mellizos, la vida había pegado fuerte con la descendencia, de ahora en adelante lo deseado era que la obra se mantuviera en cartel con el mismo elenco. Lo mejor de nuestras energías está al servicio de contradecir el cambio inherente a la materia, especulaba, nuestros filósofos exclusivos deberían ser los presocráticos; agua en termo para el mate, fuego y brasa aguardando la carne que tiente, átomos esféricos revestidos de cuero buscando las redes del arco contrario, tierra para hacer trotar corderos cerca de la parrilla inclinada.

La máxima fortuna era la de llegar a la noche sin otro sobresalto que las vacilaciones del transporte público. Esa llamada ahí sonando, insinuando el escándalo, infiltrada entre el nudo de la corbata y el primer sorbo de café, estaba

decidiendo lo infausto del día, fin de una etapa de la vida donde se puede prescindir de recordar la intersección del pasado con lo irrecuperable. Fastidiada por el atraso ocasionado por un botón descosido de la blusa, Estela igual atendió para saber como sacerdotisa que interroga signos imprevistos. Los mellizos la miraban sin protestar por la inatención maternal circunstancial; observando pero impacientes, luego que sonaron como el clarín en el fragor de la batalla bocinazos del transporte escolar, que esperaba apenas un minuto. Aguardaban que la madre les pusiera por encima de la túnica el abrigo, les recordara que tuvieran cuidado en el recreo al subir las escaleras, verificara si tenían en el portafolio las galletitas El Trigal, el cuaderno de música y la goma de tinta. En esos segundos mientras las acciones hogareñas quedaron suspendidas ella escuchó, sonrió mirando a los hijos dejándoles fuera del asunto, satisfecha de haber conciliado la convivencia del día y lanzarlos en paz a la educación; mostrando la satisfacción rencorosa que le proporcionaba el tener razón en los aspectos prácticos de la vida.

-Es para vos, le dijo, tendiéndole la mano, el brazo tieso con el tubo de baquelita negra, que si hubiera transmitido la energía sobrecargada del fastidio debería tender al rojo vivo.

Tampoco era para tanto pensó Uribe aceptando la transferencia, sorprendido por la resolución delicada del episodio "llamada tempranera" que pudo distraerlo, retardarle su deambular que lo llevaría en cuarenta minutos hasta la oficina en el Ministerio. A esa hora y con tal ambiente de pareja

sería preferible que el mensaje fuera importante, de lo contrario...

- ¿Sos vos Uribe?, dijeron del otro extremo de la línea, en algún lugar perdido de la ciudad y el tiempo.

La voz era nerviosa y apurada, de alguien agitado por el esfuerzo de recorrer varias cuadras hasta dar con un teléfono público que funcionara, huyendo de una pesadilla terrible para quien la escucha de Uribe, la confirmación de que alguien estaba oyendo su dolor, fuera la última esperanza de salvación. Único destinatario de la información que era imprescindible compartir, cuestión de vida o muerte.

-El mismo, contestó Uribe y de no haber sido por el tuteo más algo, una entonación extraña que removió recuerdos, hubiera mentido la identidad.

-Mataron al gordo Molinari.

- ¿Pero quién habla ahí? preguntó Uribe, que se puso circunspecto sospechando ser objeto de una broma de mal gusto, preocupado más por la incierta identidad del informador que por la verdad del enunciado.

-Soy yo, te habla Irusta, dijo el desconocido, fue un decir bárbaro descontando que lo vital era la primera información; respirando como si se hubiera quitado con las uñas ensangrentadas la alimaña que le roía el cerebro, pulmones y páncreas desde hacía tiempo.

-A estas horas venís con eso Irusta... balbuceó Uribe. ¿Qué dijiste? Creo que te escuché mal, si sos Irusta perdoná hermano, es temprano y ando medio dormido.

-Lo que oíste, mataron al gordo Molinari. Le dieron flor de paliza y después lo liquidaron de dos balazos en la cabeza.

Eso dijo Irusta sin inflexión, informando como lo hubiera hecho un testigo casual acuciado por hacer saber que la agitación respirada, lo inoportuno de la hora y lo cruel de las primeras palabras no respondían a un cuento inventado. Eran consecuencia de algo terrible ocurrido lejos y los implicaba, al menos a los tipos jóvenes que fueron años atrás.

Uribe cerró los ojos como si bastaran los párpados bajos para refutar lo escuchado, procurando contener el alud de los recuerdos, avalancha que venía de activarse en la ladera este de la memoria, en el piso dieciocho del rasca recuerdos, lejos del primer refugio antiatómico y que en pocos segundos se abatiría sobre la habitación donde estaba parado. Demasiado absurdo, él estaba acostumbrado a diálogos cortos subtítulos en pantallas de cine, en novelas del Séptimo Círculo con detective malicioso y catarsis final. La llamada de Irusta nada tenía de la convención de un diálogo de ficción artificial; entonces sucede que el amigo de la juventud, distanciado por el vaivén existencial en pleamar vuelve inopinadamente una mañana cualquiera. Perdón: regresa el cadáver del amigo y muerto por violencia, baleado como un apache -bang bang-, rematado por la espalda con Winchester de repetición -bang bang-, lívido como peoncito rural mellado y albino caído en campos de la patria, envuelto de apuro con un poncho embarrado, arrastrado por un malón rejuntado de caudillo local, destrozado por metralla deficiente del enemigo

emboscado. Cerró los ojos y los líquidos contenidos en bollones de la memoria se activaron hasta fijar urgente una imagen de archivo del gordo Molinari, ácidos corrosivos que luego de encontrar el agua oxigenada comienzan a perfilar imágenes, difusas primero y luego subsecuentes e ignoradas, salidas del álbum que se supone perdido. Un frasco de la memoria en almíbar no soportó tamaña presión y terminó partiéndose, el líquido agridulce se derramó queriendo escapar del recinto desbordando el presente, manchando el pasado común, dejando trazas sobre la mesa y el piso parecidas a figuras.

Eran así las cuitas cotidianas en el hogar Uribe la mañana del 1º de agosto de 1963, día fijado como aquel de la alteración que preludia los cambios. Molinari muerto, justo él que había desertado del círculo hacía cinco años, de quien apenas se tenían noticias esporádicas y salido del horizonte capitalino después de que Estela parió mellizos. Fue raro aquel viaje en alguien que hasta entonces se negó a salir de la zona portuaria del Río de la Plata, sosteniendo que el resto del país fue expropiado a la usanza capitalista, hectárea tras hectárea, sierra tras aguada, loma tras potrero por metódicos especuladores extranjeros; que lo único que seguía siendo nuestro, reliquias de una patria enajenada, eran las listas parejitas de la bandera y los campos heráldicos del escudo en los Juzgados de Paz.

Irrelevantes noticias del mundillo absurdo ahora sin la existencia del gordo, llegaban en la mañana universal e incluyendo un detalle decisivo: el Molinari asociado a ese

evento rotundo agotó los boletos de la calesita del tiempo que le quedaban en el fondo de los bolsillos del pantalón, se los arrancaron con rabia y lo tiraron con desprecio al barracón final. El tren fantasma del Parque Rodó dio las cinco vueltas convenidas, sólo se salvaron flotando en el vacío publicitario calaveras desarticuladas -azules y patéticas- bailando torpes un pericón tradicional. Bang bang dos tiros en la cabeza dijo Irusta hace un momento, evitando simular, sin poder articular consideraciones de falso consuelo, lógica vitalistas o destino manifiesto. Esas que incitan noticias de muerte natural, causadas por una enfermedad más tenaz que la pasión de siete puñaladas.

- ¿Estás seguro?, preguntó por inercia queriendo darse el tiempo de reacción; dos segundos, tres, cinco, los que fueran necesarios para restaurar el pensamiento asociado a la muerte, la mecánica reacia a mezclarse con ese tipo de incidentes.

Cambio y transfiguración. El mundo tal cual es menos Molinari vivo, caminando sobre la corteza terrestre, se volvía un ente indefinido incorporado a la materia inerte. El cadáver pudriéndose en una fosa distante resultaba insoportable y eso que el acomodo recién empezaba.

-Tenemos que vernos, dijo Irusta, ordenó.

-Si claro, tenemos que vernos. Decí vos, propuso Uribe, comenzando a comprender lo sucedido, admitiendo que la noticia imponía una reacción en el minuto siguiente.

-En dos horas en el Café Praga, si te parece.

-Me parece. Allí estaré, respondió Uribe y colgó sin despedirse.

Capítulo II

La imagen de lo que alguna vez fuera el amigo se reconstruía rápido en la proyección de Uribe y prescindiendo de su voluntad. Los perfiles nítidos del muerto insistían en retornar para dotar a esa ausencia de cierta representación escénica compensatoria; turbaba la falta de costumbre a la muerte olvidada por la vitalidad de los mellizos y su incapacidad de concebirla de otra forma que como algo hipotético. Tampoco la muerte según lo establecía la llamada de Irusta, porque es convención, hay los muertos habitando el segundo tomo sin escribir de la novela y ello no siempre tienen la última palabra. Molinari regresaba para probarlo, agonizando de evasión desde hacía años, cuando decidió largar todo sin explicitarlo y mandarse a mudar como emigrante de la Coruña en reversa, cortar amarras con su situación, rajarse de una buena vez, mandarse los olivos, alzar el vuelo, poner distancia entre memoria y porvenir, pies en polvorosa, tomarse los vientos. Eso le caía al pelo al personaje: tomarse los vientos.

De improviso una llamada telefónica lo restituía al libro de las presencias ingresándolo a la agenda del día y la vida presente descompuesta que exhiben los cadáveres,

anunciando que el ser humano llamado Osvaldo Molinari emprendió el Gran Viaje; con él marchó la valija de recuerdos asociados a la convención gordo Osvaldo y estaba pudriéndose con dos balas -bang bang- metidas en la cabeza, dijo Irusta. Inconcebible manera de morir para compatriotas con adiposidades propensos a la crisis cardiaca, accidentes de circulación en esquinas con tranvía por falta de reflejos, una falla de la función hepática con la ayuda del ofidio verdozo de la cirrosis, jamás a eso otro de pólvora y cargador, gatillo y plomo. Como si la gordura y el corazón fatigado de bombear sin tregua sangre espesa fueran incapaces de cortar la secuencia, se habían agregado dos balazos -bang bang- en la cabeza desgrasada, sin hígado deshilachado ni coronarias obturadas, sin riñones con ácido úrico o jugos gástricos potentes y suicidas. Hasta los crímenes tenían allí por esos años algo de enfermedad incurable, embolia del espíritu anémico, fractura múltiple del hueso retorcido de la memoria. Lo inconcebible era aceptar la idea de un balazo, luego el segundo disparo a quemarropa, el segundo, -bang bang- de los tiros de gracia -bang bang-. En los últimos instantes de vida hizo falta al parecer una sobredosis de tratamiento para rematarlo, los dos estampidos -bang bang- del arma utilizada ensordecían las poleas del carillón arrullando siestas estivales, como si de pronto hubiera entrado en nuestro pueblo de labradores indefensos una banda de forajidos sin causa, errantes en la historia insensata y cruda. Irlandeses borrachos perdidos en Arkansas sin leyes estatales, desertores

hambrientos de tropas del general Lee, lanceros renegados de llano venezolano, harapos humanos de infantería en retirada sin motivos sublimes ni compasión alguna liderados por un cabecilla cruel y sanguinario.

Venía tan bien la mañana en el hogar Uribe y el gordo tenía que complicar el panorama, el mundo bullía de accidentes de tráfico, hubieran podido tirarlo en el paso del Metropolitano para camuflar el crimen en accidente, falsificar un certificado de defunción, un documento traficado es en tales casos prueba suficiente. Se sabía sobre lo indetectable del cáncer incurable en vísceras expuestas y órganos gastados, de derrames cerebrales provocados, astucias clínicas haciendo del crimen una banalidad, resolviendo el asunto en un velatorio discreto sin sospecha ni dudas, con certificado notarial, dos horas de cementerio expeditivo y como epílogo un pequeño aviso fúnebre publicado en últimas páginas de periódicos regionales. Ellos, allá, quienes hayan sido, quisieron que esa muerte fuera diferente. Garrote y prensa, nada de métodos discretos simulando accidente ni desapariciones traficando con la posible vida marginal de la víctima. Molinari no había muerto, lo mataron de tal manera que se supiera buscando enviar un mensaje persuasivo, dar ejemplo y alguien le metió dos balas en la cabeza -bang bang- destrabando una serie podrida de preguntas.

Merecía haber muerto como cualquiera aunque fuera decepcionante para alguien de sus características, podía considerarse una excentricidad sin llegar al extremo de hacer

creíble esa puesta en escena de la muerte, comparable a una novelita firmada con seudónimo. Entre los amigos, llegada la hora antes de lo programado, hubieran elegido la discreción del retiro, el sufrimiento en solitario, la resolución expeditiva de la agonía, él fue todo lo contrario. Sopesando el pasado y hace de ello cuatro años, el gordo se había borrado tomándose los vientos con la intención de dejar escasísimas pistas sobre sus planes verdaderos. Que nadie los conociera en detalle para joderlo con reflexiones fuera de lugar, menos intentara conectarlo sin su consentimiento para la bobera de estar al tanto, preguntar cómo te trata la vida. Genio y figura se dijo por entonces y el viajero tenía ahora que regresar así al circuito original, muerto, fiambre, durito, liquidado en circunstancias escabrosas por ignoradas y tales que terminaba fastidiando a todo el mundo sin haberlo pretendido. Nunca fue de esos personajes sobre los que se puede decir más sí que reviente de una buena vez y nos deje tranquilos; el gordo estaría radiante de haberles estropeado algunos días a los asociados de la empresa, sacudirles la indiferencia que se instala a fuerza de redundancia y sólo la parca en su versión película serie B parece estremecer. Enseñarles de una vez por todas que la víctima es más desdichada que el asesino, porque escapa a la justicia de los hombres y se instala en el remordimiento sin redención. ¡Pero qué gesto de puta madre se mandó! Molinari muere asesinado en la legión extranjera y misión casi diplomática, en circunstancias de agente secreto, la noticia se

difunde y para los cercanos a su existencia el mundo parece detenerse y morir un poquito.

En el minuto que viene Uribe llamará al Ministerio, localizará al tano Di Salvo y le pedirá la gauchada de que le marque tarjeta de entrada. Como nunca fue aprovechador explicarle a Di Salvo hasta más o menos convencerlo. que esta vez la razón del amigo fallecido es verdad; luego, sin tiempo para considerar el dolor desplegado -¿qué tiempo de dolor puede causarle a Uribe la noticia? - dentro de un rato participar del conciliábulo en el Café Praga. Era urgente hacerlo, había que hablar del gordo cruzando dolor y libertad, charlando por primera vez del amigo después de muerto. ¿En tales circunstancias el café tendrá el mismo gusto? ¿Era verdad la secuencia de emociones que estaba ocurriendo esa mañana?

La vida pasada junto al gordo se fusionaba con otra vida y la apariencia de haber sido decidida; apenas se la pensaba en términos cordiales debía recordar que el amigo estaba muerto. Crecía el desencuentro, una parte comenzaba a funcionar de forma deficiente, la maquinaria amenazaba descarrilar en la primera curva cerrada de la ruta. Algo indefinido en el tiempo -denominado con piedad y sarcasmo primera juventud- se atascó en los durmientes del tiempo asociado al pasado archivado; saltó inopinada la cuña Molinari del fondo de las esclusas condenadas y la correntada recomenzó su arrastre. El efecto ariete proveniente del pasado Uribe estaba seguro de soportarlo, en las próximas horas lograría administrar el dolor diagonal por la muerte, el nudo en la garganta disolviendo la

condición de inmortal que sin saber por qué le había atribuido. Desconfiaba en cambio de la marea sentimental que sucede a la noticia del amigo muerto, el desgarró de la continuidad de una mañana de agosto parecía un engañoso efecto flash back, a medio trayecto entre necrológica y recapitulación positiva, provocando un estado tercero asimilable a la derrota. Arruga debajo de los ojos, pliegue en la comisura de los labios, un conjunto de células se enferma en el cuerpo entablado un antes y el después.

Ese síntoma lo fulminó a Uribe apenas colgó el auricular, temor al olor de la historia que remonta a la superficie, sucedidos ocurridos antes del movimiento replicante de los mellizos en la panza de Estela. Irusta habló con soltura, incluso aceptando el dolor su voz tenía una complicidad injustificada por los hechos, como si se hubieran visto anoche sin que hubieran pasado esos años flotantes. Seguro eran los nervios, la muerte de Osvaldo, la noticia del asesinato más su manera de circular, parecía haberle rejuvenecido la voz y a esa terquedad o ineficacia le llama coherencia existencial. Está convencido que denota un síntoma de inteligencia intuitiva, algo así como haber descubierto si no el secreto de la vida, al menos la manera sensata de administrarla con nutrido autocontrol.

Necesitaba contrarrestar el sacudón con un recuerdo bonito asociado a los años aquellos. Uribe conoció a Estela en un baile organizado por los estudiantes de medicina en la confitería Americana, ella lo amó desde las primeras semanas aceptando

sus derrotas disimuladas e intentó -con paciencia y cariño- enderezarlo de sus debilidades de muchacho tarambana con suceso relativo. Fue la mujer con la que pudo vivir la vida deseada y modesta de desafíos siendo hombre débil para concretar ambiciones desmesuradas, si bien años atrás había pergeñado algunos sueños fantasiosos. Necesitaba apoyo emocional, ella resultó la persona adecuada, nunca antes se había preocupado demasiado por buscar compañera y en cuanto supo que la bella destinada era Estela, la incorporó en esa categoría curiosa de primera novia y esposa. Debió de pagar en esfuerzos por la estrategia sentimental asumida, durante los primeros tiempos y luego que hizo pública su relación soportó bromas chabacanas sobre el hombre dominado por la mujercita. La puyas vulgares arreciaron; que quién podría imaginarlo, calzonudo de un día para otro, que esa minita te lleva a la ruina, se podía esperar de cualquier otro menos de vos, del uso de los pantalones y los huevos bien puestos, de riendas femeninas del hogar, desayuno con miguitas en la cama y más. Uribe soportaba sonriendo porque cualquier alegato sería incentivo a la creatividad mordaz de sus amigos. En Estela halló la excusa afectiva y razón para huir del círculo de la primera juventud, que comenzaba a apretarle en el talón sin que estuviera pronto a aceptarlo; denominación identificando una parte de la vida donde se admiten equívocos, incitadora de reyertas, promesas de buscar lo diferente que él comenzaba a desencantar. A diferencia de otros muchachos entusiastas de entonces Uribe estaba deshabitada por

pretensiones incontrolables, nada había en la marcha trastornada del mundo que quisiera cambiar de raíz porque lo indignaba o pareciera injusto. Tampoco admiraba nada que llevara al insomnio pretendiendo la emulación, lo incluía un círculo restringido del que puede escaparse tan sólo mediante traiciones informulables o reacciones enérgicas; cambiar la moral respecto al Capital sanguinario tomando las armas, la ambición social de trepador medida por los cero kilómetro americanos, irse del país en un barco de carga sin volver la vista atrás, enamorarse de una muchacha preciosa y fundar una familia. La primera juventud entendida como trama de compromiso amistoso y complicidad, objetivos similares, encuentros diarios arraigando la filiación común por lo espontáneo premeditado, casualidades que jamás son tales, los llamados a reuniones urgentes y una vaga conciencia del futuro compartido.

Era tarde, siempre lo fue y Uribe sabía que cualquier intento de recobrar el espíritu pretérito terminaba mal, resultaba ineluctable un sentimiento de frustración desencantada. La incomodidad se invitaba y se hacía insoportable. v. Gr. la muerte de Osvaldo Molinari probaba la irrupción de lo trágico, hecho constelar desplazándose en simetría a la irrupción de la paternidad en la vida de Uribe. Providencial excusa aquella para tomar distancia de la primera juventud, obedeciendo al mandato secreto de evitar quedar incrustado en un malentendido de charlas, cigarrillos y copas. Estela fue la ocasión ideal de convertirse a la orden del adulto sensato

conciliador con sueños acotados a lo posible, lo captó la voluntad de acomodarse al modelo conformista que el curso del país exigía, adecuarse al clima mental regional, el presente solar que se diferenciaba del destino de tantas naciones exhaustas por la guerra de trincheras.

Aunque la relación arbitraria causa efecto aparenta ser jocosa, le salieron -la vez que cuenta- espermatozoides que asistidos con una recepción excepcional de la matriz de Estela culminaron en robustos mellizos. Curiosidad de la estadística demográfica nacional los mellizos eran cifra secreta, lo máximo y límite como si esa parejita fraterna fuera la molécula clave de la ironía. Metro patrón, la idea de que sólo se puede crecer buscando afuera o reivindicando la institución de la cautiva en nuestra toldería. Como dijo Molinari la mañana del bautismo: "Gog y Magog, esos pibes tan simpáticos son centinelas del infierno que se aproxima." Era en dúo de cámara para desoír el canto de las sirenas verdes de la juventud, demostraciones obviando el patético espectáculo de ver envejecer a Irusta con bastón en los salones del Café Praga, sentir la presencia delirante de Camila, escuchar la voz de Molinari al otro día de habituarse a la primera dentadura postiza.

Capítulo III

Argumentos esos eficaces para desertar con dignidad de su silla en el café Praga, la misma silla siempre, de espalda a los ventanales que daban a la rinconada de la plaza. Uribe prefería estar de cara al efecto luminoso interior, le recordaba las penumbras de una iglesia barrial frecuentada en la infancia; lo atraía más que el paisaje neo campesino de la plaza a pesar de las escalinatas falsamente imperiales, el logro conjunto de razón con naturaleza a la intemperie alcanzado por los arquitectos municipales y que lograba deprimirlo. Cosas después de los mellizos, secuelas de la conducta previa, desertar de un sitio a sabiendas, exilio de la patria cafetera, expatriado de la república cafetera, desarraigo de la humareda cafetera, fuga del lugar tibio que con prodigalidad le había destinado la historia. Una silla de madera con respaldo en semicírculo, cuya secante era tangencial al diámetro de la plazoleta en los salones del legendario Café Praga en la ciudad de Montevideo. "Mi puesto en el cosmos" decía cada vez que llegaba hasta su silla, de la cual conocía las debilidades –el tapizado cuarteado, faltaba una tachuela, la octava contando desde la izquierda- así como la flojera estructural de la madera ensamblada; esa armazón sufrida lo portaría hasta el último café si estaba dispuesto a trazar.

Molinari optó por otros itinerarios aleatorios para sacudirse la incomodidad de su casillero cósmico, negándose a aceptar la perspectiva de quedar fijado en la definición de personaje

ingenioso sensato. Allí comenzó a trenzarse su último tramo, en algún lugar de una ciudad lejana -tenía vocación de abismos y tugurios que una vida solitaria había acentuado- lo expidieron de confirmarse lo adelantado por Irusta, para el otro lado: bang bang. Hombre muerto, se transformaba en el fiscal espectral de quienes seguían viviendo pensó Uribe y sonrió. El gordo, aunque quisiera, tendría dificultades para regresar a los lugares que solía frecuentar como espectro vaporoso, al estilo padre de Hamlet, a lo Comendador del Don Juan invitando a cenar diciendo doooooon Iruuuuustaaaaa con apariencia de nube cúmulos nimbos, de traje con chaleco y corbata con perla, uñas cuidadas entonando el convite con voz de ultratumba de bajo ruso. Lo único que provocaría sería la risa siendo su estilo de refutar lo sucedido. A la espera del espectro operístico arrastrando vocales era Irusta que necesitaba hablar, era él quien tenía cosas para decir, portaba la información y lo disfrutaba en tanto descargaba una angustia forastera. El lúgubre episodio confirmaba su capacidad para entenderse y resolver inconvenientes de la vida social, le agradaba ser tenido como aquel que reporta con eficacia los trámites complicados del vivir. Era evidente que sería el encargado de los ingratos detalles póstumos referidos al gordo, hasta que Molinari, considerando los excesos y el ridículo de la gestual del amigo ante su muerte, hubiera desistido avergonzado post mortem de retornar bajo apariencia espectral, volviéndose para la eternidad esa vaga materia asociada al recuerdo. Lo habían matado de dos tiros -bang bang- y el gordo estaba más

vivo que antes de emprender el largo viaje, nadie nunca antes lo había pensado con la intensidad que será evocado en los próximos días, en las horas inmediatas, en el minuto que viene. Molinari volvía, pudo haber regresado de improviso a la ciudad sin avisar la llegada, día o vuelo de compañía aérea, volver haciendo bulla anunciando el regreso con meses de antelación y regresaba sin volver mientras la palabra cuerpo adquiriría una dimensión espuria. La noticia sin detalles del asesinato hacía que el cuerpo retornara ahogado en aguas territoriales pero intacto, sin trazas del deterioro del arrastre ni algas verdes en la boca, sin la hinchazón ni tumefacciones, gracioso y leve traído por las ondinas como un tritón borracho de pacharán.

Uribe marchó esa mañana al Café Praga como lo había hecho una década atrás antes de los mellizos y en las semanas previas al encuentro con Estela, dispuesto a reconocer el sitio que habían concertado de común acuerdo él y la juventud efímera. Toparía con el antiguo deseo de explorar las posibilidades de la existencia y como entonces de espaldas a la plaza, en el aura de los ventanales, mirando hacia la luz en los rincones del local y que acentuaba opacidades de la materia encontrada a su paso. Durante esos minutos esperaría al amigo muerto que tenía la costumbre de ser el último en llegar, al contrario de Irusta, siempre primero por el reflejo del horario del cine cuando no se olvidaba de la sesión convenida. Hoy la muerte sería el único tema a tratar, nada de balances con nostalgia, de meditaciones sobre la ausencia y el decurso del

tiempo aunque se lo pensara. No por inesperado (si se supiera el orden secreto con que la muerte perfora el círculo de la primera juventud, pudo deducirse que respondía a cierta secuencia misteriosa comenzada cuando se conocieron) y brutal en su enunciación era menos verdad que se trataba del primer fallecimiento del grupo, la vanguardia poética anunciando que la agenda de prioridades debería ser revisada. Ocurrió la última rotunda de las deserciones y sin retorno, la muerte inculcaba en la formulación "círculo de la primera juventud" certeza de final sabido desde las reuniones del comienzo; durante los años de aprendizaje, del tuteo con la inmortalidad, el desafío a las parcas y la burla de cementerios que pueden ocasionar estragos.

En ese conteo con cruces, los accidentes son rechazados en la contabilidad, la muerte de padres y hermanos se inscribe en consuelo de generaciones, guerras y catástrofes nunca superan su condición de información de prensa; es cuando ocurre la desaparición de un amigo de la juventud que la Muerte recobra blasones y presenta credenciales. "Uno vive, pensó Uribe, existe sin pensar, avanza tanteando, hasta saber la muerte de un amigo de la juventud y ahí uno empieza a morir. Que me perdonen los mellizos y la madre, hoy empiezo a morir, sabiendo que una parte mía está muerta. Esta noche los veré con otra mirada porque voy a entender una intuición. Molinari es la primera señal de lo endeble que era mi condición en el Café Praga, aunque el ambiente pueda sobrevivir a varias generaciones" que repetirán gestos tendientes a la poesía y la

embriaguez. Como ellos lo hicieron años atrás, reviviendo el complot de potencias distraído de la insensatez existencial y bacanales en el eléctrico castillo mental, desesperación por temor al anonimato, alcoholismo honrando la tradición de los mayores, cigarrillos rubios sin filtro quemados uno tras otro, la desidia rondando insomnios inexplicables, catástrofes del alma sin dispensar la gratificación secreta, consuelo del poema genial que como la muerte es algo que sólo sucede a los otros.

Para peor así tan lejos, morir lejos sin diana de gloria ni recato relativo a un velorio decente que alguna vez fuera importante, ser fusilado en una tapia de parroquia en llamas por milicias espontáneas de la División Azul o caer en combate sepultado por un tanque italiano Fiat-Ansaldo. Así no, de manera impronunciable y sin defensa como podía ser de triste la muerte en la agonía del desprecio fascista. La muerte del gordo tenía responsable y complicidad de una sociedad criminal insaciable; estaba al origen la opción descabellada, el capricho del gordo yendo hacia palmas y castañuelas, patatas bravas y orejas de toro cortadas en el ruedo, desfiles falangistas y misas con procesiones multitudinarias. Sobre la cual los sobrevivientes volverían esa mañanita, pasado mañana de tarde y un atardecer ventoso de la semana entrante, a una cita frustrada, hasta el olvido y que otra muerte tomara su lugar. Antes de confirmar si había renunciado a su condición de espectro accedió a la de mártir laico, creyendo en la religión negadora cuyo libro es secreto; para su memoria y exagerando la pulsión de vida

improcedente, dentro de pocos minutos sus hechos serían evocados, incluso episodios triviales destinados al olvido que adquirirían estatura de presentimiento, sus objetos personales pasarían a la categoría de reliquias. Dos balas -bang bang- conducían al difunto a las puertas de la inmortalidad, al recuerdo de circunstancias ignoradas y pormenores mezquinos, razones pasionales y orificios de entrada de los proyectiles. Carajo con esa persistencia ulterior inconsistente, como si la historia de los muertos fuera más escritura que el cortejo desmembrado de los sobrevivientes.

Capítulo IV

Había olvidado que para Irusta los acomodos con el tiempo eran insolubles y antes, cuando eran sin importancia dos horitas -como dijo- podían ser cuatro de la gente normal. Le temía a ese tiempo de soledad y esperando en el lugar de los hechos a la reconstitución de la memoria; el Café Praga hasta donde recordaba, se identificaba con el acontecer vital e iban más lejos en sus especulaciones por entonces: la vida ficticia era una molestia ocurriendo en el perímetro exterior del Café. La verdadera fluía dentro, el mundo ocurría allí donde funcionaba una de las usinas creativas más diversificadas del medio camuflada en cafetería.

Reingresando desconfiado en ese espacio autosuficiente y autárquico, Uribe advirtió lo que fueron las alteraciones del transcurrir que erosiona en la decoración; para quien se hubiera ausentado un tiempo respetable, las modificaciones operadas podían resultar decepcionantes, la atmósfera igual guardaba algo de club privado sin exigencias excesivas sobre la moralidad de los aspirantes. Café de un tiempo ido como el 900 e imposible ir más lejos en comparaciones pertinentes, preservaba algo leve de desdén de antaño desafiando la arrogancia presente, un hoy donde nada de café prestigioso se justificaba. Lo que había que modificar era el mundo exterior y el Praga lo resentía, parecía importarle poco permanecer abierto diecinueve horas de manera ininterrumpida y guardar su aspecto original. La ciudad a la cual había sido destinado tampoco era la misma, había descuidado la concordancia con los salones del famosísimo Café Praga y lo que como lugar de historia estaba dispuesto a la memoria urbana, se salvaría tal vez por ocasionales escrituras que transitaron esos ámbitos en años de peregrinación. La competencia era ruda, había en la ciudad otros cafés tanto o más originales, dando cuenta de la variedad social, que incluso despachaban alcohol euforizante a go go sin exigir documento de identidad. Los parroquianos venían a buscar el sentido originario de esa institución social como si fueran clientes del Select de París, del San Marco de Trieste, del Florián de la plaza San Marco, del Slavia de Praga, del Tortoni en Avenida de Mayo, del antiguo Zurich de Barcelona y los cafés confiscados de Paseo de la Castellana.

Algo de eso quería ser el Praga de Montevideo y cuando faltara la poesía se volvería sala de espera funeraria desconsolada. Luego desaparecería entre alas de mariposas, porque se borraría de la memoria una cierta idea del país a la que estaba asociado; era un bonito lugar, lo echaremos en falta cuando lo demuelan estando vivos los implicados y será la conciencia de algo insustituible marchando barranca abajo; menos habrá ruina para celebrar porque todo es movimiento y amnesia, poesía disonante de la metamorfosis.

Si la primera parte por el efecto luminoso de la calle era sombría con rasgos de deambulatorio, evocando zonas color café del alma dándole al recorrido interior más sentido, la parte posterior del Café Praga adelantaba la felicidad de la conversación; bañaba el lugar una luz que, sin llegar a enceguecer, tenía la intensidad probable entre creyentes de las redenciones. Cosas más pensó Uribe, puede que la charla tempranera y pactada en circunstancias irritantes tuviera elementos novedosos; se trataba de esperar a que el agua hirviendo de augurios, pase la espesura del filtro de la evocación, obturado de borra del olvido donde, en el fondo circular resultante nada bueno se puede leer sobre el porvenir. Esa mañana los parroquianos ignoraban lo sucedido en las Cortes Generales del Tercer Reino y de saberlo quizá fueran indiferentes a la desgracia de Molinari, que antes de decidir el viaje lo tenía por uno de los clientes más asiduos, se rumoreaba de manera insistente, alternando burla y admiración, que tenía más horas pasadas allí que de sueño.

Antes de los adioses del amigo, en la ciudad del café donde empieza la crónica del duelo, el sector político tradicional había ganado unas elecciones por primera vez en lo que iba del siglo y de forma indirecta ello está relacionado con el asunto que nos convoca. Muertos caídos en campaña, mutilados a vida por la patria desangrados con poncho y tropas reventadas por el honor, adquirirían un sentido cívico tardío y fantasmal justificados por la alternancia del poder. El cambio de gobierno recién sucedido tenía algo de terremoto controlado, bien pronto el río Uruguay a manera de reacción telúrica ambigua se saldría de cauce madre, crecería desbordando en un paralelismo cósmico electoral complicado de interpretar. En pocas horas la crecida transformaría la situación de miles de orientales, que todo lo perderían de un día para otro, la marca alcanzada por la crecida se distinguía años después en pilares de puentes y muros industriales de la zona afectada, iniciando el límite de algo maligno que nunca más se repetirá y tampoco tendrá fin. En la capital corrían por entonces rumores persistentes del avance de barbudos jóvenes en las sierras cubanas, exotismo efímero de la mente caribe se suponía, como la pesca embarcada del pez espada, guayaberas evocando palmeras y tucanes, mulatas fumadoras de habanos y sexos palpitantes como flores carnívoras, cócteles elaborados a base de ron blanco agrícola destilado por descendientes de esclavos. Para otro país con un pasado menos perturbador, dos dedos de frente y una tradición de reflexión del misterio, esa serie inconexa de indicios exteriores incluso para un brujo de

poderes limitados, debería insinuar profecías esenciales sobre desgracias que se aproximaban: algo obstinado que nos confina impidió sin embargo efectuar un diagnóstico correcto.

Las desgracias ocurrían lejos, nadie pretendía salir de la fortaleza, la aspiración suponía que la configuración continuara idéntica y toda epidemia interna era inconcebible. Tampoco se estaba tan mal, el plan era deslizar la partitura en el concierto de los otros pueblos señalando virtudes congénitas y que nadie intentara incordiar a la hora del copetín. Hasta venían familias numerosas huyendo del pasado, ansiosas de compartir esa aventura colectiva como si aquí pudiera resolverse la parcela cercada del lugar bajo el sol. Esto era el lugar bajo el sol mientras algo empezaba a oler mal; en ese estado de la sociedad y cultura, uno de los símbolos de estabilidad y proyección, nexo confiable con la eternidad en tanto aspiración patrimonial eran los salones del Café Praga. Había muchos convencidos de tal arbitrariedad, seguro es inexacto el juicio precedente pero veremos lo que resulta de llevar el razonamiento hasta las últimas consecuencias. El Café Praga era compendio de nación y patria, territorio y terruño, perímetro y centro mágico del mundo para los incondicionales; en la formulación teórica de las Leyes Ideales Inmutables, el país debería llamarse República Medianera del Café Praga y en la bandera nacional podría suplantarse el sol rozagante por un pocillo de café humeante. Si algo debería quedar para ejemplo de futuras generaciones tendría que ser un pocillo de café, los pintores Blanes y Figari debieron dejar de lado gauchos y

caballitos criollos, negros mansos y velorios coloridos para inspirarse en los estudios con variaciones de pocillos de café, miles de ellos. El epitafio adecuado para sus parroquianos sería: aquí yacen los vestigios de un pueblo indómito y culto, inocente e intrépido, conocieron el secreto del café, asaz para considerarlos entre las dinastías dignas de inmortalidad. Allí parecía funcionar un laboratorio informal de la condición humana y las maquetas resultantes, prototipos irrepetibles que corrían suerte diversa. Meditando, pensando, dudando ante la continuidad de cientos de pocillos de café había una galería variopinta de aquello que fuimos y lo que nos esperaba. El pocillo era bola de cristal vidente, medida de las cosas, reloj de horas inciertas, astrolabio de cielos invisibles, amuleto arcaico, objeto justificando la cruzada interior, reliquia misteriosa y sagrada, algo delicado en porcelana de Sèvres que estaba a punto de partirse.

Sin ir más lejos miren y antes de que llegue Irusta, porque después será complicado percibir el contexto: cerca del pilar central va el viejo profesor de Historia, verdadera eminencia de los orígenes y primeros gemidos del ser patrio. Ejemplo viviente de materia gris animada por la barbarie, especialista de alzamientos de tacuara y pronunciamientos con batalla sin prisioneros, jurado de concursos de preguntas y respuestas en Radio Imparcial, conciencia fiel de uno de los partidos tradicionales. Malas lenguas comentan que padece satanismo tardío y necesita el socorro de una meretriz casi todas las tardes, lo que explicaría el afán con que interviene en

discusiones de la mesa que la tradición le asignó y a pesar de su edad venerable; también la dignidad con la cual explica las razones por las cuales la infantería de su divisa perdió cargas decisivas, los alegatos del odio contra dirigentes del partido opositor y por qué cada derrota le daba más brillo al honor de la divisa subversiva. Darlo todo por la patria del resentimiento abierto, cualquier destrucción telúrica y fraterna sería preferible antes que la irrupción en desembarco de ideologías foráneas internacionalistas. Ello es consigna inamovible y lo expone con convicción de la que sólo pueden dar prueba los cretinos talentosos; lo de la puta fija es sin duda una calumnia puesto que se trata de un ferviente creyente, rumor de esos que pululan para destruir reputaciones cuando falta retórica idónea para argumentar de frente. La tapicería antropomorfa reflejando el avatar continúa la trama de otras escenas de lo determinante, era un lugar más bien machista el Café Praga. Igual circulaba deseo con insistencia, el erotismo que se opone a las fuerzas de la muerte susceptibles y movedizas; allí rondan mujeres paseándose con aire distraído de todo marcha estupendo en mi vida -largamente ensayado- como si las muchachas nuevas no existieran ni fueran enemigas declaradas. Féminas quemadas que despilfarraron el stock de testimonios referidos a la verdad de la vida -sé de qué se trata- con la apariencia del dominio pasmoso de los errores de casting reiterados, lo que debería aportar una rica experiencia. Nunca es el caso, ellas reivindicán cierta fingida inocencia reservada a los otoños que dejaron atrás, cuando el orgullo era ignorar

una capitulación y el alarde desdeñar la rendición avisada por el espejo del tiempo. Conforman el plantel femenino del deseo que frecuenta el Café, despliegan la lujuria inherente al lugar y la pornografía rancia, el elenco estable de musas, putas, brujas, enfermeras, yeguas y novias, odaliscas y hermanas, madres y parcas que toda representación social requiere. Están en la etapa áspera de coleccionar cueros cabelludos de ejemplares ocasionales, lo que debería pasar por supremo gesto de seducción o vivencia de madurez las excita en el sentido del encarnizamiento. La pasión se concentra en la urgencia de sumar cabezas reducidas de galanes circunstanciales y predispuestos a la estafa; ello y de modo salvaje, antes del desastre que se arrima inexorable y la sentencia de esa no era mi yo verdadero.

El objetivo incitador es el presente con misterio de erotismo infrecuente, velado de experiencias calladas, encubierto por intereses culturales marcados, distancia dudosa sobre las apetencias del mundo, falsa seguridad que otorga el atractivo lucido desvelando un revanchismo depredador. Con eso hicimos nuestros mejores versos de amor y orgasmos recordados, romances de candelabros adulterinos con preservativos, adolescentes iracundos y fortuna acumulada de abogados peritos de la Ley México. Prontas al asombro, protegidas con una pátina de rencor en elecciones de pareja anteriores y sucesivas, el objetivo nunca fue un remanso de felicidad solitaria que consuele, animal felino de compañía o danza lésbica circunstancial explorando otros atajos

epidérmicos. Ningún hombre en el horizonte puede convencerlas de lo contrario, lo único a lo que se aferran y pueden aspirar, habida cuenta de senos gravitacionales, vérices que fugan pantorrilla abajo, caderas cubiertas por anchas polleras campesinas, celulitis tramada como cáscara de naranjas amargas y aroma de hastiado jadeo, en relación directa con cifras en aumento del almanaque es arruinarle la vida a un pobre tipo, que recibirá de guardia baja el odio acumulado del encanto ruinoso de las ilusiones juveniles; es la venganza de las novias tarántula que fueron y tienen razón estando ellas vivas. La consigna resultante tiene sencilla formulación: preferible a estar sola en la cocina cuando cae la noche, es estar acompañada por un imbécil que al menos te da charla sobre virtudes despreciadas por el medio mediocre y los jefes de sección. Repasando el catálogo escueto de otras mujeres que amó y se le fueron con el mejor amigo, cuyo desdén repetido lo transformaron en un desgraciado full time. Aquello era el túnel del amor con ring side sin violines románticos, pero ellas están vivas, vivas... y forman parte de la poesía, dan el calibre de la virilidad urbana, del amor en desbandada, aportan efluvios con intensidad a la misoginia, su desdoblamiento en guarangada cruzando conversaciones y siendo de una generosidad sexual sin avaricia. Claro que había excepciones como la joven Camila, que era de un feminismo diferente tocado por la dulzura de la levedad.

Las cosas que uno inventa para evitar confrontarse a la muerte y atrasar esa cita, pensó Uribe y luego: pero ellas están

vivas... El Café Praga es irresponsable, nada puede hacer para evitar dar marco a esas comedias de la vida en común, disputas y esporádicas alegrías, piruetas entre decepción y destellos de felicidad cada semana más improbable, entre signos decadentes advertidos en las fisuras del amor pues:

¿Quién se fijó en las manos de los lustradores a quienes la pomada negra se les mete debajo de las uñas? ¿Quién reparará en los zapatos remendados del vendedor de lotería, que se mueve prometiendo el milagro para el viernes como saltimbanqui apestado de la ilusión cifrada? ¿Quién la suciedad de la nariz, pelo y piernitas de niñas que dejan curitas sobre las mesas, caramelos ácidos, estampitas mal impresas de Santa Rita, lápices pálidos y piden el paquete de azúcar en pancitos para llevar a la casa? ¿Quién la manera de caminar de los mozos que se van rindiendo en la batalla invisible sin impedir el naufragio del cuerpo fatigado? ¿Quién sabe cuándo se habrá mojado las axilas con agua de grifo el diarero que todos tienen presente y olvidaron? Esa era la versión secreta verdadera del Café Praga, las cosas que nunca se alcanzan, la ñata contra el vidrio, contenidas en cinco preguntas pendientes y no el gentil episodio que vamos a contar. Es que se trata de un amigo entrañable que murió de mala manera y eso hasta ustedes lo pueden entender.

Capítulo V

Uribe lo deducía a medida por el tiempo que había faltado del lugar. De haber seguido frecuentado el círculo de la primera juventud, él ni se hubiera percatado de los cambios que le parecieron configurar otra realidad movida, de fotografía antigua sin calidad de retoque y tentativa estropeada de un proceso futuro, que estaba ahí nomás al alcance de la mano. Nada de cambios en el sentido usual sino secuela de la erosión; el país del cuarteto implicado nunca será barrido de la faz de la tierra por hordas salvajes ni asolado por pestes de insectos, nunca más será invadido por divisiones inglesas de casaca colorada y mosquete, menos bombardeado por enemigos galácticos de Flash Gordon con mortíferos rayos violeta. El peligro latente era una lentísima usura eólica llevada por un viento caliente y venido de adentro, una tormenta de arena que entrará por los ojos abiertos.

Se dirigió al baño queriendo neutralizar los efectos visuales de lo que creyó melancolía y siendo otro sentimiento de compleja identificación. Entró, vio paredes con números de teléfono, sobrenombres sugerentes, dibujitos de sexos caricaturizados, fórmulas vulgares de los gestos eróticos buco genitales sobre las puertas incitando a una cita. Sintió el olor

de orines y creolina, miró la suciedad del piso y papeles tirados con resabios de mierda mañanera, sin asco comprendió lo irreparable del daño mientras la uretra se negaba al juego reflejo de los esfínteres menores. Lo irreversible de varios procesos de descomposición estaba en movimiento, el país, el Café, los parroquianos, la historia invisible, el círculo de la primera juventud, la vida de Uribe estaba en desgaste precedido por signos trazados con humores perniciosos. Aguardó, luego de esos segundos de duda e incapacidad de la próstata vaciando en cuentagotas un líquido digno de análisis clínico, tomó conciencia de que había finalizado el repertorio juvenil de canciones de la nueva ola. Manera dramática de percatarse, pues había pensado mucho en ese momento de ruptura si bien nunca lo imaginó tan sucio y ejemplar, era el aroma de las rosas muertas de su juventud y la mierda seca su divino tesoro, el olor remanente de su vida. Las cartas estaban echadas por un tahúr desdentado con manos sucias de nicotina y excremento, negociaría con la vida restante disimulando, escondiendo miserias e ironizando sobre el acopio de frustraciones, tratando de ser un padre correcto y agitándose como un irracional, poseído por el desperdicio de la única vida que le fuera dada.

Efectos inmediatos comprensibles de la noticia a esa hora, Uribe no debería estar ahí si es que el plan esbozado hubiera seguido su rumbo original. Se preservó de evitar después de años la situación orinar en el Café Praga, corolario de otra previa: soslayar el recuperar cientos de horas perdidas de

parroquiano. Lo decidió a las pocas semanas de haber conocido a Estela, al salir del círculo trazado con tizas de colores indelebles, salir fue romperlo y regresar al Café Praga el único medio para informarse de lo ocurrido, allí mismo donde se negociaron planes, treguas en la circunferencia de los posibles y uno de los socios de la empresa había muerto lo que era la segunda drástica manera de partirlo. Deseaba que la entrevista con Irusta pasara rápido, para apurar los trámites tenía la premisa de los mellizos a criar que eran una maravilla de vitalidad. Nunca hay que volver a las mesas del café asociado a la juventud, es preferible evitar el peor de los espejos, conjurar facilitarle la tarea a la muerte y menos dejar que la gran pena haga de las suyas. Ella atrapa primero a quienes exhiben un desmedido orgullo por las proezas juveniles y endiosarla es un llamado abatido a partir antes de tiempo. Osvaldo había muerto y él debería estar en el séptimo piso del Ministerio, estudiando expedientes de patentes de rodados, autos, camionetas, motos y camiones del ejercicio anterior, cotejando multas impagas e indultos recomendados, lejos de lo que fuera el sueño de los diecinueve pirulos, cuando se atrevía a decir lo mucho que había pensado hacer con su vida. Concretar entre su cuerpo el tiempo y la conciencia de hoy en adelante, otro hoy; pero bueno... el espectro tibio y fresquito, el fantasma debutante del gordo Osvaldo se hacía presente removiendo heces del pasado, incitando al careo con sueños otrora permitidos.

Molinari volvía como antes, cuando editó a cuenta de autor el librito y más: al afirmar que ir allá –se refería a Madrid- en la República de Azaña, después de las invasiones napoleónicas o durante el apogeo de los Reyes Católicos era sencillo y que para ser macho de verdad –expresión bravucona rara en su discurso-, el tiempo de viajar era ahora, mientras arreciaba la pestilencia a tumba abierta, sin ninguna batalla en perspectiva que alterara el horror y los agostos caniculares funestos para los presos en la prisión de Burgos. Cosas así dijo en una conversación que de anodina se volvió referencial, sin dejarle a los amigos tiempo para disuadirlo ni organizarle una despedida digna de sus cualidades, como se merecía alguien de su porte y talento haciendo de la amistad una obra de arte, ceremonia pensada que jamás llegaría siendo inconcebible eso resignado de ritualizar los adioses; tampoco los otros tenían argumentos capaces de alterar el destino, que se estaba empecinando y siempre la talla.

Cruzando el lugar entre mesas redondas que eran medallas de titanes y emulando otro tiempo, Uribe se sentía incómodo. Experimentó la mala conciencia de alguien que, desde hace demasiado tiempo, está ausente de territorios frecuentados antes con pasión; sentía en la boca un gustito de traición a las ideas y el deseo de no topar con un conocido que dijera suelto de cuerpo “tanto tiempo sin verte”. Buscaba evitar articular las razones falsas de su reaparición sobre el tinglado del Café Praga, que se atribuiría en un primer momento a la secuela del divorcio y el refugio en costumbres de soltero, retorno

cabizbajo a una felicidad que nunca debió abandonarse. Estaba mal de pensar en él y su malestar de vuelta a esos telones reconocibles luego de tanta ausencia, el efecto del momento crítico sería el vacío por la falta del muerto, la rabia que debería sentirse luego de la noticia de que un amigo del alma había sido asesinado. Antes de salir del hogar Uribe lo buscó en los estantes del living, se vino con el único libro que el gordo había publicado estando en vida, metió la mano en el bolsillo del saco para tocarlo, deseando que lo ayudara en una ocasión tan brava a la manera de antídoto secreto de la vuelta a la vida.

El finado decía que en ciertos aspectos la poesía se acercaba al meretricio, quería decir la exposición pública de la poesía y que para sacar un libro había que pagar. Sin ser vanguardista trasgresor en la Montevideo de los años cincuenta. que unos pocos sobrevivientes recuerdan todavía, se permitía el placer de disponer trampas de las injurias de lo inefable a ciertos sicofantes, atorados por la pelusa del arte contaminado. Si bien irradiando desde la zona lateral el episodio pasó inadvertido, cuando se corrió el rumor del suceso entre los vates activos, ansiosos de novedades impresas del Parnaso Oriental, más que por las vicisitudes del frente coreano –ficción de guerra en Oriente de connotaciones celestiales- y la designación del nuevo Papa, se produjo algo similar al sacudimiento de la mariposa sobre una flor del cerezo en primavera. Por amistad y sentido de la realidad, especulaciones sobre el hiato entre libro y mercancía, el objeto a considerar era accesible al público sólo en la Librería Inglesa de la calle Sarandí. La información

circulaba con discreción apropiado a la cocaína más que a euforias de la edición; tampoco faltaron quienes se acercaban al gordo cuando la mecha de la novedad amenazó el polvorín del Café Praga. Lo hacían para halagar uno de los poemas – algunos se limitaban a señalar la promesa destilada en un verso- publicado en la prensa meses atrás y aceptando su pesar por desconocer la totalidad del conjunto. En tales circunstancias de recepción se escucharon expresiones como “selecto ramillete”, horror sólo justificable por la mezquina esperanza de que, esa delicadeza rara entre pares, el halago en voz alta sobre las calidades líricas, culminara en un gesto como extraer del portafolio un ejemplar, que el autor dedicara algunas líneas hasta con firma y lo regalara al susodicho; alguien que tendría así material fresco para demolerlo en cuanto se diera la oportunidad, puede que el mismo atardecer del obsequio envenenado. Llegados esos episodios Molinari hacía el teatro necesario, tenía medidos los tiempos de tensión, incluso amagaba un movimiento trucado dando lugar a expectativas infundadas. Sin embargo, destruyendo ilusiones de avaricia lectora, sacaba a lo mago aficionado una libretita con la contabilidad detallada de su empresa poética. Mientras el deuteragonista de la escena se lanzaba a teorizar sobre el destino del arte del poeta y la Ontología confrontada a la ruindad de la vida moderna, el gordo se despachaba con informaciones recientes sobre la suba del costo del papel, precio de tintas en tiempos de crisis, descuentos de imprentas por cheques diferidos; y ello según el grado presente de

amistad con el proletariado implicado, cara del cliente y plusvalía obligada "factores claves y ambiguos al juzgar el resultado final." Luego le ofrecía al sorprendido admirador la suscripción del "vale por un ejemplar", lo que la mayoría de las veces provocaba la retirada indignada. Había quienes no dudaban en protestar, "debo tomar esto como una ofensa definitiva" y "tómelo, tómelo" respondía el poeta. Los destinatarios del gesto, sacudidos por el ataque de Musas capitalistas caían como perdices en la trama liberal, estaban en el corazón de la sociología del arte que ríete de las tesis de Arnold Hauser. Algunos pareceres críticos consideraron que se trataba de un arrebató insular sin historia o exabrupto saldando cuentas con sujetos cargosos, pero cuando se lo escucharon repetir durante semanas, los mismos concluyeron que se trataba de algo meditado mientras un sistema aberrante e imprevisible se ponía en funcionamiento. Fue cuando había ese consenso que Molinari decidió que el procedimiento utilizado -tal vez el verdadero gesto poético de la empresa- si bien eficaz había perdido gracia.

Tampoco siempre fue así si se observaba en detalle; por el contrario, cuando alguien prevenido de antes se acercaba con el librito de poemas comprado en la Librería Inglesa, el autor se enternecía sin dobleces al suponer los movimientos del otro para acceder a ese presente. Saber del presunto delirio del autor, sentir curiosidad por asociar dicha conducta anómala a la escritura y publicación de unos poemas, ir hasta el local de la calle Sarandí como quien se orienta ansioso y culpable al

prostíbulo de la calle Ejido o a misa de once en la Catedral metropolitana, buscar el libro en los anaqueles, lo que no resultaba sencillo, pagar en la caja, leer y venir al encuentro del autor queriendo cambiar un par de frases sobre lo leído. Una sincera travesía del desierto de la literatura digna de una fe ocasionada en la sinrazón, tal vez por algo peor; era entonces cuando Molinari se dejaba arrastrar por el sentimentalismo, sin réplicas irónicas aceptaba continuar el intercambio, incluso cuando los diálogos eran disparatados. Lo hacía por deducir las razones secretas del lector, la sucesión de equívocos que llevaron a la interpelación libro en mano.

Cierta noche una muchacha crecida, bien en apariencia, bonita con aspecto y actitudes de romántica tenebrosa, relampagueando misticismo intermitente, que repetía lugares comunes como si le vinieran de ser revelados en la hora previa ante una imagen de la Virgen, fue escuchada con atención que hacía suponer lo peor. Como era evidente que se trataba de un caso especial negado a la redención, el gordo Molinari aplicó la técnica de correrla para el lado que dispara. Fue a ella que le refirió un vacío espiritual cercándolo desde hacía años, hasta la irrupción de voces sugerentes, los llamados reiterados de un baldío de la ciudad vieja donde “se sentía” la presencia del arcángel Azrael o alguien de similar importancia en la jerarquía celeste. Ella escuchó creyendo, prometió regresar en otra noche en pos de verdades y Molinari estuvo de acuerdo, adelantándole incluso la felicidad inherente a la futura charla. “Esa mujer cree en el poder redentor de la poesía, está

convencida que es de los jarabes eficaces que las potencias de ambos bandos utilizan para hacernos mejor a los humanos. Creo que hasta dijo hacernos superiores y si no lo dijo lo pensó, porque además lo cree. A su caletre yo paso a ser variante encarnada del Verbo negándose al imperialismo de la bondad... si le decía la verdad, esa loca es capaz de envenenarse mezclando matarratas con mermelada de zapallo. Nadie cree en nada con esa intensidad de Lonsand Rampa, ni en la catarata del tercer ojo, el episodio es tocante por emotivo. Esa muchacha está mal, puede que nos deje pronto, nos abandone en esta materialidad apetecible para instalarse de manera definitiva del otro lado del velo astral. Siendo una santa desorientada merece mi respeto, eso si, teniéndola a prudente distancia por si salpica cuando reviente.”

-Tenés un imán para atraer a los locos, le dijo Uribe.

-Si vos lo decís.

En otra oportunidad –serie que parecía probar una fase oculta y belicista del finado- la agarrada fue con un profesor de literatura de enseñanza secundaria, integrante de las primeras generaciones egresadas del Instituto de Profesores Artigas. Cuando el incidente el docente estaba encaminado hacia el dislate sin retorno, la razón del diagnóstico era un proyecto insensato al que dedicaba varias horas del día y la noche desde hace años, en una coherencia monomaniática, devorándole los escasos restos dispersados que seguían circulando de racionalidad y cerebro. Estaba embarcado en la redacción de una historia de la literatura mundial, guiado a ciegas por el

fantasma de la Crítica Total. En más de veinte años de concentración, había llegado a fichas de la tradición cosmogónica oral de los pobladores originarios de Borneo; en horas salteadas de vida social asociadas al Café Praga, narró en detalle inverosímiles leyendas populares alucinantes de imaginación, pobladas de monstruos y tocadas de brutales epílogos. Cierta vez, cuando se insinuó que al parecer estaba atrasado en tal noble empresa, respondió estar esperando, sin mucha ilusión, que la araña burocrática de Secundaria le otorgara un año sabático para actualizar el proyecto. A su entender, lo complicado era alcanzar los orígenes del sino de contar historias según los relatos de los chamanes de Mozambique, ello estando bajo los efectos de los hongos alucinógenos de las Montañas del Decir. El resto era sencillo, porque había emprendido, en paralelo, un fichaje en el sentido inverso del abecedario. Así, la sección Rusia –con el entreacto politizado de la Unión Soviética y atendiendo las controvertidas tesis del realismo socialista- estaba prácticamente terminado y para salvar la coherencia poética, decidió incluir las crónicas solidas relativas a la incursión napoleónica en Moscú, en las semanas proféticas, cuando caen del cielo los primeros copos de nieve y los mujics en los establos bajan la cabeza resignados a su suerte terrenal.

Los cercanos que seguían con curiosidad el proyecto de la Crítica Total, coincidían en que el desliz que llevó del disparate ingenioso a la locura intensa se produjo durante la época en que trabajó la literatura gauchesca y sus terribles secuelas de

una payada con la esquizofrenia. Después de potros orejanos, vigüelas metafísicas y montoneras indígenas en pos de rubias cebadoras de mate proseando en inglés, el profesor nunca fue el mismo como si hubiera accedido a la metamorfosis del lobisón sin protección suficiente. Al ambicioso exégeta la relación cómplice entre poesía como ente autónomo y un ser humano en el origen neo lingüístico del proceso lo cubría de sospechas, incursionando en el misterio pegajoso cuando la discrepancia anuncia la locura. En tales circunstancias de vida y producción intelectual, conocedor del rumor sobre la publicación de un libro de poesía en el perímetro interno, que alteraba sin duda el corpus de su Obra Total, resultó explicable que Molinari, así confrontado con la paralizante entidad Literatura Mundial, se hubiera vuelto presa codiciada.

Hasta el gordo debió admitir que el asedio del profesor era excesivo. Si lograba soportarlo cuando le hablaba, era porque sabía que fue hasta la Librería Inglesa –él mismo lo había contado- un día de pago en secundaria. Gesto meritorio, pues se gastaba el sueldo en una cena que aspirando a ser pantagruélica resultaba repugnante y vivía el resto del mes en régimen pordiosero. Le pidió autorización al vendedor para rescatar la información codificada del libro en la Biblioteca Nacional, arguyendo estar corto de tiempo y “evitando distracciones pues estoy en el ciclo de las leyendas del Rey Arturo.” No obstante esa delicadeza parnasiana, sucedió que a los pocos días el erudito andaba de arriba para abajo con el libro de Molinari, paseándose sin pudor en el recinto del Café

Praga. Solía cambiar de mesa cada media hora, se sentaba en actitud de fuga permanente, subrayaba algunas partes con un enorme lápiz bicolor de carpintero, como si el opúsculo tuviera las dimensiones de las Obras Completas de Alfonso Reyes. Cotejando gestos y coincidencias, a la semana la deducción fue evidente. Lo había robado; ello hizo que el humor y estima de Molinari sobre el sujeto cambiara radicalmente. La mansedumbre que anima el desarreglo mental se trocó en agresividad y ambos hombres vivieron una desagradable escena de ruptura. Fue cuando el docente le explicaba que le había llegado una carta conminatoria de la dirección de Gredos en Madrid, informando que estaban esperando el original del proyecto y que en cuanto llegaran los manuscritos cesarían el resto de la producción para comenzar a editar la mentada HLM. Las últimas palabras que resonaron, haciendo eco en la acústica del Café Praga fueron: “déjese de joder con Gredos, usted es un rompepelotas y ladronzuelo de libros indigno de la poesía.” A buen entendedor era suficiente, las palabras pudieron contra la insensatez, quizá la fórmula academicista y paródica carecía de la fuerza alegórica de las leyendas del norte de Borneo, pero situaba a quien la recibió en una posición estético social incomodísima. Cuando el docente pecador de cleptomanía libresca se alejó de la mesa Molinari golpeado por algo celestial rugoso y andaba por ahí a la caza de datos para su proyecto proliferante, el gordo se preguntaba, interesado por la enfermedad irreversible del infeliz y sarcástico por haber castigado el dolor del hurto, si aquel hombre, ahogado por la

peor de las locura asociada a la Totalidad, habría obtenido el sabático para los ajustes finales de su delirio inacabado; paso previo, antes de afrontar la Historia y esencia literaria del sistema planetario solar.

Tanto nerviosismo por un opúsculo publicado a cuenta de autor... cuando se supiera en la resonancia del Café Praga la muerte del interesado, el librito de la disputa comenzaría a ser una curiosidad. Objeto de referencia para la historia secreta no de la literatura parcial del Café Praga sino de la Poesía. Faltaba esa mañana el cuerpo del gordo en el sistema planetario, mientras la HLM seguía su larga marcha destinada a las imprentas del olvido, a formar un manuscrito monstruoso que sólo Dios estaría en condiciones de hojear por arriba antes de condenarlo al Infierno tan temido.

Capítulo VI

Uribe estaba ahí esperando rodeado de recuerdos de variado espesor. La noticia de la muerte lo desplazó a un distrito dolido desde donde le costaba retomar el contacto con la luz y la respiración del Café Praga, que temía instalado en el pasado. Al gordo lo habían matado de dos balazos -bang bang- y nadie sabía nada de las circunstancias, se las suponía desagradables

y cuando se cumplían dos horas apenas de la conversación telefónica, la silueta de Irusta se recortó en la entrada del local; avanzando entre las mesas, pesado como un esquiador de fondo noruego en el último kilómetro de la competición. Si al parecer los años le habían restituido al crítico la conciencia del valor, la medida de las horas, su forma de caminar era la de alguien luego de conocida la muerte de un amigo entrañable.

“¿Pero qué bicho lo picó al gordo?” Cuando se oyó esa pregunta repetidas veces ahí mismo todos tenían unos años menos y Molinari estaba vivo. Ningún episodio de su vida privada de la que tampoco se conocía en demasía aunque parezca extraño, daba pie para suponer que tomaría ese tipo de decisión; que al criterio de los amigos era disparatada, desmentía la imagen desdeñada de los gordos que piensan en pucherito de gallina y natillas, cuerpo de mala grasa invalidando cualquier empresa osada. El viajero ese, picado por el más extraño de los bichos foráneos, era un individuo prolijo para quien los quilos sobrantes –como si fueran sólo excedentes y hubiera un patrón estricto a respetar, fuéramos un pueblo de atletas, bailarines y artistas de las artes gimnásticas- no constituían otra maldición agregada a la condición ciudadana. En una estética del desajuste ponderal el suyo era un gramaje justo, peso apropiado para desafiar el consenso y proponer otra elegancia pertinente. Nadie se atrevió a preguntarle si el parecido lo había cultivado o se trataba de una coincidencia mágica: Molinari tenía el aspecto de Dylan Thomas cuando el poeta era joven, retacón de

tranquilo apurado, entrado en carnes con grasa firme de novillo, cara con rasgo de empedernido trasnochador de verano y enemigo del frío. Un toque estudiado de soltura, peinada con raya al costado, parecía que nunca le hubieran cortado el pelo manos ajenas de tan insinuante que era su cabeza. Alguna vez y cada tanto le agradaba ser atendido en las mejores peluquerías de la ciudad, ubicadas en los altos de renombrados cafés, en las salas de billares, dejaba que se ocuparan de él con toallas calientes perfumadas, pasaran por su cutis lociones traídas de Inglaterra. En esas ocasiones, sin sentido de culpa, suspendiendo cierto espíritu anarquista guiando sus gestos sociales admitía contradicciones, condescendía a la manicura y a que le lustraran los zapatos. “Las pieles más importantes del hombre requieren lo mejor. La presión del trapo en el talón, estando de ojos cerrados y ejercida por manos dotadas, resulta terapéutico. El olor de la pomada caoba friccionando el empeine de cabritilla ni te digo” decía cuando estaba vivo, intentando justificar esa pulsión dandy más fuerte que sus opiniones. A su entender, la entereza de un hombre comenzaba en el brillo y limpieza del calzado; una propensión de orígenes fetichistas que debería rastrearse en la infancia, carencias de los primeros años, de cuando le dijeron que su madre era tan pobre que se casó de alpargatas y uno se lo podía imaginar -conociéndolo un poco- como un botija de familia humilde yendo a la escuela del barrio pateando piedritas en el camino.

Vestía pantalones grises declinados en todos los tonos alcanzados por la industria textil si bien predominaban los oscuros, así como la alternancia entre medida y confección variaban según la fortuna lo acompañara en el juego. Conocía catálogos de Cuenca casimires, depósitos reservados de Juan Pablo Blanco y los zapatos los compraba en Grimaldi sensible al argumento “la marca del medio punto”. Al comienzo los prefería con cordones y diseños repujados en la punta, pero en los tiempos de la gran confesión insistía con mocasines, lo que le daba una eternidad clásica de ribetes porteños. Saco azul como uniforme alternando derecho cruzado, corbatas con diseños a lunares y alguna de blasones heráldicos de orígenes sajones; insistiendo en variante distinguidas, prefería los límites de cierta coherencia sin llegar a lo indistinto, identificación que nunca agotaba y siempre con un toque de clase. Gemelos según el día de la semana, pañuelos con iniciales bordadas a mano, traba corbata grabado en el dorado interior, llavero con cadenita, lo básico para un personaje que se consideraba funcionario de la existencia. En el país del buen vivir y mal dolor, había que agregarle un arte a esos bonos del tesoro sociales que los dioses habían dispensado.

Debería estar cerca de una concepción colonial de la existencia cuya metrópoli estaba en una utopía de bienestar. Declaraba que vivir en San Felipe y Santiago tenía algo de empleo público sin la certeza del salario ni premio retiro, pero que dicho plan le parecía irrealizable en una burocracia que había derivado a la confusión. Tenía aspecto de funcionario de

alto vuelo de otro país, recelaba de la seguridad presupuestada, aseguraba que dicha coyuntura tampoco podía continuar eternamente. Como medida para salvarse de una conciencia pantanosa y por propia voluntad programada, cada dos años cambiaba de trabajo evitando habituarse a una rutina; enmohecerse por dentro decía, así como las serpientes cambian la piel era imperativo hacer circular el salario del miedo. “Otros más desesperados cambian de mujer para luchar contra el animal del agobio existencial. Lo mío es acorde a la condición capitalista creciente de la que tenemos para rato, creedme” decía para desestimar preguntas sobre su vida secreta. As de la contabilidad y medio genio para detectar, distribuir, maquillar y derivar cargas impositivas, gastos reales, multas, herencias inesperadas, donaciones de familia, paquetes de acciones y libros de balance, era un adelantado en el conocimiento del modus operandi de los paraísos fiscales (“manga de ingenuos, se creen que en las minúsculas islas del Caribe los negros duermen la siesta y toman ron con coca cola, que las morenas andan de tetas al aire y llevan canastos encima de la cabeza repletos de mangos y bananas”) la rotación laboral era factible sin angustia de ningún tipo.

Había tal avidez en el mercado por la mercancía Molinari, que él se permitía entre empresa u oficina un trimestre saludable de recuperación mediante crecimiento espiritual. “Esta vez, equiparando ingresos y egresos la auditoria viene de Apollinaire.” Formaba parte de un sistema que rotaba de continuo y circulaba por buena parte de la corteza terrestre.

Aquí sentíamos la atracción poderosa del capitalismo financiero y en esa entropía lograba negociar sus pases de empresa como los jugadores de fútbol recién lo harían años después. Un visionario. Inmobiliarias, casas de cambio, automotoras, las primeras mutualistas privadas que se crearon en la ciudad, empresas exportadoras y una temporada fue responsable de la contabilidad del Jockey Club, cuyo palacete embellecía el comienzo de la principal avenida; como en la sede social turfera habían soslayado ese olor penetrante a equino entrenado, el gordo Osvaldo lograba controlarse. Aseguraba que el único y verdadero conocimiento del Uruguay pasaba por el dominio de las contabilidades empresariales, decía que su experiencia le permitía deducir que la mentalidad almacenera era más intensa y extendida que la poética. El capital futuro se recuperaría en la privatización del remate de lo creado con el ahorro público; nuestra supervivencia si es que la historia continuaba acelerando, dependería de la astucia para administrar un sentimiento etéreo de pertenencia a algo y que él, íntimamente, ignoraba en tanto definición y consistencia. Tenía noticias de la realidad allí donde la misma se concreta, en números diarios cerrando actividad y la economía menuda registrada en los libros de asiento. "El Uruguay no es un río, es un asunto de balance diario, debemos registrarlo todos los días, y cuidadito con el olvido. Las últimas noticias al respecto son inquietantes. Lo digo en serio, nunca hablé más seriamente desde que tengo memoria." Ganarse la vida mediante el sortilegio de los números sin excluir el azar de la

ruleta, la casualidad artesanal de la quiniela, el engaño del bacará y esporádicas escapadas al Hipódromo de Maroñas, le permitían disponer de tiempos –trayectos de taxi en digestión, insomnio en verano, cierre de balance complicado, siestitas mientras le aplicaban fomentos en las barberías- para acomodarse al hábito de las letras poéticas. Inclination que oficiaba como enigma de supernumerario mercenario, similar a una relación oculta con una mujer casada y la periódica aspiración a los efectos de la cocaína para saberse vivo.

Los asociados también eran distintos, por ese tiempo Uribe, diferente constitución físico mental, buscaba su propia órbita y se dirigía. liberado de resentimientos, a la formación del nido que vimos al comienzo. “Sobrevivimos como nación –solía afirmar Molinari- porque hay entre nosotros tipos como Uribe, espíritus sanos que creen y dejan la vida en su sueño campero y ciudadano.” Irusta, probando la existencia de la tercera salida, optó por el concubinato con proyectos de aspiraciones cosmopolitas; podía presagiarse que hasta el minuto final estaría inventando publicaciones tangencialmente culturales, coordinando revistas, organizando congresos polémicos, seminarios intensos, coloquios y mesas redondas. Se inclinaba con énfasis por la tarea de cultivar la traza y memoria de nuestro pasaje por la historia, insistía en dejar bocetos, artículos, publicaciones y colecciones relativas a tan peregrina situación, era amante fiel de la herencia batllista de la que renegaba con tonalidades edípicas mal resueltas.

Más misteriosa y distante Camila, de la que debimos adelantar alguna breve referencia y si no fue el caso pedimos disculpas. Era la única muchacha que sin transmitir jamás el sentimiento de incrustación forzada, se integraba al círculo de la primera juventud oficiando en el Café Praga. El cuarto átomo molecular de las relaciones peligrosas que nos interesa, la asociada que aportaba algo esencial faltante en los otros; esporádicamente también, puesto que desde antes del encuentro casual con los asociados y la adolescencia que se confundía en la infancia siempre cercana, estaba orientada al hospicio psiquiátrico sin que nada ni nadie pudiera evitarlo. Esas alternancias parecían lo normal como cadencia de vida y cuando irrumpió la noticia escandalosa del viaje de Molinari, la muchacha -que deambulaba entre muñecas de porcelana como las nenas retardadas de antes y rodeadas por decorados atestados de nuestra fase colonial- aún administraba con tino el equilibrio voluntario de entradas y salidas de casas de salud. A su manera de ruptura controlada la socia mujer del círculo y a la que todos querían como una hermana, alcanzó la sabiduría de administrar su desarreglo del alma, como prefería decir y el trajín de regular ritmos de ingreso y dada de alta para cotejarse mundo. En esa negociación, se había mostrado suficiente para calar una existencia que las descargas eléctricas del sistema nervioso habían perjudicado.

Funcionamiento sincopado injusto para un proyecto de alegría que merecía, ella lo acepto con relativa resignación sin queja ni reproche. Camila era la zona humana entre límites

porfiados de la conciencia, belleza sin finalidades seductoras y emoción llana. Regresando de allá, la casona donde los guardapolvos se pasean y hay hipodérmicas incitando siestas que duran seis horas, cuando volvía a la vida civil con zapatos de gamuza carmesí, guantes de cabritilla crema y la manía de tener las medias derechitas (atildamiento que le consumía una hora de aprontes) se percataba que alguna vez, de no haberse producido los cruces de neuronas y terminaciones nerviosas, pudo haber sido una muchacha encantadora. Encargada de la sección lencería de la tienda London-París y estar de novia con un empleado engominado de la Librería Inglesa, donde se vendía el libro de Osvaldo. Ella se podía imaginar cada tanto a sí misma normal, la duplicidad del reflejo era tan tajante que podría hacerlo, como otra mujer capaz de educar a sus hijos y hacer feliz al marido que va los sábados al fútbol. Cuando añoraba hasta las lágrimas incontenibles y lentas esa nostalgia por un hogar que nunca tendría, sabía que era tiempo de regresar a la clínica por una temporada, a barbitúricos de colores alineados sobre la mesita de luz indicando trazas depresivas, inyecciones a horas precisas, descargas leves de electricidad buscando cortocircuitar la central afectada del cerebro. Los cátodos fijados a los tímpanos con esparadrapos, que nunca serían besados por sus hijos cuando se festejara el día de la madre y pasaran exámenes de piano del Conservatorio Santa Cecilia.

Para su orgullo coqueto y sacudido de muchacha seductora, si bien pueden ser argumentos de gusto dudoso, ella retenía

asaltos fogosos de maniáticos de todo sexo condición o edad. Las insinuaciones, entre broma cruda y salaces referencias eróticas, que enfermeros vulgares hacían de su desconfiada virginidad, que acaso verificaban entre pullas cuando ella estaba sedada en camisa de paciente, indefensa sobre la camilla. Ello podía consolarla en cuanto a su potencial de mujer deseada; Camila estaba bien ubicada para hablar de la pulsión sexual de las locas, de lo que se callaba por pudor comprensible, si bien había dejado testimonio y también del amor en una serie de cartas evocadas al pasar y mantenía en secreto, pues no había hallado -decía- el destinatario adecuado. Lo que como supondrán no era verdad, ella era la poesía buscada y nadie parecía percatarse.

Capítulo VII

Los procesos superpuestos en el aumento de la culpa y la manera de tramar la expiación se sucedieron en pocos meses, siendo probable que no existiera relación alguna entre ambos, la continuidad fuera ilusoria y cualquier consideración al respecto infundada, una pérdida de tiempo. Su cercanía tangible, la secuela del orden causa / consecuencia incidiendo, lo inaplicable de considerarlos por separado, la unidad con que se los observa cuando oteamos el pasado condiciona a admitir un aura factible de sospecha, con esa conciencia de levitación entre dos situaciones fue que ocurrió siendo una ruptura de cuidado. Casi obligado a explicarse, sabiendo antes de hablar que faltaría entendimiento y aún así decidido a hacerlo, temiendo reproches sin importarle, dispuesto a discutir con calma lo fundado de lo expuesto, decidido en la cabeza, consciente que las derivas de la conversación terminarían en un malentendido y vedadas acusaciones a su iniciativa.

En ese estado de espíritu resignado y combativo fue que cierto día, cuando se acercaba el mediodía Osvaldo Molinari llegó al Café Praga con tres libros que conocía desde la nada previa, parco en palabras. Lo que tenía para decir al respecto estaba impreso si es que a alguien le interesaba, uno a uno se los entregó, a Camila primero, después a Irusta y a Uribe con incomodidad sin fingimiento; fue como quien paga una deuda

de juego, regala una rata muerta a otro internado del pabellón de tuberculosos, recupera la hipoteca de la casa materna en manos de un prestamista, quedando en evidencia cuando el secreto se hace público.

Los miró y dijo:

-He aquí la prueba irrefutable. Pertenezco a la secta de los despreciables, jamás pediré absolución, estimo ser merecedor del silencio y la comprensión condescendiente, con el devenir de los meses, quizá de los años...

La entrega de intimidad hecha libro era una concesión humilde, decía que en el dominio material de objetos encuadernados y la disposición teatral de las apariencias era parecido que los agitados andando por ahí, como si el Café Praga fuera la confitería de alterne donde las Musas emputecidas venían a reclutar acólitos. Tampoco había quince caminos, para zafar del zoológico el único sendero es internarse antes en alguna de las jaulas. Cuando los otros supieran lo del librito se alegrarían al descubrirle las primeras pústulas y en la distancia territorial, entre las mesas del Café Praga le darían la bienvenida al club estricto de los desesperados trascendentales.

-Lo tengo clarito, mientras pasa la ola del ridículo inicial, de aquí a que me olviden con mi apariencia terrenal y alguien llegue desprejuiciado al corazón de los versos, pasarán más de mil años muchos más... agregó y la resignación era tan creíble que podría conmover a los enemigos más recalcitrantes.

Algo debía responder a gesto y palabras inesperadas, desplazando la felicidad inherente al evento al malestar de rigor, alguna sensación prefigurando sentimientos intensos. De haber sido otro el protagonista y no uno de los asociados un episodio análogo habría resultado diferente, hasta se hubiera permitido el trío momentos de broma y festejo. Delante del amigo sabían que esa iniciativa era el primer movimiento de otras sacudidas; por lo sabido de él, corroborado por la cortedad invertida en la entrega del autor, la lucha con la frotación al ridículo, había una serie de matices delicados a considerar. Irusta, conocedor de la condición inalienable del semejante al ser especialista en la filmografía del maestro Bergman, le dijo que el paso por la humillación del primer librito era inevitable; queriendo distender el clima recordó que los grandes poetas, los que a él le interesaban y suponiendo que el amigo estuviera en esa categoría, venían del ascético mundo protestante. Molinari sonrió, era un buen principio, los asociados le replicaban con burla amistosa sin hipocresía, evitándole la prueba del malestar en simultaneidad, preparándolo para las duras pruebas venideras.

Las incontrolables fuerzas misteriosas que habitaban la mente y recorrían el bello cuerpo de Camila eran tan potentes como su voluntad. Quienes la trataban la sabían una muchacha previsible en sus reacciones, humores e itinerarios emotivos e inesperada como una Musa atacada de amnesia. Después de lo que Molinari había argumentado desde tiempo atrás contra esos gestos de elogio narcisista, que en su mutismo compartía

por razones que le pertenecían, asumió la publicación como una traición a un pacto nunca explicitado entre ellos. Mientras sucedía la ceremonia, delante de testigos confiables, temiendo las causas, ignorando el contenido de los textos, desconfiando la secuelas del desajuste producido por el libro se prescribió una semana de retiro en la casa de salud. Algo en ella y no siendo ella sabía lo que se venía.

-Lo siento, dijo Camila.

-Dejemos pasar el tiempo y algún día, en otras circunstancias, te prometo que volveremos a hablar del asunto, dijo Molinari sin ocultar el dolor que le causaba la reacción de la muchacha que extendía su remordimiento por la iniciativa de la imprenta.

Lo que era absurdo y un buen ejemplo, las ocasiones de la alegría se volvían parte de la melancolía, filosofía de vida, metáfora del futuro y verdad de la escena. Satisfecho ante el evento pues la reacción de Camila era suficiente para el grupo como catarsis negativa, Uribe sintió la colisión de sentimientos encontrados y que nunca le gustaba admitir. Fue la envidia esa, difícil de aceptar cuando se trata de un objeto cercano y que nos fuera dedicado; era el otro, un yo sin ser socio interno ni imaginado que concretaba un sueño de niñez. Luego y fue peor, sintió seguridad utilitaria por los sellos de la Caja Postal para la casa propia; estaba en la vida práctica, le faltaba poco para decir lo demencial que había sido pensar en escribir versos en la juventud, decirlo luego de afirmar que la vida es seria y pasa rápido, que madurar es ser realista y gritar

plagiando que hagan poesía ellos. Molinari estuvo acertado previendo el rápido pasaje del murmullo público de la edición a cargo del autor y en cuanto a que el librito fue leído recién después de su muerte. Cuando el recuerdo de los hechos era el perfume de tres jazmines colocados sobre la mesa del Café Praga y el asesinato de Molinari era una herida a destiempo en un cuerpo que nunca había terminado de construirse. En esas meditaciones retrospectivas andaba Uribe, cuando lo interrumpió la presencia del informante rondando junto a la mesa.

Estaban citados para repetir palabras queriendo entender, estremecerse por sentimientos que serían expuestos por primera vez y eso de ir allá en aquellos años, visto con distancia, era de gordo loquito. Luego fue el silencio, como si la llegada a Madrid supusiera que el viajero quedaba incomunicado. Nadie exige una carta por semana dando cuenta de la situación pero podía esperarse, al menos una vez al año, una tarjeta navideña con un pesebre y brillitos pegados o una virgen morena y gitana, una estrella plateada con colas cruzando el cielo del silencio. El viajero decidió pegar la vuelta detectivesca anunciando su muerte de manera indirecta por la prensa de escándalo, eso en vez de escribir "desde aquí que hace frío de una manera distinta, más intensa a nuestros agostos subtropicales, teniéndolos de forma permanente en el corazón y para el año que se inicia. Queridos amigos: Feliz Navidad y próspero Año Nuevo." Nada de eso, se dejó caer con

el cúmplenos la ingrata tarea de informarle que dejó de existir en esta ciudad en horas de la madrugada...

Vino derechito hasta la mesa guiado por la misma sensibilidad de los espacios que tienen los gatos y los ciegos. Uribe se percató que, sin habérselo propuesto ni a pedido del cinéfilo y snob atemperado, había elegido la misma mesa de seis años atrás. "Mi antiguo puesto en el cosmos", de cuando el gordo Molinari ofrecía vales de un peso, modesto peaje a una visión de lo inefable, "la mujer barbuda de la poesía" decía refiriéndose a su libro, objeto con el que tenía relaciones de autoría por lo menos complejas, de parentesco incestuoso. Irusta estaba más veterano y comenzaba a saberlo, seguro que preferiría morir antes que tener que admitirlo, creía que la película de su apogeo continuaba en cartelera, mientras las copias comenzaban a deteriorarse en cada proyección de cine de barrio.

-Lo supe por el diario, fue lo primero que dijo Irusta. Uno de los cientos de cables que escupe la teletipo. Qué mierda... ni siquiera fui yo quien se percató de la puta noticia. Estábamos reunidos en sala de redacción, entonces alguien dijo: "por si interesa, Molinari Osvaldo, ciudadano uruguayo, muerto en sórdidas circunstancias en Madrid. Se sospecha un ajuste de cuenta entre individuos al margen de la moral y de la ley. ¿Alguien chapa el asunto?" Nadie respondió Uribe. ¿Te das cuenta? A nadie le interesaba un cuerno la noticia, porque se había decidido que era tarde y eso no vendería ni tres diarios

más. A mi me dio vergüenza quedarme callado, estaba petrificado sin saber cómo reaccionar.

-Entiendo, dijo Uribe.

-Llegaba a la reunión habitual de redacción abrumado por la frialdad existencial, el vacío de diálogo entre la pareja en el último film del Maestro, en eso escucho la noticia y fue un ladrillazo en la frente. Alguien con el nombre de nuestro querido amigo asesinado y desprecié aceptar el consuelo coincidente de documentos de identidad. Ahí mismo debí gritar de desesperación y callé como un cobarde, debí comenzar a llorar, pero me daba rabia hacerlo delante de esos malandrines que sólo piensan en el adelanto de la quincena. Soporté a pie firme como hace años, escuchando una sarta de imbecilidades y cuando finalizó la reunión sin nada para destacar en primera plana, fui a buscar en los cables tirados en la papelería por si era una bromita para hacerme entrar, un error de la teletipo. Quería comprobar si fui yo que escuché mal el nombre, entreverado entre tanto apellido impronunciable de la filmografía de países del socialismo real. Era él.

Uribe sabía que luego del secreto y el encuentro en el Café Praga, Irusta sería el encargado de hacer circular la noticia con pena y rabia motivado por un dolor rencoroso de imposible descripción. Ya se veía la manera de resolver los engorrosos trámites de repatriación para los cuales nadie en la administración estaría preparado. Antes de ese papeleo era necesario el cruce circunspecto de viejos camaradas de

correrías en el Café Praga, dejar a Irusta evocar momentos para entender que tanto sueño terminara así y luego lo perentorio: una sentencia desgarradora sobre la relatividad de la existencia difícil plagiada del maestro nórdico.

Lindo lugar para la ceremonia vicaria del velorio... inspeccionado el estado decadente del venerable Café Praga, como si los lugares de la primera juventud perdieran e derecho a envejecer, Uribe sospechaba estar asistiendo al velorio de otro cuerpo complejo; para el velorio había litros y litros de café negro. Uribe siempre le desconfió al gordo Osvaldo y su concepción del suspenso hasta cuando estaba ausente. Era un tipo que nunca se conformaría con la muerte a secas, algo se traería entre manos y siendo así de prejuiciado estuvo en lo cierto.

Capítulo VIII

Una virtud se le podía reconocer a Molinari, captable en cuanto se le escuchaba reivindicando su estrategia para ganarse la vida. Viéndole llegar a cualquier hora del día al Café Praga nadie podría atribuirle el aspecto convencional de poeta afectado y urbano, especie exótica que también frecuentaba el local. Acaso se diferenciaba por ser el último de una estirpe infrecuente, como si quedara en pie una iglesia colonial, el único hospicio infinito para las urgencias de desarreglos mentales, un último estadio de atletismo con pasado laureado de hazañas irrepetibles, exclusividad y sentido de la pieza única que nos estaba convirtiendo en museo viviente. En aquella época que tratamos de evocar pues de otra manera la trama dejaría agujeros negros de información, finales de los años cincuenta, centro de la ciudad evocando un paraíso remoto, con infiltraciones infernales como manchas de humedad, una novela histórica hueca con faraones y templarios, Montevideo, es decir el área pública privada, las cercanías del Café Praga en sus declinaciones, tomando como referencia el ilustre local, era un refugio para poetas que estaban de paso por la vida y ante las únicas posibilidades de huida que tiene esa ruta estrechísima. La gloria inservible poco consoladora llegando en cuentagotas después de la muerte y el derrame cerebral del olvido, que funciona de manera

inapelable, atroz. Los textos son lo único que sobrevive a toda podredumbre o la opción despeñadero en los próximos meses, peor que el reconocimiento tardío, la durísima aceptación de la falta de proyecto ocasionando depresiones profundas y proporcionales al descaro del plan inicial.

Si bien los círculos resultaban variados el Averno preliminar era uniforme, pintoresco, polifónico y desconcertante. Voces femeninas tenues hasta el soplo del bacilo o masculinas excesivas de testosterona, versificadores eróticos insinuantes, otros pornográficos declarados de praxis y palabra, verdaderas patologías sexuales codeaban poéticas campesinas anacrónicas en ósmosis de curiosa coexistencia. Adolescentes tardíos creídos la reencarnación del divino Arturo -amante del liróforo celeste- visitando la patria bárbara del monstruoso Isidoro, como si esto fuera un destino africano con avanzada colonial. Dulces trovadores tañendo laúdes en castillos provenzales, cantando males de doncella occitana y amor cortés occidental, ancianos convencidos de ser el Osián revivido; futuristas sin capital en divisas o nobleza despreciativa para construir máquinas irracionales y anacrónicas, tentados por mitos de civilizaciones desaparecidas. La inmortalidad y lo efímero de una nota periódica era el pan cotidiano, minimalistas loando el expediente en trámite urgente, trascendentes enfáticos cotejados al Ser abstracto cuando no de la patria gaucha residual, cósmicos habitantes del éter infinito poblado por inteligencias superiores y seres desquiciados buscando el

neuma popular, donde sólo hay rima con miseria entre almidón, albóndigas recalentadas y remedios caseros con cataplasmas para el catarro terco. Declamadores de barricadas futuras despreciando el barroco altisonante y propagando la acción, vanguardistas a ultranza, acelerados convencidos del espacio en blanco y el motor a explosión, iletrados dispuestos a sabotear la vejez del soneto con el húmedo petardo de la versificación libre. Fervientes cultores del haiku en desesperada imitación floral de lo sublime sin harakiri, alcohólicos entrañables esposados al vaso estriado dudando de su genialidad tangible, probada apenas en las vueltas de ginebra con hielo, épicos infatigables cargando contra invisibles enemigos interiores, pichones del huevo del pájaro de Pound en otras jaulas venecianas de mimbre. Ovejas negras de la pequeña aristocracia chacarera sin redil redentor; unos poquísimos desesperados puros de pensamiento, de sexualidad nocturna perturbadora, donde el terror de la empresa y su talla la sabían con cegadora claridad y el miedo intuido a la vida sofocada, que además del talento sospechaban el afán necesario para sobreponerse. Negadores falsamente modestos de lo anterior por considerarlo un desviacionismo intelectual, confesos cultores de la humildad del gorrión de barrio, incitadores habitantes de purgatorios artificiales mediante las substancias, mentes del segundo estado místico dispuestas a la vida de espera guardando el viento limpio que los transporte al Purgatorio.

Acaso era posible: había ejemplos de seres que lo habían logrado, como si en esa ciudad y sin causa se hubiera abierto una falla que permitía el paso dando acceso al territorio de lo inefable, sobre todo para algunas mujeres elegidas por el don y afectadas en consecuencia por esa locura diferente. Los mejores cerebros de varias generaciones como dijera algún judío perdido, fueron destruidos en pleno vuelo por alcanzar la esencia de la poesía y a la vista del pozo inabarcable, fueron aviones de fuego derribados por artilleros antiaéreos con puntería infalible, respirando el aliento en otros infiernos donde las drogas sexo y el alcohol tengan un atajo más drástico que en el Café Praga. Luego la poesía se hace terrenal, con esa excusa parecía que era menos desagradable el intercambio de volúmenes artesanales, el cruce de hojas dobladas y plaquetas diseñadas por amigos impresores, la proliferación de la idea objeto poético y la saturación del género de la dedicatoria que es una variante del epitafio. Circulaba la angustia inherente a las gestiones de la publicación; entre imprentas y papelerías, créditos bancarios a la creación y tipógrafos insensibles a la disposición gráfica de caracteres, tiempo muerto de pegamento, secado, incorporación de tapa, último pasaje por la guillotina. La enemistad con quienes prometieron el diseño de carátula que nunca llegó a tiempo, el texto de presentación del que va punteando en la carrera sin saber qué hacer con los doscientos ejemplares una vez empaquetados para regresarlos a la nada.

Había peor, era el momento en que se deja de ser el poeta joven con derecho a la latencia, destinatario posible de la carta de Rilke traducida de prisa para perder ambas condiciones de juventud y verso accediendo al vacío, residuo de algo que pudo haber sido sin concretarse; para saber de lo indecible había que escuchar charlas y discusiones, silencios y confesiones, esperanzas y destierros dichos en el Café Praga, palabras perdidas trabajando para la mentira de que nunca existieron si esta escritura se detiene. Tan ardientes eran antes de precipitarse en el patetismo, para organizar lecturas con el propósito de que la poesía mía llegara a la gente, encontrara su público, provocara la audición, comunicara con los más posibles y que luego una onda misteriosa llevara ese impacto en el agua hasta el infinito, que está como a setenta calles de este instante preciso. Los temibles antólogos también se desplazaban con soberbia apropiada a otras empresas justicieras, provocando la malsana emoción de la polémica suicida, claro que sin el propósito de orientar a la gente ingenua y confundida, los no iniciados a la espera de la revelación, sino para demostrar su inteligencia en el poder de separar las aguas. Lo hacían puede que también para inventar odios de ausencia y exclusión, reafirmar el sentido de la cerrada cofradía (una oda excluida podía destruir vínculos de décadas, una fecha de nacimiento azucarar rencores interiores, ninguneo y sexo se frotaban impúdicamente) para orinar sobre los títulos circulando y alambrar el feudo de lo único que podía considerarse poesía, perímetro reconocible por el olor a zorrillo

aplastando al amanecer por un Austin inglés. Mean poesía, toman el ómnibus llamado poesía, comen tallarines poesía con estofado de papas y poesía y defecan poesía, sostienen en broma terminando por creerlo que su vida es el mejor poema y morirán poetas creyendo que su paso por el mundo se justificó por el legado de la poesía escrita, convencidos de que por lo menos una docena de versos que nos dejan en herencia lindan la perfección.

En el Café Praga funcionaba, entre delirios políticos y creativos, lúdicos y lujuriosos, una máquina de la versificación a varios turnos; los narradores eran más taimados, curtidos y menos expuestos. El Uruguay rondaba la locura sin saberlo y Camila era la Casandra callada, una bonita idea que olvidaba medir las consecuencias de la hipotética desaparición del Café Praga de la ciudad. Era tan insensato que nadie quería perder ni un minuto en considerar ese suceso negativo ni como hipótesis poética, adelanto del pálido final. Acaso la secreta justificación del Café Praga, su historia confusa y manera sin estridencias de ser parte de la ciudad, era fomentar la aceleración de esas contradicciones de la escritura. Hay quienes afirman como si se tratara de la emanación de un oráculo, que sólo recobrarán la esencia de la poesía, la intersección con su breve historia, cuando sea demolido el Café Praga y los objetos que lo forman se hayan dispersado en una desunión definitiva formando el dibujo secreto prodigioso. Cuando los poetas queden a la intemperie volviendo a tener sentido el frío de mes de agosto, escuchen el silencio entre

moribundos, hayan desaparecido las mesas circulares donde establecer antologías, sea implacable la confrontación entre la vida que emprenden con dificultad y aquello dejado por escrito en constancia de dicho desajuste. ¿Cómo escapar a esa encerrona si el Café Praga era una réplica de otros cafés literarios y delirantes diseminados por el mundo? Molinari sabía de una manera que sólo podía admitir como predestinación, jugarreta del destino o azar de nacimiento, que sería uno más si aceptaba el reglamento del juego y sólo podría salvarse por traición o ausencia. ¿Su decisión de exponerse fue un gesto de poética crepuscular, mimetismo para obligarse a la violencia, huida forzando el destino, escape por el lugar común antes que las convicciones lo petrificaran, miedo infantil a ser confundido o volver a escuchar las burlas de los condiscípulos?

Parece sencillo ahora, la decisión carecía del espíritu de aventura que marcha a lo desconocido con curiosidad, se acercaba a la destrucción provocada entre el sufrimiento sabido y la estatura del suicidio. Deberían suceder cosas antes de acceder a lo concluyente, falta en ello lucidez o crueldad retrospectiva, es asumir más bien la costumbre de que tal es el precio para que pueda sobrevivir una historia ejemplar, como la de Osvaldo Molinari y que nada sería sin la secreta nutriente de esos satélites alucinados, que inmolaron su vida sin pedir nada a cambio a la más esquiva de las diosas.

Capítulo IX

Irusta contó cada uno de sus movimientos, desde que metió la mano en la papelería hasta cuando llamó al extranjero diciendo que la noticia interesaba. Allí se sorprendieron, dijeron someramente sin mencionar los putrefactos laberintos de lo ocurrido y prometieron enviar información complementaria; cosa que hicieron en pocas horas intrigados por el interés, curiosos por saber si habían pasado al costado de algo jugoso y preguntaron si se trataba de un personaje importante.

-Personaje importante... del gordo les dije que era un autor dramático confidencial, esperé y luego estudié la versión que enviada. Me indignó, eran todas falsedades, desde la primera línea supe que la información fue traficada por la policía. Pura comedia, burla grotesca, esperpento que pretendía ocultar otra cosa, una verdad sucia que ellos, quienes fueran, no querían que yo ni nadie conociera. El vocabulario daba asco, en cada frase trataban de ensuciar al gordo sin tregua, como si la muerte fuera merecida por razones que ni siquiera se interesaban en saber. El informe vomitaba fascismo populista de la peor especie, sucio fascismo rompehuelgas de comisario de barrio, era matar al gordo por segunda vez hundiéndole la cabeza destrozada en un charco de inmundicia.

Irusta había sido puntual al compromiso, era un hombre desesperado y consistente el legajo que llevaba debajo del brazo. Una carpeta que en pocos minutos le pasará a Uribe completando el panorama, luego de evaluar los lacónicos injurios llegados desde allá y concretar la famosa composición de lugar. Hasta donde podía observarse había material nuevo y dentro de un sobre marrón pequeño unos recortes de prensa.

- ¿Y eso Irusta?, preguntó Uribe.

-Cositas que sobre nuestro querido gordo se dignó publicar la crítica local, de tan reducidos parecen avisos fúnebres.

-Así que lo guardas todo desde el comienzo... dijo Uribe y le fue grato demostrar la sorpresa. Quién lo hubiera creído viniendo de vos que siempre estabas de punta con Molinari, si mal no recuerdo te le ponías en contra dijera lo que dijera. Eras su moscardón privado y resulta que guardabas los recortes que hablaban de él.

-Y si... a pesar de los denodados esfuerzos que hacía el personaje por fustigarse yo creía en su proyecto secreto, puede que fui convencido a fuerza de actitudes. Ignoro la razón, pero estaba seguro de que alcanzaría sus objetivos. Sospechaba que el precio sería elevado, nunca como sucedió y dudaré el resto de la vida si valió la pena.

-Ah dulces recuerdos y proyectos... dijo Uribe asumiendo que esos recortecitos le incumbían a su propia historia a un grado que ni siquiera había considerado.

-Por supuesto hubo una vida antes mi estimado y fue real.

-Antes de Estela, antes de los mellizos supongo que quieres decir, acotó Uribe.

-El gordo nunca lo hubiera dicho esto de los recuerdos, tampoco aceptado mi vertiente de coleccionista. Si lo jodía con una cadencia que podía parecer exagerada, era para provocarlo en el sentido noble de la palabra haciéndole saber que tenía en mí un control refractario infatigable. Obstáculo a su fluidez natural, incitándolo a dar lo mejor de sí al relativo costo de que llegara a despreciarme por incomprensión, lo que era cuestión secundaria y formaba parte de la amistad.

-Una entrega casi.

- ¿Chi lo sa? Tarde o temprano, estaba convencido de que Molinari haría algo que nos justificara a todos y estaba dispuesto a esperar lo que fuera para que llegase ese momento. Ironías del destino, resulta que lo único que podré hacer sobre nuestro amigo es chapucear una necrológica en la indiferencia, escribir sabiendo y desde la amistad, diciendo el dolor incommunicable, evocando el público desdén. Magras líneas censuradas por un redactor reemplazante y que nadie, por ignorancia y habida cuenta de la mezquindad reinante, estará dispuesto a asimilar en su justa medida. Seguro que tendré que suplicar a varios rufianes para que la publiquen con un mes de atraso, agradecer la dádiva del espacio así como la comprensión de los responsables del oficio. Dan ganas de vomitar en la vereda y mandarse mudar en el primer submarino que pase por la esquina...

Al principio de la conversación Uribe estaba reticente, como si la noticia de la muerte no fuera suficiente Irusta sumaba sobredosis de limaduras periféricas, que sin agregar información hinchaban la tristeza de la historia. Miraba los recortes asomando de la carpeta como si encerraran otro peligro para su existencia actual, un cultivo de microbios extraterrestres y papeles envenenados con fórmulas alquímicas invisibles. Despacio acercó la mano al legajo, apenas con la yema de los dedos comenzó a separar los recortes, distribuirlos sobre la mesa como si mostrara una escalera real de corazones en su partida de cartas contra la Muerte, sobre el mármol que le pareció con ese frío apropiado a los monumentos funerarios. Eligió entre ellos un papel comodín y el único con foto del difunto: retrato de Osvaldo Molinari al final de la adolescencia. De cuando en el tiempo de los poetas jóvenes, los auto designados están listos para el asalto de la fortaleza imbatible guardada por los valientes muertos. Prontos para emprender sus propios cuartetos y la inmortalidad por la momificación de la escritura es una posibilidad cierta; más tarde, pareció desinteresarse por esos papeles críticos donde amarilleaban momentos de su pasado y se puso a leer la noticia que provocó el encuentro, el papel infame redactado en una comisaría de barrio madrileño.

Desde la primera línea empezando por la sintaxis castiza denigrada, había un abismo insalvable entre esa mañana montevideana, la algarabía en la mesa de unos muchachos hacia el centro del salón acentuando más la muerte distante y

el olor del café molido al instante a la vista, dándole al local memoria sensual de tierra caliente, con la acumulación de datos sórdidos que contenía la única carilla del informe, los adjetivos en los que se habían marchado la vida del gordo Molinari. Había trato repugnante en los vínculos entre la palabra oficial y la circunstancia sospechada, algo por ahí rondando falso en su intención peor que el desprecio e inmerecido en la memoria. Molinari debería estar por caer al Café Praga, así debería ser para también él disfrutar la charla entre pastores, hablando del rebaño desorientado de los poetas que creen alcanzar el valle feliz prescindiendo de un perro vigilante. Ahora mismo su cuerpo se pudría en algún lugar de Madrid; la historia del cuerpo sin vida de Molinari tenía su crónica. Nada se sabía si lo estaban guardando al frío de una morgue municipal, si lo donaron para que estudiantes de medicina lo desmembraran, lo tiraron en la fosa común de indeseables indocumentados o quemaron arrojando las cenizas en el inodoro. Algo despreciable había atravesado en picada el aire destruyendo el orden de las esferas. Era el cuerpo orbital y gordo, desnudo o en calzoncillos y camiseta con dos balas - bang bang- en la cabeza hasta formar esa mueca inenarrable de desacomodo. El cuerpo de Osvaldo Molinari, insigne cisne que se deslizaba en el estanque púrpura desplegando alas immaculadas, fue chicoteado con la sangre roja de la cabeza cuando reventó contra el borde del estanque tachonado de piedras redondeadas.

Montevideo está de duelo y la ciudad sin percatarse. A miles de kilómetros estaban ofendiendo la muerte, mientras por los ventanales abiertos del Café Praga entraba desde la plaza un aire que hacía pensar en ángeles y serafines.

El franquismo a la distancia era eso que estaba sobre la mesa del Café Praga, la página escrita y mecanografiada en una comisaría barrial de Madrid, novísimo avatar en la escritura de un rencor vengativo que se nutría de carroña en El Pardo. Sin faltas de ortografía sospechosas que hicieran pensar en un teniente iletrado y secretario honorario de una peña taurina; por el contrario, escrita de tal modo que provocara convicción, admiración gramatical y temor suficiente para desistir de un pedido inoportuno de ampliación de informes a las autoridades, a las fuerzas del orden instaurado. Allí estaban consignando lo que había que saber sobre el incidente, su versión única e indiscutible. Ni un asomo de duda, ninguna contradicción o falla en el expediente de averiguaciones, se daba el asunto por concluido y la causa cerrada. Comenzando a sospechar por disciplina de lector de novelas policiales de bolsillo, se podría concebir aquello como una Almudena única y tragar saliva, aceptando la imagen de la ciudad poblada por un millón de muertos. Mensajes en clave de ultimátum de la muerte; para concebir el aparato político al origen, cada escrito salido de la máquina esa era insuficiente pero revelador: el fascismo era la manera correcta de redactar en castellano auténtico purísimo, siguiendo preceptos de gramática clásica y con asesores doctos en teología aplicada. La cruzada una máquina de escribir negra

en una oficina de subsuelo, las manchas de papel carbónico en la yema de los dedos del mecanógrafo que venía de beberse un anís seco del Mono y hojear titulares de Marca.

Mirándolo a los dos podría hasta pensarse que si acaso eso fuera un film Irusta llegaría a entenderlo. Uribe no, había perdido agilidad asociativa, asumido una actitud inteligente de aprovechar mercedes de la vida adecuada a nuestra breve historia y latitud, organizar una existencia normal en un mundo transfigurado por la guerra. Decidió creer que los problemas llegan cuando uno los busca y despejar el horizonte de preocupaciones, se sentía de los pocos hombres prudentes y su divisa Nueva Ética era: Nunca vale la pena. Por esos recuerdos y de los que Uribe no estaba orgulloso, también tenía dificultades para entender la magnitud de lo que estaba leyendo, concebir que en esos asuntos turbios estuvo metido el gordo Molinari y le habían costado la vida.

¿Para qué leer la totalidad de la noticia? Eran suficiente algunas palabras por lo que insinuaban, dispuestas como pus en la página del informe. El procedimiento había comenzado por la elección de vocablos que probaron su eficacia en la práctica del fascismo real, cuando se volvió la conjugación cotidiana, apátrida, rojo, faccioso, amoral, vicio, animal acorralado, subversivo, ajuste de cuentas, marxismo, madriguera, frecuentaciones, complot internacional. El resto de la basura era un ejercicio de redacción de alguien con uso ponderado de la lengua, sin excitaciones de la gramática castellana y el dominio del ritmo de la coma; ese conjunto

insustituible de frases, ejercicio impecable de disimulación que ensucia, llamaba con pasmosa naturalidad a verbos precisos y artículos, los adjetivos eran infalibles, la cadena sintáctica funcionaba a la perfección. La constancia era el camino lingüístico inverso a la palabra muerta, admitiendo el desconocimiento de los autores materiales del crimen que serían mastodontes analfabetos sin la convicción del merecimiento de la pena. El papel era la noticia, mentira, comentario e insinuación, proceso, desprecio, información suficiente, archívese y la orden escrita equidistante de aconsejar el olvido. La vida del gordo Molinari resumida en siete párrafos recorridos de odio al desconocido, objeto de esa prosa falsamente burocrática transida de infamia, puesta en escena por escrito, aliento despreciativo por el muerto y aquellos que pidieran ampliación de información. A Molinari lo habían asesinado -bang bang- en un barrio periférico de Madrid, siendo que toda la ciudad era por entonces persecución de los vencidos. Fue una muerte sin necesidad de juicio sumario, ni garrote vil en un patio de cuartel de Navarra, un amanecer frío y lluvioso, con barro en las casernas y piojos en los catres. Manera de morir inconcebible, contradictoria con su pasado, negada acaso en el momento apacible y transición paradisíaca que estaba viviendo Montevideo.

Deberían estar leyendo un recorte reciente sobre el logro y resonancia de la fina voz lírica ultramarina del sur, que llegó a la capital de la bella lengua que nos hermana -por encima de una historia pasada turbulenta- a abreviar en las fuentes

originales del castellano eterno. Caminar la épica ruta de Medinaceli de cuando la palabra de místicos, guerreros, príncipes, señores de hacienda, humanistas, traductores de lenguas clásicas, bendiciendo y pegando se desembarazó de la escoria saliendo de aquella encerrona de las tres religiones. La noticia del asesinato fue otra configuración tullida de la realidad que venía de despertarlo de la tonta euforia. Anestesia local para una intervención superficial molesta y le atontaba el cerebro como sidra de manzanas podridas que desde el primer sorbo emborracha la conciencia o gusanos blancos nadando blandos en sopa de guisantes. Verificable era que ambas situaciones jamás podrían coexistir.

Uribe presentía la marcha fúnebre al ocaso de cierta representación de felicidad que pensaba haber alcanzado. Lo sorprendió la rapidez de la reacción en percatarse, como si recobrara reglas olvidadas de un juego de la infancia con final feliz, lo vio el conjunto concentrado en una única escena límpida a pesar de la superposición. La lectura de una noticia transcrita de la teletipo del diario, el informe del comisariato, entendió el horror ocurrido y sin saberlo comenzó a interrogarse por el sentido de la muerte violenta del querido gordo, eslabón perdido y en un charco de sangre del círculo de la primera juventud. Sin haberlo pactado previamente, luego que Uribe dejó sobre la mesa la copia del informe, con basura suficiente para emporcar una vida, ambos hicieron el tradicional minuto de silencio. Allí estaban el nombre del muerto y la decantación memoriosa recuperando imágenes;

insistía la luz de la plaza afuera digna de camposanto en mañana otoñal y árboles meciéndose, como lo hubieran hecho de haber sido cipreses. Hasta el aroma a café ganó en intensidad, semejante al que sale de la cocina familiar cuando el velorio sucede en casa del difunto; más frío era el frío marmóreo de las mesas circulares, diseñando un horizonte de lápidas redondas en estado de suspensión aguardando el nombre grabado de los muertos. El paisaje se idealizaba para corresponder a la situación, estaba el encuentro de los amigos del muerto luego de una eternidad, los tubos de luz verticales parpadeaban en el sector de la venta al detalle de café molido a la vista, sumándose al ruido de máquinas triturando granos en recipientes cónicos de aluminio, eran cirios fluorescentes llorando la muerte del amigo parpadeando la pena. Había gente vagamente conocida que entraba y salía del local, probando que el occiso había sido una persona estimada, curiosa simultaneidad que provoca la muerte. El recuerdo oportuno de versos de Machado sobre amigos que mueren y en el Café Praga del Sur la escena justa complementaria: imagen mural de brazos abiertos del Cristo Corcovado pintado en la pared lateral, evocando el origen legitimador de la materia prima molida a la vista, en muestra de sinceridad, molida como los planes de la juventud y la osamenta del gordo. Coincidencia litúrgica más que aceptable, porque el gordo creía en algo trascendente gracias al empeño evangélico de los padres franciscanos cuando los años de infancia.

Entre las pocas mujeres que andaban por ahí esa mañana, alguna podría corresponder a la hipotética viuda sentimental que lo lloraría durante semanas. Justo afuera -a pocos metros del ventanal de los dolientes- tres obreros municipales fumaban tabaco armado para matar el tiempo, actuando los enterradores espectrales e indiferentes que la escena requería. Por las mesas del café pasó una niña pobre vendiendo jazmines de una blancura tan excepcional que podían provocar el llanto; era señal de algo, pues en Montevideo no era época de jazmines así de blancos. Irusta le compró tres jazmines y la niña fue feliz, él los dispuso cruzados sobre el papel del informe policial provocando que el intensísimo aroma de las flores blanquísimas y la felicidad de la niña fueran el antídoto eficaz de tanta podredumbre escrita. A eso y por fortuna, decretando que la irracionalidad del mundo continuaba girando, los grandes y verdaderos proyectos de la humanidad seguían su inexorable itinerario, como tromba desquiciada entró al Café Praga el insigne autor de la Historia Mundial de la Literatura Total. Olvidando la afrenta del hurto, al muerto le hubiera encantado que el orate irrecuperable fuera responsable de su elegía fúnebre, si al gordo lo hubieran enterrado en el Buceo o en otro cementerio capitalino como debió suceder.

Fue en ese minuto cuando lo absurdo sacude lo solemne, cada gesto adquiría tonalidades de coincidencia y dispara un secreto significando que se concretó la ceremonia del adiós al amigo. la irrepetible primera escena del duelo compartido antes de la rememoración en soledad. El Café Praga se volvía

camposanto de algo sincero que agonizaba en la ciudad, tampoco hubiera desentonado que alguien sin identificar, sobre los brazos extendidos del Cristo Corcovado hubiera escrito, en un arrebatado de llanto y una tiza azul pastel aquello de Todo Es Pasajero.

Capítulo X

Mediante la contundencia del ejemplo cercano, Uribe venía de advertir lo insensato de contar en la vida con la ilusión de la inmortalidad. Irusta dijo “gordo querido” y se levantó para ir al baño que no vería mugriento porque venía todos los días al café, donde pasaba tantas horas como en su casa; detesta llorar en público, por eso va al cine solo, a funciones de las primeras horas de la tarde como los jubilados, atorrantes y desocupados, estudiantes que prefieren una de indios apaches contra vaqueros a escaramuzas de la historia patria departidas en clase. Cuando regresó del baño con los ojos enrojecidos que atribuyó a una alergia persistente, Uribe estaba pensando en los días que siguieron a la partida del barco que se llevó al amigo rumbo a España. Ninguna escena con continuidad específica, eran fotos del álbum de humo y que nadie se tomó el trabajo de colocar en orden, en las que el viajero estaba presente como si el espectro del gordo hubiera permanecido entre ellos.

Toma de Molinari consolando a Camila porque en la casa de salud un cocinero de Fray Bentos se la quiso coger de pesado, instantánea de Molinari medio bebido en el patio del restaurante Rodelú en días cercanos a Navidad recitando poemas del divino Julio Herrera y Reissig. Toma de Molinari puteando contra el sol del verano en una salida dominical al

arroyo Jaurigüiberry que se volvía afluente del Jarama -y un caballo verde que pasaba casualmente- arreglando con dificultades la sombrilla. Escena de Molinari mirando con pupila de conocedor un humeante plato de ravioles de ricota con queso parmesano por encima, foto de Molinari llegando directo de la imprenta de la calle Brito del Pino con los ejemplares de su libro de poemas, positivo de Molinari muerto en Madrid, tirado en una pieza desordenada después de los balazos -bang bang- y en calzoncillos, con la cabeza destrozada hundida en un charco de sangre, rodeándola de rojo natural y advirtiéndole de manera tangencial que el gordo era un santo de la vida.

- ¿Qué me contás?, preguntó Irusta, señalando con el mentón los pocos papeles que había dejado encima de la mesa, tratando de comprender la situación inimaginable hace unas horas.

-Nada. No pienso nada, me parece imposible y espero el desmentido, el error, la mentira, la confusión.

-Hay que hacer algo Uribe, dijo Irusta. El gordo era un amigo y no creo ni una palabra de esta mierda escrita que mandaron.

-Estamos a quince mil kilómetros de Madrid en el otro hemisferio y a esta hora el gordo está bien muerto, son las evidencias irreversibles al parecer. Cualesquiera que hayan sido las circunstancias del asesinato es imposible cambiarlas, lo siento, es la verdad. Si te parece podemos repatriar el cuerpo, no tengo la menor idea de los trámites en estos casos... vamos a la embajada española, llamamos al consulado, reclamamos al ministerio de Relaciones Exteriores,

consultamos un abogado... lo que sea. Mandamos un telegrama a la embajada uruguaya en Madrid. Podemos ir a avisarle a la prima. ¿Te acuerdas donde vive la prima?

-Hermano, estás más quemado del alma de lo que suponía. Te escucho y me cuesta creerlo.

-Nada de eso Irusta. Te noto nervioso con el asunto y trato de ser práctico, realista.

-Ya lo estaba extrañando, dijo Irusta y ensayó una sonrisa que buscaba ser falsa. Ahora resulta que sos realista, monárquico de los afectos podría decirse, te volviste realista... pero qué maravilla.

Uribe encajó sin pestañear el comentario irónico, sabía que luego cuando la charla recobrar su sentido factual él debería reaccionar. Por el momento se negaba a jugar la lotería de las emociones y aguardaba una rectificación de la noticia, el error verificado en la fuente allá lejos, en el otro extremo del circuito.

-El muerto es el gordo, dijo. A mí también me duele y mucho la situación, pero el sufrimiento tampoco puede borrar lo sucedido.

-Mirá Uribe, lo que a mi me importa, más que moquear como un ganso es saber las circunstancias concretas que lo llevaron a morir, los detalles aunque sean inmundos y las razones aunque resulten incomprensibles. Sé que está muerto y fui el primero en saberlo, también puedo ser realista cuando me lo propongo que no es lo mismo que ser un belinún. ¿Te resulta complicado comprender que ahí hay una losa tapando mierda escondida, que la muerte no es límite de nada?

-Eso es evidente.

-Bueno, bueno... gracias a dios que te queda algo de humano. ¿No tienes nada de curiosidad por saber lo que ocurrió en Madrid?

- ¿Y qué querés que haga? Puedo llorar si eso te ayuda en algo. Leer otra vez los papeles que trajiste diciendo a medida que leo, con tono compungido, no puede ser... no puede ser... esto es inconcebible, no puede ser... Puedo tomar diez cañas en una hora o inventar quince variaciones sobre la memoria del gordo. ¿Tanta agitación con qué finalidad me querés decir? Te lo adelanto, para nada. Osvaldo seguirá muerto. Para saber lo que pasó realmente la única manera sería ir a Madrid, meterse en aquella cloaca y ni siquiera sé si ello sería suficiente.

-Justo lo que tenía pensado, dijo Irusta.

-Estás loco de remate...

-Yo estoy loco, vos tenés razón y el gordo está muerto. ¿Viste Uribe? Allá en Madrid. Hay que ir allá Uribe, hay que ir hasta Madrid. A los muertos hay que ir a buscarlos al infierno. No debemos permitir que nos roben esa zona de la memoria y hagan desaparecer el cuerpo de lo que fuimos.

Irusta era hombre de convicciones relativas y solía ser testarudo Uribe lo confirmó de inmediato mientras escuchaba, el amigo estaba en una de sus ideas fijas que en las próximas semanas se volvería obsesión repetida cada vez que se cruzaran, se hablaran por teléfono. Seguiría dándole vuelta a eso del viaje hasta que lograra ir a Madrid, ver con sus propios

ojos si algo quedaba pendiente y una vez allá, de maneras extravagantes, revolviendo cielo y tierra, golpeando puertas y tocando timbres llegaría a conocer la verdad, si verdad había sobre la muerte de Molinari.

Se trataba de una iniciativa loable. Irusta llevaba la razón en el razonamiento, su emoción de la veracidad reparadora como finalidad estaba de su parte y entraba en consideración una maraña interminable de detalles. Desde la decisión de comprar el pasaje hasta la elección del vuelo, cada hora de disyuntivas encadenadas hasta alcanzar una verdad. La verdadera y oculta, distinta a la referida en el informe anónimo y despreciativo, redactado en una comisaría madrileña con sentido vicioso del efecto. Se trataba de alcanzar alguna verdad. ¿Pero qué tipo de verdad estaría esperando al final del trayecto?

Uribe se declaró realista y tenía obligaciones familiares, llevaba una existencia ordenada que había aceptado y la aprensión –que sentía venir en cualquier momento de la charla- de una invitación para largarse a Madrid. La eventualidad de que la aventura le fuera propuesta en los próximos minutos alteraba demasiadas certitudes, era insensata; evaluando la situación optó por permanecer callado, como si el dolor hubiera evacuado las ideas necesarias al duelo, lo que él creía ser un proceder de manifestar su elegante negativa. Si Irusta insistía con la sugerencia de marchar a Madrid y era algo distinto a una invitación, tenía para anteponer a su rechazo razones de trabajo, asuntos de familia,

exigencias de la paternidad; después de todo uno no puede hacerse cargo ni responsabilizarse de las locuras de los amigos. Uribe nunca consideró acompañar a Camila en ninguna de sus internaciones aunque estaban inspiradas por la prudencia, el tino intuitivo femenino que la muchacha demostraba cuando viraba el clima de la racionalidad.

-Hay que ir a Madrid, insistió Irusta.

Uribe dejó pasar una ronda de café a la espera de que Irusta se calmara, aguardando que saliera la parte sólida de su catarsis; así sucedió, el cinéfilo abandonó la insistencia en el viaje a la escena del crimen y se puso a recordar al gordo Osvaldo como si vinieran del entierro o se hubieran dado cita en el Café Praga para ir juntos al velorio. "Están operando las fuerzas de la vida que pretenden disolver el embate de la muerte brutal" pensó Uribe. Así estaba mejor, la distancia hacía imposible una empatía inmediata con el horror y ellos estaban próximos al pasado, a lo visto con sus ojos. Empezaron a hablar en términos como "aquel fue siempre original... recuerdo que... que loco bravo ese gordo..." como si los papeles refiriendo la muerte del amigo en verdad dijieran del regreso, por una breve temporada y para estar entre nosotros, de la voz lírica original del sur, aplaudida y ovacionada en los círculos conoedores de Madrid, hubiera que organizarle una comilona y festejarle el acento que traería después de tanto tiempo ausente.

Desde que metió las manos en la papelera Uribe sabía que la cabeza de Irusta continuaba trabajando en esa ida fija.

Luego de la bobera dominio camaradería evocada y como si hubieran compartido asperidades de una batalla famosa, volvería al ataque con la necesidad de largarse a Madrid para conocer la verdad oculta tras la información. Estaba en lo cierto. Irusta sabía cuando telefoneó esa mañana ganada por emociones plurales que sería ilusorio integrar a Uribe en aventuras osadas, aunque parecieran justificadas por una noble causa; decidió que si alguna finalidad debía tener la muerte de Molinari (curiosa manera de entender la amistad, interacción entre memoria de peña con argumentos punzantes del maestro sueco), era para provocar una reacción en la creciente indiferencia de Uribe, sacudiendo esa pasividad irritante de los últimos años. La paternidad no debía terminar obligatoriamente en desidia, coartadas de familia y excusas de trabajo; Irusta sostenía que eran mentiras y pretextos, especulaciones que Uribe construía rehusando confrontarse ante verdades postergadas. La piba Estela era bárbara, el trabajo se parecía a cualquiera que se pudiera hallar en la ciudad y Uribe levantó a su cadencia esa fortaleza de la vida normal, concebida como modelo de topología sociológica que en la madurez evitaba complicaciones; anunciando una vejez ácida, como si fuera un desagradable preludio de la muerte del alma que precede por algunos años a la del cuerpo. Ese tiempo que Molinari decidió vivir guarecido en Madrid, ocupado en la ampliación de la casa matriz.

El gran cambio, mutación de relaciones y perseverancia de cada uno en su ser más o menos instalado, sucedió cuando el

gordo Molinari se expatrió a Madrid, gesto catalizador, síntoma violento de disolución que nadie advirtió en su momento, signo de que lo compartido por años se terminaba para siempre. El episodio tuvo algo sin resolución en las entrañas de Uribe, quedó atragantado como si la ida de Osvaldo a Madrid, último viaje sin regreso, le embalsamara las tripas y órganos esenciales. Era eso lo que Irusta intuía sin conseguir formularlo, presumía que la muerte madrileña tendría secuelas de importancia en la conducta y espíritu del padre de los mellizos. Las horas siguientes le dieron la razón y por ello dispuso los materiales ordenando recuerdos -zona compartida de antes- en la misma mesa de antaño, como si el asesinato prescribiera una estrategia auxiliar de reconstrucción. Pensando en ello decidió la brutalidad de la declaración sin rodeos, quería implicarlo en la resolución del enigma y prepararlo a tocar respuestas en espejo que quizá lo estaban aguardando sin complejos.

Irusta quiso ser testigo presencial de las reacciones de Uribe, que la muerte lejana no significara el inicio de una serie de incidentes parásitos afectando la vida de quienes lo habían conocido.

- ¿Sabías que en la última carta te nombra?, comentó Irusta.

-Tenés suerte de conservar una última carta, a mí en todos estos años me escribió apenas un par de veces. Siempre le contesté por lo menos con el triple de información, luego silencio como si hubiera caído en un coma profundo ¿Y qué dice en la carta si no es demasiado privado?

-Lo habitual, cosas curiosas, que ya nos contaría lo que estaba viendo y recordando allá. Como ves buen deseo y enorme mentira; nada de lo escrito hace suponer un final como el que sucedió, ninguna inquietud o insinuación de vivir un problema que merezca compartir. En eso también mintió, lo tengo entre los papeles por si te interesa.

Irusta llevó entonces la mano al bolsillo del saco príncipe de Gales buscando una hoja doblada en cuatro, la puso a corta distancia y demoró unos segundos en empezar la relectura. Estaba necesitando lentes para leer de cerca.

-Na na na... cosas sin mayor interés fuera del contexto del asesinato, apenas un mensaje de compromiso para informar que la vida continuaba... a ver si lo encuentro... si... aquí está, al final de la post data "...y dile a Uribe, cuando lo encuentres y que no será en el Café Praga, que está hecho. Dile que estoy feliz porque terminé el poema diecinueve, él sabe de qué se trata y que no se haga el chancho rengo. Cuéntale que resultó mejor que lo soñado tantas veces y me perdone por la escasa correspondencia y noticias. Dentro de pocas semanas estará empachado de información, no hay otra muerte que la del cuerpo y la muerte en vida es sólo una imagen poética, otra imagen." ¿Vos entendés lo que quiere decir?

-Un viejo código hundido en el ponto de desilusiones, recuerdo indulgente de complicidades entre adolescentes soñadores.

- ¿Y qué?, preguntó Irusta, por si había allí una brecha, que permitiera basar sus hipótesis sobre la caída de Uribe en la vida común después que Osvaldo partió.

-Nada, nada, respondió Uribe, asumiendo que debería confesar detalles del episodio pasado y lo haría fingiendo indiferencia, queriendo ocultar el sentido que tenía esa referencia escrita cerca de la muerte y mandada decir. Con aquél y vos lo conociste tanto o mejor que yo, nos prometimos avisarnos cuando uno de los dos terminara un libro de poemas, de esos sin mentirnos, que sin pudor se lo pudiéramos decir al otro. Una tontería poco original.

-Si, decí. Sigo sin entender, continuó Irusta, aplicando la técnica de analista ortodoxo como de vez en cuando aparecen en las historias de Bergman y haciendo explotar la situación del paciente angustiado.

-Por razones obvias de abril y meses terribles, de belleza sentada en las rodillas, cruce perturbador de memoria y deseo adepto a la lengua inglesa con alcohol, lo denominamos poema diecinueve. Algo así como la dimensión desconocida poética, eslabón faltante de la poesía, agujero negro entre Thomas y Neruda. Lo que informa sobre la dimensión del delirio, insensato de la ambición y riesgo del ridículo.

-Entonces...

-Entonces, lo allí escrito en final de agregado de la última carta manuscrita es una broma. Quiero decir que antes de que lo mataran escribió el libro de su vida, dijo Uribe. Hipótesis desconcertante supongo.

Uribe por segunda vez intentó alcanzar el pocillo vacío de café sin lograrlo, la mano porfiada comenzó a temblarle escindida del cuerpo, sospechando la existencia de un poema dedicado a la enfermedad de Parkinson.

-Mierda Uribe, no entendés nada. ¿Qué te parece hermano?, dijo Irusta que tenía en la punta de la nariz el puente colgante de los lentes para leer que debería cambiar con cierta urgencia.

Igual de nervioso de la cara más que de la mano de Uribe, Irusta comenzó a buscar en los bolsillos como si se tratara de una cómoda francesa heredada de las tías viejas; parecía buscar la segunda carta ampliando información, otro bolígrafo de un azul más intenso, el paquete de cigarrillos americanos, un boleto de ómnibus viejo para hacer una pelotita de papel.

-Hay un libro, hay un libro... dijo.

-Te recuerdo que el gordo está muerto.

-Me lo decís a mi que saqué la información de la basura. Hermano, lo mantendremos en vida si logramos recuperar el manuscrito.

-Esa idea de la fama es más española que sueca. Siempre me intrigó saber cómo reaccionarías si supieras que descubrieron, en el granero abandonado de una granja en una isla, que tu querido maestro se inició al oficio dirigiendo filmes pornográficos donde intervenían niñas y animales. Omar Irusta, oíme: estoy en otra cosa, lejos de libros incandescentes y proyectos sublimes. Soy jefe de familia, padre aceptable de mellizos, me renovaron el carné de salud para nadar en la pileta de Trouville. Así que alto con tus planes de rescate

desesperado a lo Robert Mitchum, no te escribas amor y odio en las falanges, ni aproveches dudosas confesiones de los muertos para divagar sin control. Alto con tu cine de matiné.

El discurso agresivo de Uribe y concentrado significaba que no se lo creía; más que aviso era reacción, sin quererlo y porque faltaba información destinada al olvido Irusta había dado en el clavo. Tal vez otra posibilidad: era el espíritu Molinari que aceptó desde lejos y sabido recuperar el tiempo perdido a manera de testamento. Desde allá lanzado -al paisaje de la muerte y en las horas previas- quizá sospechando algo habrá intuido que el cómplice de los primeros planes, poéticos y sociales, estaba anestesiado y él se permitía conocer la razón del retraimiento. Por tal razón, in articulo mortis enviaba las palabras adecuadas para hacerlo reaccionar quebrando la apariencia de perfección que lo estaba hundiendo.

La cuestión única que incorporaba el cadáver del gordo, con el cráneo destrozado -bang bang- era el vínculo entre muerte violenta e insinuación del nuevo libro, intrínquilis inolvidable que habrá que resolver sin la ayuda del muerto. Uribe pidió otro pocillo de café para cotejar de inmediato si la mano le seguía temblando. Como si pasara hojas de un cuaderno maldecido, desde que esa mañana bien temprano recibió la llamada, como se hace habitualmente con los seres queridos se prometió que podría administrar el dolor que la muerte del amigo provocara. La mención al final del último mensaje que Osvaldo escribió destinado a Montevideo, dirigido a él

utilizando la mediación de Irusta -broma lateral insinuando una transferencia bergmaniana- era el envío directo de la memoria lejana al rincón de los manuscritos menos expuestos. Prueba de complicidad anterior a la reacción del círculo de la primera juventud con sede en el Café Praga, una advertencia también. Se pueden olvidar traicionando los sueños, la lectura acertada del mundo, las ideas políticas y primeros amores; pero cuando se traicionan ilusiones pretéritas, la amistad más próxima a la infancia que de la primera decepción sentimental, se trata de capitulación imperdonable. En preferible en tal caso preferible que el enemigo sea cruel, implacable y decrete la muerte.

Allí quedaron malheridos, sin saber qué hacer con la noticia y ensimismados en el ámbito apropiado del Café Praga. Luego de la primera ola de oraciones casi sin intercambiar palabra, pensando que la muerte vaciaba de sentido aquello que los rodeaba, un panorama que hasta hace unos minutos lograban coincidir identificándose con el mundo. En ese momento, sabiendo la carencia arrancada les hubiera faltado un comentario cualquiera de Camila, algo sobre lo que sucedía en sus vidas y requería otra mirada tangencial. La muchacha había emprendido en esos días, en curiosa coincidencia, el viaje largo a la locura y expedición del descontrol irreversible. Junto con el colchón de la cama y sábanas incendió el billete de regreso a su frágil normalidad. Irusta, fiel amigo en eso de visitarla cada tanto decía que histeria y paranoia son preferibles descubrirlas actuadas por rubias egresadas del conservatorio dramático de Estocolmo, no tan de cerca.

Esa mañana, las nubes esporádicas contribuían a propósito anunciando penumbras invernales del Café Praga amparando el diálogo. Los amigos parecían estar aguardando que los enfermeros del turno vespertino vinieran de una vez para llevarse el cuerpo del gordo a la morgue a la espera de la autopsia y lo cubrieran con una sábana de hospital después del reconocimiento. Hasta que los empleados de la funeraria se llevaran los velones consumidos a medias, cerraran de un golpe seco el libro con las firmas y comentarios de condolencias, ajustaran la tapa del cajón con potentes tornillos, se escucharan llantos destacados por el silencio reinante y el primero de los choferes de los pocos remises contratados por las pompas fúnebres dijera: “señores, por aquí por favor, es la hora.”

En silencio, hasta que el mozo que los había atendido y anunciando que terminaba su turno dijo:

-Caballeros, son dos pesos y veinte centésimos.

-Pago yo, dijo Uribe.

-Esta noche voy al diario, capaz que averiguo algo sobre los misterios de Madrid. En cuanto tenga información te llamo, dijo Irusta. Mañana, si te parece bien.

Capítulo XI

Tres meses después de la distribución del libro, cuando la conmoción comenzó a diluirse como suturas de una mordedura de perro en la pierna, entre otras razones por la irrupción de episodios similares en mesas igual de productivas, tres meses aproximadamente, Osvaldo esgrimió su argumento definitivo que pretendía justificar el viaje a la búsqueda de nuevos mercados. Era de tardecita el momento elegido, en la ciudad arrasaba el otoño, estaba instalada la desidia inherente al pasaje de febrero sin treinta y el trastoque carnavalero. Lo único que podía esperarse para los próximos meses, cuando el buen tiempo nos abandona –excepto para los que adoraban el misterio abrigado durante la ironía invernal- era la lejana conciencia de un octubre agradable, que diera la ilusión de algo infectado dejado atrás.

Cuando el gordo dijo de lo inesperado se sabía que la decisión estaba tomada, las verdaderas razones del alejamiento nunca saldrían a la superficie y habría que simular el asombro abierto por el motivo provocador, interesarse por cuestiones prácticas que se vendrían. Buscando evitar que se repitiera la escena cuando entregó los ejemplares dedicados, Molinari planeó la ausencia de Camila al momento de la revelación, temía que la muchacha tomara decisiones

desesperadas ante la evidencia de una segunda decepción sobre su persona.

Oswaldo Molinari llegó a la sede social y dijo:

-Me voy a Madrid, como si anunciara el título de la última comedia musical de Fred Astaire.

Esa enunciación fue estridente sin llegar a excéntrica e inesperada por normal.

Ir a Madrid.

Citada en los libros de historia y de presente contrariado por inconcebible, era suponer el aura de Florencia bajo los hombres encamisados del Duce, ciudad no tan bien contada por quienes venían huyendo de allá y vendían libros encuadernados de editorial Aguilar a crédito en el Café Praga. Oswaldo tenía conocidos que llegaron con la columna cabizbaja de la España peregrina y habían vivido lo que nunca se conversaba; era casi seguro que manejaba información confidencial sobre tratativas del exilio, congresos en Francia, sobre la situación interna, las cifras horribles de presos y muertos por enfermedad, desconocida por los parroquianos, incluso los amigos de la mesa y asociados; acaso intuida por Camila, con esa forma de decir enigmática que tienen las adivinas. Lo pensó en secreto durante meses antes de decirlo, es posible que desde la conciencia lanzada en la infancia y luego hojeando libros con imágenes, leyendo hasta tarde, en traspasado de escucha militante, construyendo la evidencia de que debería ir a Madrid en ese momento histórico. La decisión llegó por el método de la exclusión orientada en justificación, de la excusa dispersante

que distrae del motivo in formulable, debía hacerlo y de lo que allá ocurría nadie se lo podría contar.

Como si estuviera en los programas de preguntas y respuestas de la radio, Osvaldo fuera un participante sorteado y le hubieran formulado la siguiente pregunta: si hoy día un poeta compatriota dispusiera de un año de licencia, un pasaporte diplomático, dinero suficiente para salir del país y la posibilidad de elegir algún lugar del mundo: ¿a dónde iría el poeta? Entendió la pregunta sin necesidad de que fuera repetida y tomó todo el tiempo para responder, agotó su cronómetro de reflexión, dejó que la cuestión lo interpelara durante semanas y renunció a conformarse con la primera respuesta que se sometía a la evidencia. Fue armando una lista provisoria de hasta diez sitios para fijarse un probable lugar de residencia, sin apremios económicos ni escamotear la inversión, dejando jugar instinto e imaginación. La completó con esmero puntilloso, se dejó pasear por las arcadas de la rue de Rivoli bajo lluvia y subió de sobretodo beige y sombrero a vaporetos de línea tras la perspectiva acuosa de los palacios de la Giudecca. Fue sensible al exotismo de suponerse en el tramado peatonal de Tánger e ir al caer la larga tarde del desierto, a beber té de menta a mercados populares aún a riesgo de saberse extranjero para la gente del lugar. Soñó con embarcarse rumbo a Citera antes de que amanezca, viajar en barco con chimeneas a New York y visitar los bares típicos. Molinari se sonrió marcadamente pensando en esperar el amanecer en las losas superiores de la pirámide de la Luna,

antes de regresar en limusina en la mañana de Chapultepec a su residencia diplomática. El poeta soñador cotejó secretos y detalles, cursilerías del caso y golpes de desesperación en enorme metrópolis, con tranvías, túneles y barrios judíos cuyo nombre lo intimidaba; recordó en el sumario ordenado conveniencias y egoísmos que estaban al origen de muchas obras que la mandíbula del tiempo decidió salvaguardar. En cierto momento del programa, mientras el segundero del reloj del concurso avanzaba hacia el tiempo estipulado por Martini Rosso & Bianco, que era el patrocinador, Molinari dejó de pensar; podía decidirse por quedarse en el pago o mudarse a algún pueblo del interior, la muerte súbita tampoco era tan mala destinación.

La lista de lugares en cuestión era generosa pero él presentía lo insuficiente en el exceso, se confesó que nunca incluiría a Madrid en una lista soñada y que en lo profundo del ser se negaba a considerar esa pregunta como si pudiera optar. Madrid jamás si él tenía que elegir pero Madrid sí porque no tenía alternativa; en las bases amañadas del concurso faltaban los motivos familiares, omitieron la caída de la segunda República, se excluía el número abortado y perdido de "Caballo verde para la poesía" dedicado a Julio Herrera y Reissig, así como las últimas trincheras catalanas y la metrópoli fastuosa del desfile de la victoria. Evitaba en sus consideraciones la radiografía preocupante de la lengua en que él pretendía escribir poesía y pedir que le cortaran el pelo, dejaban en el tintero los adoquines pisados por Lope de Vega, cuando volvió

a su hogar barruntando la intención de transcribir un sublime soneto.

*Vivas memorias, máquinas difundas,
que cubre el tiempo de ceniza y hielo,
formando cuevas, donde el eco al vuelo
sólo del viento acaba las preguntas.*

*Basas, colunas y arquivadas juntas,
ya divididas oprimiendo el suelo,
soberbias torres, que al primero cielo
osastes escalar con vuestras puntas.*

*Si desde que en tan alto anfiteatro
representastes a Sagunto muerta,
de gran tragedia pretendéis la palma,*

*mirad de sólo un hombre en el teatro
mayor ruina y perdición más cierta,
que en fin sois piedras, y mi historia es alma.*

Como si fuera el título de una película del angelical Fred Astaire, así de leve lo dijo. No conocía a nadie en Madrid intramuros, tampoco marchaba allá detrás de un salario superior, a buscar trabajo estable que además de ser bien remunerado valorase capacidades probadas, evitando el desaprovechamiento de sus talentos. Dejó entrever que

apenas tenía las señas de pensiones donde dormir las primeras semanas, mientras se adaptaba y tomaba conocimiento de condiciones políticas sociales en esos meses que movilizaba su plan.

Luego de escucharlo por casi una hora -eso que el gordo hablaba de forma pausada- dando a entender ser refractario a cualquier polémica resultante, fue Irusta que rompió el pacto del todo marcha sobre ruedas y nos parece estupendo tu proyecto. Dijo con tono de convencido desprecio, inconcebible en un especialista de la obra bergmaniana “dejate de joder, gordo”; vaga expresión, fórmula que sin referirse sobre nada en particular cuestionaba la totalidad de lo planeado durante meses -era lo que podía deducirse de una exposición tan convincente y articulada-, en especial la oportunidad histórica del emprendimiento. Obviando la subjetividad de la recepción se instalaba en la charla el relativo desatino del proyecto, incluso evaluando con objetividad y que hacía suponer lo otro silenciado. Molinari pasó un mal momento, Irusta y Uribe creían que en los últimos meses estaba distraído y resultó peor de lo estimado con cierta ligereza. Había incubado la idea de expatriarse como si una hepatitis C lo alejara del circuito, estaba decidiendo al contrario el abandono de la sociedad por un tiempo indeterminado y pronto a concretar el objetivo pronto. Camila estuvo acertada cuando, después que fue informada evocaba la traición implícita en la declaración del plan, apreciación injusta pero grave, indemostrable y delicada. Ella dijo que si recién lo había anunciado era porque estaba

decidido y tenía atado bien atado cada detalle. El viajero en ciernes dejó pasar los previsibles minutos de indignaciones, la avalancha de dudas destinadas a quedar sin respuesta satisfactoria; la elaboración interior de lo escuchado, primera oleada de réplicas hirientes y el tonito irónico de comentarios alusivos, dejó que pasaran la vueltas de dos cafés nerviosos en menos de una hora, cadencia inhabitual, demostrando que la situación era complicada y requería una dosis superior de cafeína para drogar el músculo de la indignación.

El malestar aumentaba hasta que Uribe comentó:

-Lindo Madrid, buen clima dicen los que conocen.

Quedaba trazada la intangible frontera de la aporía del entendimiento, el límite de cuestionamientos razonables. Uribe estuvo bien buscando una zona preventiva de conciliación, fue entonces que Molinari se animó a la sinceridad y buscó una verdad razonable que conciliara los intereses en conflicto.

Lo primero que hizo en ese segundo momento de confidencias fue pedirles que olvidaran la hipótesis del abandono justificado por una razón secreta, la tesis de una enfermedad mental o supusieran en ello la sombra de una traición a la amistad. Había que hacer cosas así, la existencia necesita el combustible de iniciativas, era aconsejable para la salud espiritual eso de, cada tanto, zafar del circuito habitual y desafiando la conciencia de pertenencia, sentir el vértigo meteorito de la vanguardia, del trompo suelto, la tentación de arponero.

-Lo pensé muchas veces como podrán imaginar. Estoy cansado de estar bien sin más, un poeta no se construye con lo que posee sino con aquello que la naturaleza le negó, lo que sonó pomposo, hueco y poco convincente.

Mala suerte para el sudamericano si la ciudad imperial de la meseta estaba hundida en la ignominia, uno busca lleno de esperanzas sin poder elegir el pastel de frutillas de la Historia que coincide con la existencia.

-Pero justo ahora... dijo Irusta.

Los tres sabían lo que ese justo ahora pretendía significar.

-Admirable tu plan en lo modélico conceptual, por el contrario resulta disparatado y por más vueltas que le des apenas traducido a nivel fenomenológico rasante, dijo Uribe.

-Es una buena síntesis, acotó Molinari.

-Supongo que no habrá argumento lo suficientemente fuerte para hacerte cambiar de opinión, dijo Uribe. Si lo dijiste sin tartamudear y te atreviste a avanzarlo significa que estás convencido. Te propusiste ir a vivir allá no consigo imaginar qué mierda de experiencia y ni quiero saber... algo especial si es asunto de escritura poética a lo que aquí tenés acceso prohibido.

-Tal como lo presentas e incluyo en ello el tono despectivo, la situación es humillante para mi. Admito que en líneas generales el proceso responde bastante a tu cínica descripción.

-Así es, años de amistad con alguien, sabes o crees saber de quien se trata y al final no tienes la menor idea de lo que le pasa por la cabeza. Años de frecuentación...

-Irusta querido... hablas como un marido engañado, dijo Molinari un tanto irritado. No me digas ahora... luego de años de frecuentar a Bergman y sus rollos, resulta que debo darte un cursillo intenso de Amistad American School. El exceso de sinceridad está bien para la vida de matrimonio donde la mutua confianza es pilar obligado que suele terminar en aburrimiento y odio. Perdón, salvo en el caso de Uribe, que tomará las precauciones del caso para asegurarse un mundo feliz. Joder contigo Irusta... todos los meses dale que te dale, das lecciones orales y por escrito sobre la complejidad inherente al bicho humano, según los humores creativos de tu admirado maestro y ahora venís con sensiblerías de fotonovela. La angustia pura y verdadera que se la banquen los suecos, nosotros tan piolas como siempre.

-Pero te vas a Madrid gordo...

-Dejalo Irusta, dijo Uribe. Sabés bien como es... lo conocemos desde cachorro. Tal vez lo único que corresponde es bajar la cabeza y agradecerle que se haya dignado a informarnos. Se puede saber, si no es mucha indiscreción de mi parte por cuánto tiempo te retiras a El Escorial.

-Calculo que un tiempo equivalente al que a vos te llevará pagar la casita propia, respondió Molinari como un latigazo.

-Si empezamos a agraviar en esos términos me retiro. Más que loco se volvió cretino, dijo Uribe y dirigiéndose a Irusta.

-Tranquilos, tranquilos, dijo Irusta queriendo ser conciliador. Somos adultos e inteligentes, se espera de nosotros una

conducta madura cuando las circunstancias son graves. Me consta que este es un excelente y triste ejemplo.

-Ustedes todavía están por enterarse pero mi viaje es una buena noticia para todos.

-Si, claro, dijo Irusta. Pero si soy el rey de los imbéciles. ¡Te vas a Madrid que es una fiesta! Estará de lindo aquello... Me dijeron, de buena fuente, que en la última feria de San Isidro a los toros flojos los fusilaron en la plaza al amparo de charangas y pasodobles del repertorio taurino, que picaneaban a novillos sospechosos de embistes anarquistas. Alto con tu descabellada línea de defensa gordo querido... no te quieras vender buzones justificando lo injustificable, aquello es desgarrador e intolerable. Madrid nada menos.... y ahora que la vuelta atrás es imposible... por favor ...

-En cambio la patria de Bergman... dijo Molinari. Los encuadres del genio sueco, el manejo del tempo narrativo fílmico descomunal... grises en paralelo, diálogos incestuosos entre hermanos al borde del desfiladero del significado, los silencios elocuentes del maestro... mirá Irusta, se me pone la piel de gallina.

-Está bien, dijo Uribe. De acuerdo... admitamos lo negado. Largás todo, te vas a Madrid por tiempo indeterminado y tenés plata para ir tirando una buena temporada sin apremios. Lo que no entiendo, seguro es una falla mía, yo Uribe, tu viejo amigo, casado y padre de mellizos, es qué mierda vas a buscar allá en Madrid, que querés ver o saber y que sólo es posible yendo allá.

Se había llegada a la encrucijada del episodio y requería una extensión de tiempo. Claro que Molinari la conocía desde hace meses y era seguro que la respuesta apareció antes que las preguntas; lo sabía y si la noticia del viaje ocasionó una avalancha de malentendidos, avanzar las razones de su gesto agravaría la situación y tampoco podría postergarlo haciéndose el desentendido.

-Vamos a ver si me explico y son capaces de escucharme... se trata del tramo final de la obra e inauguración del conjunto del Valle de los Caídos y su Santa Cruz, dijo Molinari despacio, pesando cada palabra, con lentitud y luego calló sin glosar lo dicho a la espera de los reproches.

- ¿Lo qué?, preguntó Uribe.

-Está más chiflado de lo que suponía, agregó Irusta, que en su proceso interior superó el segundo del insulto inmediato, el movimiento indignado de la réplica y estaba dispuesto a las injurias del juicio final.

Era el momento conveniente para que el mozo llegara con el tercer café y esta vez con la copita de coñac nacional, algo fuerte melancólico que por distintas razones ellos necesitaban. Hubieran preferido que se trasladara a Buenos Aires ya que iba cada vez que podía, a casarse por civil y por iglesia con una prima de las hermanas Ocampo, administrar fincas estupendas en la región más paqueta y poética de la provincia donde se juega el mejor polo del mundo. Uribe e Irusta lo negaban en bloque, asimilaron negando e impugnando la destinación. Calcularon que por destino ladeado fue nombrado cónsul en

Río de Janeiro y ellos oyeron mal; funcionario honorario sin obligaciones ni responsabilidad, agregado cultural en Boston con la misión de estudiar poesía anglosajona contemporánea y entendieron mal, encargado de hacer crecer la intensa leyenda del Rimbaud de Cwmdonkin Drive.

La obra monumental del Valle de los Caídos, abierta al público el 1º de agosto de 1958, la descubrió una noche providencial de cine argentino mirando el informativo No Do, con el caudillo de paisano y el arquitecto Méndez como artistas principales, paseándose por las obras avanzadas, entre una cinta de Hugo del Carril y otra de Enrique Serrano. Esas imágenes fugaces de propaganda en grises operaron en Molinari como epifanía del dolor, fueron la excusa providencial para avanzar sus planes todavía confusos, fuerza necesaria que concentraba algo capaz de sacarlo de su órbita conocida. Le pareció ejemplar que una construcción de inspiración superior condensara una manera propia de concebir el mundo y el poder, la voluntad de perpetuar el odio por el adversario con proyección hacia la eternidad. En el peñón se erigía la simbiosis inseparable entre patria, religión, acción del Caudillo y su cadáver distante. Aquello sería una tumba y como tal había que considerarlo; se argumentaba que sería otra cosa con el correr del tiempo, lugar de plegaria, pero no era más que una tumba programada destinada al desinterés. "Ahí va a estar por casi siempre, será el agujero negro impidiendo el olvido. Allí estarán los huesos desafiando eternidad y olvido, nombre y cenizas; hay gente que ya está preparando el

entierro, que tendrá nombre de código militar como si fuera la penúltima batalla.”

Los perdedores fueron la mano de obra, tendrían que trabajar más que esclavos nubios en ese proyecto faraónico sin Osiris, por economía pesetera y plusvalía de la humillación de ver erigirse la simbólica que los marginó. La viajante clase obrera utilizada venida de las prisiones, le pareció a Molinari una armada de esclavos que sería negada por la historia, el horror era saberse contemporáneo de eso y que algún día sería olvidado. Los penados elegidos deberían arrancarle galerías a la roca con picos y cartuchos de dinamita, a mano, erigir una cruz al cruce de los vientos, a mano, en el camino de la capital a la tierra de origen del caudillo; si no desfallecían ahí, lo harían en poco tiempo por la piedra molida a mano metida en los pulmones. Luego de esa visión, Molinari consultó folletos de propaganda, libros, alguna revista y había encontrado perlas que transcribió en fichas. “Su finalidad era disponer de un monumento destinado a ser escuela, monasterio y santuario, para recordar siempre la guerra, “el dolor y la sangre derramada”. La versión oficial consideraba el lugar como “refugio para las almas sedientas de meditación y silencio y faro para los espíritus afortunados por el ansia de la verdad.” Lo dicho por el inspirador el 3 de junio de 1939, la primera vez que habló en público de la idea: “Nuestro monumento de la Victoria no será un monumento más... será un lugar que tendrá basílica, tendrá monasterio y tendrá cuartel; tendrá la reciedumbre de España, tendrá la aspereza de la tierra, tendrá

la soledad de la oración.” Todo un programa de Filosofía de la Historia que merecía el desplazamiento para ser admirado en su real esplendor, sin pretender medir las consecuencias y soportando el frío de la sierra: “Es necesario que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen el tiempo y el olvido y que constituyan lugar de meditación y de reposo en que las generaciones futuras rindan tributo de admiración a los que les legaron una España mejor.”

El monumento se había decidido secretamente por un tiempo y en el lugar señalado por el caudillo luego de una intensa meditación de contacto directo con el supremo, en obvio “signo” que debía suponerse en la zona llamada Cuelgamuros, desde 1875 y antes Pinar de Cuelga Moros de la Sierra de Guadarrama. Molinari estaba convencido de que con el paso del tiempo se volvería sitio emblemático de la región, será leído por los descendiente de forma distinta a las intenciones iniciales, bien cerca de San Lorenzo del Escorial y de la historia. Podría coincidir, si se daba prisa, con la etapa final de la construcción social emblemática del fascismo triunfante; la inauguración oficial estaba prevista para el 1º de abril del año 1959. La obra en progreso estaba plagada de anécdotas de dudosa verosimilitud; un día de estos si ya no era el caso y la información se guardó en secreto, aparición de la Virgen a los dinamiteros y conversiones cargadas de arrepentimiento, incitadas por la orden religiosa responsable de vigilar la paz espiritual del lugar en cuestión. Menuda tarea... tenía la certeza

de que estaba coincidiendo con un momento clave de la historia y quería estar presente.

Tampoco se trataba de que hubiera incubado un pensamiento de revancha o reivindicación directa. Lo incomodaba la persistencia del odio integrada al paisaje; a decir verdad la guerra civil española transcurrió durante la primera infancia de Osvaldo Molinari y nunca pudo olvidarla. Luego fue desplazada en el interés de los curiosos de aventuras simultáneas por peripecias marítimas y aeronáuticas de la segunda guerra mundial, donde ganaron los buenos, los mismos que dejaron que la República muriera; lanzaron más paracaidistas detrás de las líneas enemigas, que resultaron ser la división Cóndor y subordinados del conde Galeazzo Ciano. La idea de pecado escapaba a la concepción de la historia del gordo Molinari, menos el afán de gestos simbólicos retrospectivos sublimados. El compulsivo violento deseo de querer tener la verdad de nuestra parte tampoco formaba parte de sus cualidades, era un deseo simple razonado y oscuro de querer estar allá en Madrid, percibir el tránsito colectivo, áspero infrecuente entre humillación y orgullo, adoctrinamiento en escuelas y confesionarios, radios y folletos oficiales. La pulsión de encaminarse al sitio del mal donde nunca se acaban de extinguir las tinieblas y esa empresa sólo podría terminar en muerte; aquello era la guerra transfigurada entre cosechas y tribunales, anfiteatros y sindicatos. Osvaldo era un Ícaro nocturno que, de tanto acercarse a la podredumbre de la tumba. terminó contagiado por la manera

como habían vivido los allí sepultados. Dos tiros -bang bang- uno por Falange y otro por la cruzada, si hasta había una lógica digna de arquitectos artistas.

Cuando por fin lo dijo a los amigos, comprobó que las lecturas que los otros hacían de sus intenciones eran variadas; por más que fueran íntimos de la historia pasada, tuvieran una conciencia que iba en la buena dirección y se hicieran cargo de la intensidad de afectos removidos. Lo adoraban. El rechazo era prueba de temor ante la flaqueza que se hacía movimiento. Tener allá la humillación, el odio, en apariencia lejos y al alcance de la mano era carga pesada. Admitir la indignación con precisión calculada suponía tener presente esa degradación de la condición humana sucediendo en la misma familia. “Debería permitirnos entender mejor a nuestros abuelos y padres, los libritos de editorial Losada, los bailes tradicionales en Casa de Galicia, el pulpo preparado por los vecinos, a Miguel Gila cuando levanta el auricular del teléfono y dice que se ponga.” Quería ir allá pus no sabíamos leer los signos desembarcando cada vez que posaban la pasarela de un barco de emigrantes, entre desprecio y lástima, solidaridad y sentimiento de lo inconcebible. Jamás preguntamos como debíamos y hasta nos dignamos desoír las pocas veces cuando alguno de allá quería confiar estigmas del dolor.

Molinari se dijo y así lo entendió cuando le respondió a Irusta, que era cuestión de instrumental; se desentendía del Café Praga y la crisis se agravó luego de haber publicado el librito, algo en él comenzó a funcionar de manera defectuosa. La

pregunta sin originalidad que lo carcomía era ¿cómo continuar escribiendo en castellano y poesía mientras se construía la ignominia del Valle de los Caídos? La respuesta era luminosa: siempre se sigue escribiendo.

Algo positivo es lo que hubiera querido decirle el gordo a los amigos y asociados para justificarse si bien parecía tarde. El destino era más poderoso que sus deseos argumentados y resignado confesó:

-Me voy a Madrid, y agregó que para seguir de cerca el tramo final de la construcción del Valle de los Caídos, para peor también lo dijo.

Fue justo Molinari que cada estación se parecía más a Dylan Thomas -había publicado sus Twenty-five Poems en 1936- y pasaba por ser el más montevideano entre ellos. Más que Camila que está tilinga y sabe de memoria poemas de Neruda, que Irusta y sus curiosas ínfulas suecas, que Uribe orientado a la consolidación de patria y familia uruguaya, justo a él se le ocurría lo contrario, la vocación de las antípodas: ir a Madrid y ahora.

Lo que se proponía hacer era opuesto al itinerario de la historia y contrariado a sabiendas dio la charla por terminada.

continuará...